



La
BIBLIA
Popular

Oseas

Joel

Amós

Abdías

Jonás

Miqueas

Nahum

Habadud

Sofonías

Hageo

Zacarías

Malaquías

Eric S. Hartzell

La Biblia Popular

ROLAND CAP EHLKE

Editor General y Editor del Manuscrito

JOHN C. JESKE

Editor del Antiguo Testamento

Hageo

Zacarías

Malaquías

Eric S. Hartzell

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Todos los pasajes bíblicos son tomados de la Santa Biblia, versión Reina Valera Estándar 1995 [América Latina], derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o archivada, ni transmitida por ningún medio—ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado o de cualquier otra forma—sin permiso de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

Library of Congress Control Number 2002111129
Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226 3284
© 2002 Northwestern Publishing House
Publicado en 2002
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-8100-1490-4

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	<i>iv</i>
<i>Prefacio a la edición en español</i>	<i>v</i>
Introducción a Hageo	1
Hageo	5
Introducción a Zacarías	31
Zacarías	33
Malaquías	127

ILUSTRACIONES

Zacarías	<i>cubierta</i>
Templo en ruinas.....	6
Ustedes sacrifican animales lisiados y enfermos.....	129
Tabla cronológica	159

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995. (El comentario original en inglés se basó en la *New International Version*). Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen el trasfondo histórico y explicaciones del texto, así como también aplicaciones personales.

Los autores de la *Biblia Popular* son eruditos con una visión práctica, adquirida en los años de congregación a los ministerios de la enseñanza y la predicación. Por esto han querido evitar el vocabulario técnico, que ha hecho de otras series de comentarios solamente material útil para especialistas en temas bíblicos.

La característica más relevante de estos libros es que están centrados en Cristo. Hablando de las escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo declaró: “ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de la *Biblia Popular* dirige nuestra atención a Jesucristo. Él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios están provistos de: mapas y de ilustraciones, e incluso de información arqueológica, cuando se considera conveniente. Todos los libros disponen de encabezamiento en las páginas, lo que permite al lector encontrar fácilmente el pasaje que busca.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Es nuestra oración que este empeño continúe tal como comenzó. Dedicamos esta obra a la gloria de Dios y al bienestar de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, revisión de 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la *New International Versión*, no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Este volumen fue traducido por la Sra. Albina Teigen, natural de Lima, Perú, y esposa de un pastor que trabaja en Mankato, Minnesota. La revisión fue hecha por la Sra. Cristina Zimdars, natural de México y esposa del pastor Ernest Zimdars, quien hizo la revisión teológica. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

Día de Pentecostés del 2002
Paul Hartman, director
Ronald Baerbock, editor de teología
Publicaciones Multilingües
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, Texas, EE UU

DONATIVO ESPECIAL

La Comisión para Coordinar las Publicaciones del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin, WELS Kingdom Workers, La Sociedad Misionera de Damas Luteranas (LWMS), y dos compañías de seguros: Lutheran Brotherhood y Aid Association for Lutherans, contribuyeron con donaciones especiales a Publicaciones Multilingües para apoyar la publicación de este volumen. Agradecemos su generoso aporte.

HAGEO

INTRODUCCIÓN

Antecedentes históricos

El libro de Esdras del Antiguo Testamento nos da el escenario histórico para el libro de Hageo. Para entender al pueblo de Dios como Hageo lo conoció y le habló, debemos oír primero lo que nos cuenta Esdras.

Los judíos acababan de regresar después de pasar setenta años de esclavitud bajo el imperio neobabilonio (reyes desde Nabucodonosor hasta Belsasar). En el año 539 a.C., Ciro, rey de los medos (persas), le puso fin al imperio neobabilonio. Se presentó de noche cuando el rey Belsasar daba una fiesta en la que había mucha embriaguez y en medio de la cual apareció un escrito en la pared que decía: “MENE, MINE, TEKEL Y PARSÍN... Contó Dios tu reino y le ha puesto fin...” (ver Daniel 5).

Pero no fue hasta el año 535 a.C. que en realidad terminó la esclavitud. Esdras 1:1 nos dice: “En el primer año de Ciro, rey de Persia, para que se cumpliera la palabra de Jehová anunciada por boca de Jeremías, despertó Jehová el espíritu de Ciro, rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito en todo su reino este decreto”.

El pueblo de Dios podía regresar ahora a su tierra; y cuando lo hicieron, comenzaron a reconstruir el templo. “Cuando vinieron a la casa de Jehová que estaba en Jerusalén, hicieron ofrendas voluntarias para la casa de Dios, para reedificarla en su sitio” (Esdras 2:68). “Colocaron el altar firme sobre su base, porque tenían miedo de la gente de la región, y ofrecieron sobre él holocaustos a Jehová” (Esdras 3:3).

Al parecer, la reconstrucción comenzó bajo buenos auspicios. “Luego dieron dinero a los albañiles y carpinteros; asimismo: comida, bebida, y aceite, a los sidonios y tirios, para que trajeran por mar madera de cedro desde el Líbano hasta Jope, conforme a la autorización de Ciro, rey de Persia, acerca de esto. En el año segundo de su regreso a la casa de Dios en Jerusalén, en el mes segundo, comenzaron: Zorobabel, hijo de Salatiel, Jesúa, hijo de Josadac, y los otros sus hermanos... para que activasen la obra de la casa de Jehová” (Esdras 3:7,8; a Jesúa se le llama Josué en Hageo 1:1).

Aunque las cosas parecían estar avanzando, y ya se habían puesto los cimientos, algo estaba mal. “Muchos de los sacerdotes, levitas, y jefes de familia, ancianos que habían visto la primera casa, al ver como echaban los cimientos de esta casa, lloraban en alta voz, mientras muchos otros daban grandes gritos de alegría. No se podía distinguir el clamor de los gritos de alegría de las voces del llanto, porque clamaba el pueblo con gran júbilo, y el ruido se oía desde lejos” (Esdras 3:12,13).

C.F. Keil, comentarista del Antiguo Testamento, se permite sugerir lo siguiente como una razón para el llanto de algunos: “Este llanto difícilmente se puede explicar por el mero hecho de que les recordaban las pruebas y los sufrimientos que habían padecido en los últimos cincuenta años, y que involuntariamente entraron en sus pensamientos en el momento de esta alegría tan solemne, sino que sin duda fue ocasionado principalmente por haber visto las circunstancias tan desdichadas bajo las que la congregación emprendió este trabajo”.

La obra que comenzó en el templo en el año 536 a.C., nunca se terminó. El profeta Hageo nos dice por qué: no fue porque hubiera oposición al plan de reconstrucción, ni frustraciones. Es verdad que los samaritanos se opusieron a los planes de construcción, pero en realidad no fueron los samaritanos, sino el pecado, la causa de que la reedificación de la casa del Señor quedara sin terminar. Las personas estaban más interesadas en construir sus propias moradas que la casa de Dios. Esdras 5:1 nos

dice: “Profetizaron Hageo y Zacarías, hijo de Iddo, ambos profetas, a los judíos que estaban en Judá y en Jerusalén en el nombre del Dios de Israel quien estaba con ellos”. En vista de que los profetas vieron cada vez menos esfuerzos, su mensaje fue:

“¡Construyan la casa del Señor!”

Este es el tema del libro de Hageo.

¿Por qué darle tanta importancia a la construcción de la casa de Dios? Esta es la pregunta que entre dientes sin duda se hacía la gente del tiempo de Hageo; y es la pregunta que todavía ocupa a los cristianos de la actualidad.

Para los creyentes del Antiguo Testamento, el templo era el lugar donde Dios había decidido morar de una manera especial. Ahí residía su nombre, se congregaba su pueblo, él se reunía con ellos y les hablaba de una manera especial. El Señor había señalado a Salomón diciendo: “él edificará casa a mi nombre” (2 Samuel 7:13). Se había establecido el templo como un eslabón vital entre Dios y su pueblo. “Con relación a esta casa que tú edificas, si andas en mis preceptos cumples mis decretos, y guardas todos mis mandamientos andando en ellos, yo cumpliré contigo mi palabra que hablé a David tu padre; y habitaré en ella en medio de los hijos de Israel, y no dejaré a mi pueblo Israel” (1 Reyes 6:12,13).

Dios cumplió su promesa cuando el templo fue dedicado. “Yo he oído tu oración y tu ruego que has hecho en mi presencia. Yo he santificado esta casa que tú has edificado, para poner mi nombre en ella para siempre; y en ella estarán mis ojos y mi corazón todos los días” (1 Reyes 9:3).

Aunque en la época del Nuevo Testamento ya no adoramos en un templo, todavía tenemos un lugar al que llamamos la casa de Dios: nuestra iglesia. En cualquier época se puede decir algo sobre los creyentes al ver el lugar donde adoran al Señor. Algo anda mal si los miembros esperan que su Dios more en una choza, especialmente cuando ellos mismos viven en casas elegantes.

El deseo principal de Hageo era que los israelitas pusieran a Dios en primer lugar y se pusieran a ellos en segundo plano. Hoy en día existe la misma preocupación. En realidad este es el primer mandamiento: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Este énfasis es lo que hace que este libro del Antiguo Testamento sea tan importante aun en nuestros días.

Bosquejo

El siguiente es el bosquejo general del libro:

CUIDEN LA CASA DE DIOS

1. La primera palabra del Señor: una advertencia (1:1-11) y la respuesta del pueblo (1:12-15).
2. La segunda palabra del Señor: una palabra de ánimo (2:1-9).
3. La tercera palabra del Señor: una palabra de exhortación (2:10-18) y de promesa (2:19).
4. La cuarta palabra del Señor: una palabra de consuelo al gobernante (2:20-23).

HAGEO

Primera Parte

La Primera Palabra del Señor (1:1-15)

Una advertencia

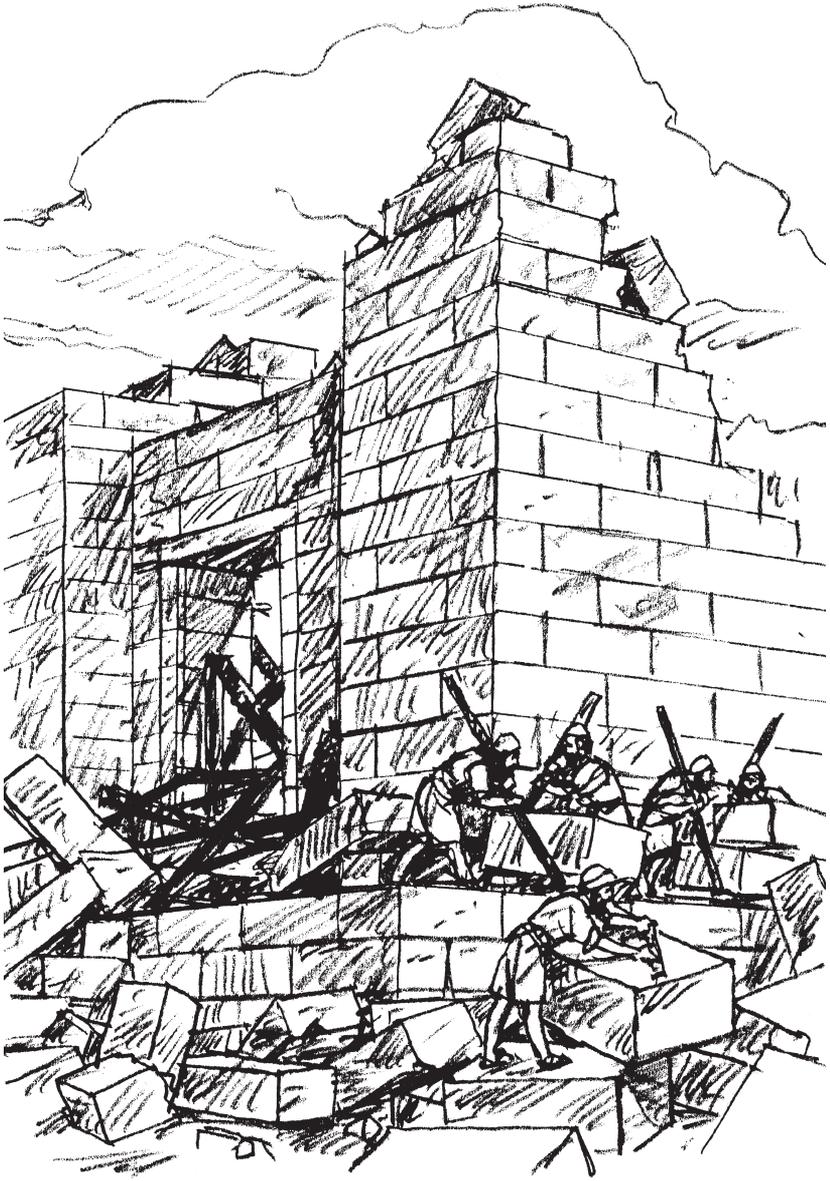
1 En el año segundo del rey Darío, en el mes sexto, en el primer día del mes, fue dirigida esta palabra de Jehová, por medio del profeta Hageo, a Zorobabel hijo de Salatiel, gobernador de Judá, y a Josué hijo de Josadac, el sumo sacerdote:

² «Así ha hablado Jehová de los ejércitos: Este pueblo dice: “No ha llegado aún el tiempo, el tiempo de que la casa de Jehová sea reedificada.”» ³ Entonces llegó esta palabra de Jehová por medio del profeta Hageo: ⁴ «¿Es acaso para vosotros tiempo de habitar en vuestras casas artesonadas, mientras esta Casa está en ruinas? ⁵ Pues así ha dicho Jehová de los ejércitos: Meditad bien sobre vuestros caminos.

⁶ Sembráis mucho, pero recogéis poco; coméis, pero no os saciáis; bebéis, pero no quedáis satisfechos; os vestís, pero no os calentáis; y el que trabaja a jornal recibe su salario en saco roto.

La Biblia es un libro histórico, nos indica el tiempo con fechas. Dios se apareció en el mundo “cuando vino el cumplimiento del tiempo” (Gálatas 4:4). Lo que está registrado en el libro de Hageo no es una leyenda del pasado. De una manera extraordinaria, Dios ha unido los acontecimientos de la Biblia con la historia secular.

El comienzo del libro lo demuestra; por medio de la pluma del profeta Hageo, Dios tuvo gran cuidado de anotar clara y minuciosamente la fecha de cada una de las cuatro “palabras” del Señor que incluye el libro. El libro comienza diciendo: “En el año segundo del rey Darío (también llamado Ciro), en el mes sexto,



Templo en ruinas

en el primer día del mes, fue dirigida esta palabra de Jehová por medio del profeta Hageo”.

Al llegar a esta parte algunos críticos menean la cabeza en señal de incredulidad. El capítulo 4 de Esdras, que habla de la reconstrucción del templo y menciona a Zorobabel y a Josué, que claramente pertenecen a nuestra historia, también menciona una carta que le fue enviada a Artajerjes. Esa carta fue el resultado de una acusación que había sido hecha por los enemigos de los judíos ya en el tiempo de Jerjes. Se menciona tanto a Jerjes como a Artajerjes, y el versículo 24 al final del capítulo dice: “se detuvo la obra de la casa de Dios que estaba en Jerusalén, la cual quedó suspendida hasta el segundo año del reinado de Darío, rey de Persia”. Los críticos dicen que es claro que eso no puede ser correcto, porque se sabía que el templo había sido terminado bajo el gobierno del rey Darío que había reinado antes de Jerjes y de Artajerjes.

Podemos explicar el problema si recordamos que Esdras estaba escribiendo historia; él vivió en la época Artajerjes. Por inspiración, no sólo escribió acerca de toda la oposición que hubo contra el pueblo de Dios cuando reconstruyeron el templo, sino también narró la oposición que se desató contra los trabajos de restauración de la muralla que había alrededor de Jerusalén. Desde su punto de vista en la historia, Esdras sabía de toda la oposición, y por inspiración de Dios la incluyó en el capítulo cuatro aunque no encajaba cronológicamente.

La *New International Version* en inglés sigue claramente esta idea cuando separa del resto esta sección de Esdras 4, y la titula: “Oposición posterior bajo el gobierno de Artajerjes”.

La razón para mencionar este “problema” es que, como creyentes de la Biblia, no tenemos que avergonzarnos cada vez que alguien encuentra algo que es históricamente inverosímil (en su opinión). El solo hecho de que nos falten datos históricos para verificar algo que afirma la Biblia, no es prueba de que esté equivocada. Cualquiera que lo afirme, se apoya en la falta de datos conocidos, y se ha demostrado muchas veces que ese tipo de

argumentos no son correctos. No hace mucho tiempo que la gente decía que en la época de Moisés no existía el arte de escribir y que los hititas no habían existido. Desde entonces, los descubrimientos arqueológicos han demostrado que las dos afirmaciones eran falsas.

Hageo existió como un verdadero personaje histórico. En cierto momento de la historia se sentó a escribir su libro. La palabra le fue predicada en primer lugar a un pueblo que en realidad existió y que pasaba por problemas y peligros particulares. Así como nosotros, seres temporales: nos sentamos en el sofá, prendemos la lámpara, abrimos la Biblia en el libro de Hageo, y lo leemos, también de esa misma manera temporal y natural, se escribió este libro y se le anunció al pueblo de Dios en los días de Hageo.

El primer versículo dice que la palabra del Señor les llegó por medio del profeta Hageo a Zorobabel y a Josué. Esta es una repetición de la manera en que Dios trataba con su pueblo en el tiempo del Antiguo Testamento. Él escogía a los profetas para que le hablaran al pueblo de parte suya y les dijeran una y otra vez: “Así ha hablado Jehová de los ejércitos”.

A Zorobabel y a Josué, no les fue más fácil que a nosotros en la actualidad, cuando nuestros pastores nos anuncian: “Así dice Dios”, creer que en verdad era Dios el que les estaba hablando. Cuando Zorobabel y Josué miraron, vieron a Hageo. Probablemente lo conocían como vecino, tenía peculiaridades y características como cualquier otro ser humano, se ponía las sandalias una por una como cualquier otra persona de su tiempo. Y fue este hombre el que dijo: “Así ha habado Jehová de los ejércitos”. Lo que sí vale la pena notar es que Zorobabel y Josué creyeron que era verdad. ¡En realidad era Dios el que hablaba! El versículo 12 de del capítulo 1 de Hageo nos dice, “Entonces Zorobabel hijo de Salatiel, y Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote, y todo el resto del pueblo, oyeron la voz de Jehová su Dios, y las palabras del profeta Hageo, tal como le había encargado Jehová su Dios”.

Este es el milagro del sermón que se le predicó al pueblo de Dios: que un ministro, que claramente es un ser humano pecador, se puede poner de pie delante del pueblo y les anuncia las palabras divinas, ¡y la gente cree!. El apóstol Pablo también se maravilló de ese milagro cuando vio a su pueblo en Tesalónica: “Nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes” (1 Tesalonicenses 2:13).

El pueblo dijo: “No ha llegado *aún* el tiempo, el tiempo de que la casa de Jehová sea reedificada”. Esto plantea el problema que Hageo tuvo que enfrentar con su pueblo.

Es muy fácil dejar para después las cosas que conciernen al Señor, y son muy impresionantes las razones que se dan para hacerlas esperar. Hubo un numeroso grupo de samaritanos que frunció el ceño cuando escucharon la palabra templo. En Esdras 4:2 leemos que los bien intencionados habitantes del lugar se acercaron haciendo este ofrecimiento: “Edificaremos con vosotros, porque como vosotros buscamos a vuestro Dios, y a él ofrecemos sacrificios.”

Pero los líderes les respondieron: “No nos conviene edificar con vosotros casa a nuestro Dios” (Esdras 4:3). Lástima que la doctrina de los samaritanos estuviera tan errada; es triste que los líderes no pudieran pasar por alto sus “pequeñas” diferencias para que, con la ayuda ofrecida, el pueblo se pudiera beneficiar en la tarea monumental que tenía ante sí. Mejor era esperar. Y ¿por qué arriesgarse a hacer enojar a los persas? ¿Para qué aventurarse a que se enteraran de que somos tan fanáticos con respecto a los asuntos de Dios como para construir un templo impresionante en medio de un lugar a campo abierto? Sería mejor disimular el aspecto religioso. ¡Esperen! Después de todo, debemos pensar en los niños. Además, los persas tienen la horrible costumbre de empalar los cuerpos de los revoltosos en una estaca (ver Esdras 6:11).

Había muchas razones para esperar, pero tal vez la verdadera razón para todo esto se encuentra en el versículo 4; en resumen el Señor dice: “¿Es para vosotros tiempo de habitar en vuestras casas artesonadas mientras esta casa está en ruinas?”

Ahora el problema se había reducido a una transgresión del primer mandamiento: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Eso incluye al diosecillo socarrón de la conveniencia personal y al ídolo reflejado en el espejo, que siempre hace que nos veamos a nosotros mismos tal como somos cuando a menudo lo adoramos. El Señor dice de un modo que no se ve afectado ni por el tiempo ni por la cultura: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33).

Ya hemos mencionado el llanto de algunas personas al ver cómo la construcción del templo estaba avanzando. También hablamos de la conjetura de cierto comentador acerca de la causa de ese llanto. Una cosa sí es cierta, ya había desaparecido el espíritu de generosidad para la casa del Señor que se menciona en los tiempos de Moisés: “El pueblo trae mucho más de lo que se necesita para la obra que Jehová ha mandado que se haga”. Entonces Moisés dio esta orden: “Ningún hombre ni mujer haga más para la ofrenda del santuario. Así se le impidió al pueblo ofrecer más; pues tenían material abundante para hacer toda la obra” (Éxodo 36:5-7). Ya había desaparecido el deseo de enfrentar la oposición espiritual. Jonatán es un ejemplo de fe firme cuando le dijo a su paje de armas: “Ven, pasemos a la guarnición de estos incircuncisos; quizás haga algo Jehová por nosotros, pues no es difícil para Jehová salvar con muchos o con pocos” (1 Samuel 14:6).

Siempre causa gran tristeza cuando el pueblo de Dios pierde la determinación y el deseo de establecer su iglesia y de edificar su casa. Por esto mismo el profeta nos debe hablar hoy. En tiempos en los que el ingreso personal y la riqueza son más altos que en cualquier época anterior en la historia del mundo, y muchos países han recibido grandes bendiciones materiales, la iglesia anda

mendigando. Los proyectos de construcción avanzan con dificultad y tropiezan, los modestos planes para misiones se archivan. Hasta los niños aprenden a reconocer lo que significa “la crisis presupuestal” en la iglesia. ¿Acaso podemos decir que nuestra situación es más difícil que la de los exilados que regresaban a Jerusalén? Puede ser que nosotros también contestemos rápidamente con: “Ahora no es el momento oportuno”, pero el Señor es igualmente rápido en preguntar: “¿Es para vosotros tiempo de habitar en vuestras casas artesonadas mientras que esta casa está en ruinas?”

El versículo siete contiene una frase que se repetirá cierto número de veces a través del libro: “Meditad sobre vuestros caminos”. El Señor quiere que tengamos mucho cuidado con la manera en que vivimos, quiere que evaluemos repetidamente lo que hacemos. Él nos hace responsables por “el camino” que seguimos.

En las Escrituras son muchas las referencias a “el camino”. En el libro de Proverbios Salomón dice: “Cuando los caminos del hombre son agradables a Jehová, aun a sus enemigos hace estar en paz con él” (16:7). En este mismo capítulo él añade: “Hay camino que parece derecho al hombre, pero su final es camino de muerte” (16:25).

Hay algo más en cuanto al camino que Dios quiere para nosotros, el cual está en contra del modo de vida natural del ser humano. En cuanto a encontrar el camino correcto, debe ser el Señor quien nos indique cómo hacerlo, “Porque Dios es el que en vosotros opera tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). A nosotros sus hijos, nuestro Padre nos puede decir: “Ten cuidado con lo que haces”. Antes de la conversión del apóstol Pablo en el camino a Damasco leemos acerca de él: “A fin de que si hallaba algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén” (Hechos 9:2). Pablo sabía que él no era parte de ese Camino, pero años después ya había cambiado de sentir cuando le habló a Félix el gobernador:

“Pero esto te confieso, que según el Camino que ellos llaman secta, así doy culto al Dios de mis padres” (Hechos 24:14).

La frase “medita bien en lo que haces” en hebreo, literalmente significa “pon tu corazón por sobre tus caminos”. También se podría decir “que tu corazón guíe tu camino”. Juan ofrece el mismo consejo en 1 Juan 3:18: “Hijitos míos, no hablemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad”. Es fácil decir que amamos a Jesús, ¿pero es evidente? Una forma de decirlo es poner atención a la prioridad que le damos a su casa y a su obra.

¡Necesitamos la bendición de tener como prioridad la casa de Dios!

Puede ser que el pueblo de Dios titubeara al considerar sus propias necesidades económicas y decidiera economizar en los gastos de la casa de Dios. En otras palabras, la gente no da ni trabaja para él como debiera, porque tiene la idea de que al hacerlo carecerán de algo.

Pero como el Señor nos lo hace ver en los versículos 6 y 9-11, esta idea es contraproducente. La esencia de lo que nos dice en estos versículos es: “Cuanto más trabajos para ti mismo, tendrás menos. Cuanto más trabajos para el Señor, más tendrás”. Sólo tenemos que ver a la gente que tiene la casa revestida de lujo y descuida la casa de Dios. Las cosechas se malogran, escasean la comida y la bebida, la ropa no abrigará. Los sueldos desaparecen... la cartera tiene huecos. Dios hace que las expectativas se esfumen. Hay sequía y hambre. La obra de sus manos queda troncada y falla.

⁷ Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Meditad sobre vuestros caminos. ⁸ Subid al monte, traed madera y reedificad la Casa; yo me complaceré en ella y seré glorificado, ha dicho Jehová. ⁹ Buscáis mucho, pero halláis poco; lo que guardáis en casa yo lo disiparé con un soplo. ¿Por qué?, dice Jehová de los ejércitos. Por cuanto mi Casa está desierta, mientras cada uno de vosotros corre a su propia casa. ¹⁰ Por eso los cielos os han negado la lluvia, y la

tierra retuvo sus frutos. ¹¹ Yo llamé la sequía sobre esta tierra y sobre los montes, sobre el trigo, sobre el vino, sobre el aceite, sobre todo lo que la tierra produce, sobre los hombres y sobre las bestias, y sobre todo trabajo de sus manos.»

El remedio para lo malo que le sucede a la gente, que construye su propia casa a costo de la casa de Dios, se encuentra en el versículo 8. “Subid al monte, y traed madera, y reedificad la Casa; yo me complaceré en ella y seré glorificado”, dice el Señor. Cortar los árboles del Líbano y llevarlos 160 km o más hasta Jerusalén era un trabajo agotador (ver Esdras 3:7). Además, era costoso y tomaba mucho tiempo; pero había una razón para todos esos trabajos: “Yo me complaceré en ella y seré glorificado”.

¡Qué incentivo para construir la casa de Dios! ¡Glorificarlo a él! Lo que le da valor a una ofrenda es la dedicación de gran parte de: tiempo, dinero, pensamiento, y fuerza. El obsequio de una gran cantidad de dinero que llega como una idea de última hora, y que ni siquiera equivale al interés del préstamo del capital principal, no es gran cosa para el que lo recibe. Por otro lado, un presente que puede ser modesto y sin pretensiones para cualquier extraño, para el destinatario llega como un premio; pues sabe el trabajo y el esfuerzo, que puede haber detrás de él.

Así es con la casa de Dios. Puede ser que nuestra iglesia no sea el edificio más espléndido del mundo, y que no se jacte de tener en su lista a las personas más elocuentes y de más talento; puede ser que nuestros esfuerzos en la predicación y la enseñanza, no se lleven a cabo con refinamiento ni belleza. Pero eso no importa, es la casa de Dios. Nosotros somos los que la llamamos así, no los extraños... y Dios también lo hace. Es hermosa, si fue construida con amor, sin que importe la estructura. El Señor sabe los motivos que hay en el corazón de las personas.

También él conoce a los que le vuelven la espalda y a los que bostezan con indiferencia, y hace algo en cuanto a esto; todo va a la ruina. La desdicha llega “por cuanto mi casa está desierta, mientras cada uno de vosotros corre a su propia casa”.

No se puede hablar más claro, este es un juicio. No nos gusta la acusación, ¡pero ni modo, ahí está! La única manera en que podemos escapar de ella es estar seguros de que ponemos la casa de Dios antes que nuestros propios intereses. “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33).

No hay nada más importante que un gobernante (o pastor) le pueda enseñar a su pueblo; al adoptarlo y ponerlo en práctica, la vida prospera y es buena. Es una promesa contundente. La palabra de Dios debe ser tomada con toda seriedad tanto con respecto a la advertencia como con respecto a la promesa.

Tal vez aquí se impone la advertencia de que no debemos juzgar por lo que vemos para declarar culpable a una persona. En otras palabras, nosotros no debemos juzgar el fracaso de la cosecha de un agricultor cristiano, ni todo accidente o desgracia que un cristiano pueda sufrir, como alguna referencia directa a la infidelidad de la persona o al desprecio hacia la casa de Dios y su obra. Job podría ser un ejemplo. Algunas veces el Señor da, y algunas veces quita. Firmes en todo, la bendición está a la espera. “Joven fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni a su descendencia que mendigue pan” (Salmo 37:25). Y en el caso de Job leemos también que al final de su vida el Señor lo bendijo y le dio el doble de lo que había tenido antes. La razón está relacionada directamente con el hecho de que en su vida puso en primer lugar a su Dios.

La respuesta del pueblo

¹² Entonces Zorobabel hijo de Salatiel, y Josué hijo de Josadac, el sumo sacerdote, y todo el resto del pueblo oyeron la voz de Jehová, su Dios, y las palabras del profeta Hageo, tal como le había encargado Jehová, su Dios; y temió el pueblo delante de Jehová. ¹³ Entonces Hageo, el enviado de Jehová, habló por mandato de Jehová al pueblo, diciendo: «Yo estoy con vosotros, dice Jehová.»

¹⁴ Así despertó Jehová el espíritu de Zorobabel hijo de Salatiel, gobernador de Judá, y el espíritu de Josué hijo de Josadac, el sumo sacerdote, y el espíritu de todo el resto del pueblo. Ellos fueron y comenzaron a trabajar en la casa de Jehová de los ejércitos, su Dios. ¹⁵ Era el día veinticuatro del mes sexto del segundo año del rey Darío.

Es interesante notar las diferentes categorías de personas que respondieron al mandato que el Señor les dio por medio del profeta; respondieron los que estaban en el gobierno: Zorobabel, hijo de Salatiel; respondieron los individuos conectados con la iglesia como Josué, hijo de Josadac, el sumo sacerdote; respondieron de igual modo el pueblo, la ciudadanía de la tierra: “y todo el resto del pueblo oyeron la voz de Jehová su Dios”.

Israel era una teocracia, y sin embargo, el Señor usaba los servicios de un gobernador. La historia del pueblo de Dios nos muestra sin lugar a dudas la importancia de tener un líder piadoso y temeroso de Dios. Cuando el gobernante reverenciaba a Dios, el pueblo prosperaba; cuando el gobernante no respetaba a Dios, el pueblo fracasaba. Una y otra vez la norma era: buen liderazgo bajo el Señor y hay prosperidad; donde no se cuenta con Dios el pueblo languidece.

Debido a este hecho, ciertamente una oración que brota con frecuencia del corazón del cristiano es que el Señor le conceda un gobierno piadoso. Martín Lutero le añadió esto a su explicación de la cuarta petición del Padrenuestro: “El pan cotidiano es todo aquello que se necesita como alimento y para satisfacción de las necesidades de esta vida, como: buen gobierno, autoridades piadosas y fieles, buenos ciudadanos, buen tiempo, paz y orden, salud, un buen nombre, amigos fieles, y buenos vecinos”.

Cuando Zorobabel se adelantó para guiar la reconstrucción de la casa de Dios, fue una bendición. El gobernador, el sacerdote, y el laico, oyeron cuando Dios dijo: “Construyan mi casa”; no era solamente el pastor de la iglesia quien debía hacerlo, también

estaba incluido el líder del país, el ejecutivo y el ocupado hombre de negocios. El pueblo no dijo: “la construcción de la casa de Dios es algo que le corresponde al sacerdote; ese es su trabajo; para eso le pagamos”.

Cuando todos ellos oyeron las palabras de Hageo, dijeron: “Es el Señor el que habla”. Y leemos: “Temió el pueblo delante de Jehová”.

A esto es a lo que nos referimos antes como el milagro del sermón. Hageo era un hombre común y corriente, solamente era diferente por virtud de su llamamiento. Sin embargo, el pueblo dijo: “No es Hageo el que habla, es Dios mismo. Es mejor que escuchemos”. En el versículo 13 el Señor dice de inmediato: “Yo estoy con vosotros”, Ese es su nombre: Emmanuel... Dios es con nosotros; él quiere morar en nosotros; él toca a la puerta de nuestro corazón. Su obra no es fácil porque habrá oposición del maligno, ¡pero nuestro Dios está de nuestro lado! Nos dice que seamos fuertes y que trabajemos. ¡Él está con nosotros!

Dios movió el espíritu del pueblo. En el versículo 14 se menciona de nuevo el tipo de gente que es “despertada”. El Señor obra en nosotros el querer y el hacer su voluntad. Nosotros mismos no tenemos esa chispa dinámica; no está guardada en alguna parte de nuestro ser, lista para encender toda nuestra vida con un fuego ardiente por Dios y por su casa.

Esta chispa que rápidamente dejará su huella en la superficie de nuestra vida, por desgracia la podemos extinguir. Esteban les dijo a sus oyentes: “¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo” (Hechos 7:51).

Dios actúa de la siguiente manera: su Espíritu obra en nuestro espíritu, despertándolo; Espíritu a espíritu; así era ya en el tiempo de Moisés. “Y dijo Moisés a los hijos de Israel: Mirad, Jehová ha nombrado a Bezaleel hijo de Urí, hijo de Hur, de la tribu de Judá; y lo ha llenado del Espíritu de Dios, en sabiduría, en inteligencia, en ciencia, y en todo arte... Y ha puesto en su corazón el que pueda

enseñar, así él como Ahiliab hijo de Ahisamac, de la tribu de Dan” (Éxodo 35:30-35).

Esto es lo emocionante de ver a la iglesia de Dios en acción, él no sólo les concede los dones a los miembros de su casa, sino también siembra en ellos el deseo para hacer el trabajo. No todos tienen los mismos dones o talentos, pero juntos edifican la iglesia. El deseo y la motivación para actuar es evidencia del hecho de que tienen un mismo Espíritu.

“Ellos fueron y comenzaron a trabajar en la casa de Jehová de los ejércitos, su Dios”. El pueblo no se hizo el desentendido; esa es la manera de amar a nuestro Dios, no sólo de palabra, sino también en verdad y obras.

Segunda Parte

La segunda palabra del Señor (2:1-9)

Una palabra de ánimo

2 En el mes séptimo, a los veintiún días del mes, llegó esta palabra de Jehová por medio del profeta Hageo: ² «Habla ahora a Zorobabel hijo de Salatiel, gobernador de Judá, y a Josué hijo de Josadac, el sumo sacerdote, y al resto del pueblo, y diles: ³ ¿Quién queda entre vosotros que haya visto esta Casa en su antiguo esplendor? ¿Cómo la veis ahora? ¿No es ella como nada ante vuestros ojos? ⁴ Pues ahora, Zorobabel, ánimo, dice Jehová; ánimo tú también, sumo sacerdote Josué hijo de Josadac; cobrad ánimo, pueblo todo de la tierra, dice Jehová, y trabajad, porque yo estoy con vosotros, dice Jehová de los ejércitos. ⁵ Según el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto, así mi espíritu estará en medio de vosotros, no temáis.

Al principio de esta segunda palabra del Señor, los personajes son los mismos: el gobernador, el sacerdote, y el pueblo. El Señor les pregunta: “¿Quién queda entre vosotros que haya visto esta casa en su antiguo esplendor? ¿Cómo la veis ahora? ¿No es ella como nada ante vuestros ojos?”

Esta era una pregunta que Dios quería que tomaran literalmente. Algunos de los que estaban en la multitud habían visto el antiguo templo que había sido destruido cincuenta años atrás.

Nuestro Dios quiere que le prestemos atención al pasado. Hasta nos hace la pregunta: “¿Acaso lo que se ve ahora no parece como nada comparado con lo que era?” Sin embargo, nuestro Dios no vive en el pasado, no es Dios que “está pasado de moda”. Él es Dios del presente que está con nosotros ahora. En la iglesia no

existe la edad del oscurantismo ni la edad de oro; en vez de eso sólo hay en ella el presente continuo en el que el pueblo, motivado por el Espíritu Santo, hace la voluntad de su Dios.

Es verdad que existía el ejemplo del templo en el pasado, pero eso no significa que los creyentes de nuestros tiempos no sean capaces de edificar un monumento como testimonio de su amor y de su fe para con su Dios. No miremos hacia atrás como la esposa de Lot, que se convirtió en una estatua de sal. No participamos en la iglesia porque nos encanta recordar lo magníficas que eran las circunstancias en el pasado; hoy es el único día que tenemos. El libro de Hebreos dice: “Tú eres mi hijo; hoy mismo te he engendrado”. En el capítulo 3 al hablar de la casa de Dios, el Señor dice varias veces “hoy”. “Antes exhortaos los unos a los otros cada día, entretanto que se dice Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado” (3:13).

Frente al desánimo, a lo que fue el pasado, a los edificios que hubo, Dios exhorta: “Pero ahora... tened ánimo... y trabajad”.

Hay tres imperativos: cobren ánimo, trabajen, y no teman. Es necesario lo primero para poder vencer la negligencia de la carne pecadora que parece arrastrar los pies cuando llega el momento de construir la casa de Dios. El esfuerzo se puede ver nulificado y frustrado por el temor. El Señor dice: “Cobrad ánimo... porque yo estoy con vosotros”. Cuando se hace a un lado el temor, y se dedica con esfuerzo al trabajo, la obra avanza. En física, el trabajo se define como “el producto de una fuerza que actúa y la distancia a través de la que actúa esta fuerza, siendo la fuerza y la distancia en la misma dirección”. El Señor también quiere que dirijamos nuestros esfuerzos hacia la meta de llevar a cabo sus fines.

Dios está consciente del estado de apatía que nos invade cuando se trata de edificar su casa. Nos asusta la enormidad del trabajo; al unísono con el apóstol Pablo decimos sin ganas: “Aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo” (NVI, Romanos 7:18). Dentro de este vacío rodeado de dudas y vacilaciones, Dios envía su Espíritu a fortalecer el nuestro y lo mueve con las palabras: “Cobren ánimo y no teman”.

El Espíritu Santo habla con palabras que crean, que producen. Ellas son poder y fuerza, como cuando dijo: “¡Hágase la luz!”, y la luz se hizo; y las tinieblas se desvanecieron cuando el Creador las pronunció. De esta misma manera el temor y la debilidad innatos en nosotros desaparecerán cuando leemos: “Cobrad ánimo..., no temáis.”

Esta no es una plática piadosa con el fin de animarnos y decirnos que sí tenemos la capacidad dentro de nosotros mismos para hacerlo. No nos insinúa que puede haber reservas latentes de fuerza en nuestro ser que ni siquiera hemos despertado. No, el poder y el valor proceden de él, y nos llegan por medio de sus palabras. Las oímos y sucede lo que dicen. La prueba de esto está en la frase maravillosa, “porque yo estoy con vosotros”.

No temas por nada, contigo yo soy;

Tu Dios yo soy sólo, tu ayuda seré;

Tu fuerza y firmeza en mi diestra estarán,

Y en ella sostén y poder te daré. (Culto Cristiano 238:3)

El Espíritu de Dios está íntimamente unido a la obra que se lleva a cabo. “Así mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis”, nos hace pensar en el día de Pentecostés. Tres mil piedras vivas se añadieron ese día a la iglesia. ¡Qué grandioso milagro!

La obra de hacer que las personas se conviertan, o sea la edificación de la casa de Dios, es un gran reto. El creyente se siente tentado a decir: “No van a creer... no van a aceptar lo que les digo... no van a respaldar la obra que tratamos de hacer para el Señor”. Necesitamos oír: “Cobrad ánimo... y trabajad; porque yo estoy con vosotros”.

⁶ Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; ⁷ haré temblar a todas las naciones; vendrá el Deseado de todas las naciones y llenaré de gloria esta Casa, ha dicho Jehová de los ejércitos. ⁸ Mía es la plata y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos. ⁹ La gloria de esta segunda Casa será

mayor que la de la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos.»

Esta es la séptima vez que el Señor habla de él mismo como “Jehová de los ejércitos”. La Nueva Versión Internacional dice “el Señor Todopoderoso”. La expresión “de los ejércitos” (todopoderoso) en el idioma hebreo significa huestes; se usa para describir el gran contingente de soldados que avanzan para luchar contra el enemigo. Recordemos que Dios por medio de Hageo le habla a un grupo, a un remanente del pueblo original de Israel, el cual sentía de manera muy honda la inseguridad de la vida. Era un rebaño muy pequeño ante cuya desventaja se les dijo que también lucharán y edificarán y llevarán a cabo cosas para su Dios. Por eso él quiere que ellos sepan lo que él les dice: “Soy Jehová de los ejércitos”.

Una mañana el siervo del profeta Eliseo se sintió aterrorizado cuando se levantó y vio que el ejército enemigo arameo había rodeado por completo su aldea. “¡Ah, señor mío!, ¿qué haremos?” dijo el siervo con voz entrecortada. El profeta le dijo con calma: “No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos”. Luego leemos: “Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo” (2 Reyes 6: 15,16,17). ¡Este es el Señor de los ejércitos! ¡Estos son sus ángeles en los carros de fuego!

El Señor todopoderoso no solamente despierta el espíritu de las personas; también hace temblar [sacude, NVI] a todas las naciones, como dice en el versículo 7.

Es difícil ubicar con exactitud el tiempo de esa sacudida. ¿Ocurre solamente una vez o está hablando de un número de sacudidas diferentes? Hay algo que se puede determinar sin preguntas: la llegada del Deseado de las naciones que fue el mayor evento de la historia. Lo que sucedió en Belén aquella Navidad de hace mucho tiempo aún está repercutiendo entre las naciones. ¡El Salvador vino a todos los pueblos!

Aquí la palabra para naciones es “*goyim*”. Es una palabra que usan con frecuencia los judíos de estos días para referirse a los gentiles. Las naciones miran al Salvador venidero como los sedientos miran los espejismos del desierto y ven un verdadero oasis, o como los que están perdidos en la noche se esfuerzan a ver el parpadeante fuego tan anhelado.

El *Deseado*. El significado de la palabra deseo es primero que nada lo que responde al anhelo y a la necesidad. Pero el segundo significado también incluye la idea de un enamorado o del amado. El cuadro es hermoso e impactante; los enamorados que están separados se ven el uno al otro a la distancia y corren a encontrarse. ¿Es que acaso los seres humanos conocen una emoción y una alegría más profunda que ésta?

“Si Jehová no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican; si Jehová no guarda la ciudad, en vano vela la guardia” (Salmo 127:1). Y como el Señor nos lo hace ver en el versículo 7, si él no llena la casa con su gloria, el edificio es solamente una construcción más. No importa cuán grandiosa sea y cuánto haya costado (él nos recuerda: “Mía es la plata, y mío es el oro”). La gloria de la iglesia no está en el esplendor del edificio sino en esa gente sencilla reunida en algo que ellos han hecho con sus manos, motivados por el Espíritu Santo, y luego Dios viene y habita con ellos, ¡y ésta es la alegría de Dios!

El versículo 9, nos anima al saber que no han muerto todos los mejores cristianos. La grandeza de la religión no es solamente cosa del pasado; el mejor exponente de la iglesia no fue sólo la iglesia de los mártires que murieron en el circo romano, no fue sólo la iglesia de la Reforma con las grandiosas catedrales en las que resonaban las palabras de Martín Lutero: “No me retractaré de lo que he confesado”. Tenemos la promesa de Dios de que incluso hoy en día nuestros humildes esfuerzos también producirán: algo que valga la pena, algo inspirador, algo que le dará toda la gloria a Dios. La iglesia no se duerme en sus laureles, constantemente mira hacia el futuro, a lo mejor, a crecer. Y si llegara a ser la

personificación de la gloria en este mundo, todavía quedará la gloria mucho más trascendente cuando la iglesia militante se convierta en la iglesia triunfante, y todos pasemos de este mundo a la luz radiante de la eternidad.

“La gloria de esta casa será mayor que la de la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos”.

¡Y paz! Habrá paz. Tendremos la paz que tanto necesitamos: paz de conciencia, paz entre las naciones, paz entre nuestros familiares, paz en nuestra vida, paz en nuestro mundo. ¿Es esperar demasiado? En este mundo, sí. El Señor nos dice que nos preparemos para guerras y rumores de guerras y para los tiempos que empeoran día a día. Y sin embargo, existe la paz que sobrepasa el entendimiento humano. El pastor dice estas palabras cada vez que termina el sermón en la iglesia, no es la paz que pueden dar los hombres, ni es la paz que podemos analizar detalladamente. Es sencillamente la paz de Dios que baja suave y calladamente como la nieve, sobre su pueblo.

¡Cuántas veces hablaron de esta paz los profetas y los apóstoles! ¿Y por qué? Porque había una gran falta de ella y el pueblo la necesitaba tanto. Jesús mismo, al presentarse ante sus discípulos, a los temerosos, a los que dudaban, a los tímidos, les dijo: “¡Paz a vosotros!” El mundo no cambió, no cesaron los tumultos ni los disturbios, pero sus prosélitos conocieron ya esa paz. Salieron a predicar por el mundo, y cuando estaban siendo lapidados a muerte miraban hacia el cielo, sonreían y “se dormían”. ¡Paz!

Señor, danos esta paz, llena nuestras iglesias y nuestras vidas con esta paz. Cumple la promesa que nos hiciste: “Y daré paz en este lugar”.

Tercera Parte

La Tercera Palabra del Señor (2:10-19)

Una palabra de exhortación y de promesa

¹⁰ A los veinticuatro días del noveno mes, en el segundo año de Darío, llegó esta palabra de Jehová por medio del profeta Hageo: ¹¹ «Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Pregunta ahora a los sacerdotes acerca de la Ley, y diles: ¹² Si alguno lleva carne santificada en la falda de su ropa, y con el vuelo de ella toca el pan o la vianda, el vino o el aceite, o cualquier otra comida, ¿será santificada?» Los sacerdotes respondieron diciendo que no. ¹³ Entonces Hageo continuó: «Si uno que está impuro por haber tocado un cadáver, toca alguna cosa de éstas, ¿quedará ella inmunda?» Los sacerdotes respondieron: «Inmunda quedará.» ¹⁴ Hageo respondió: «Así es este pueblo y esta gente que está delante de mí, dice Jehová; asimismo es toda la obra de sus manos: todo lo que aquí ofrecen es inmundo. ¹⁵ Ahora, pues, medita en vuestro corazón desde este día en adelante, antes que pongan piedra sobre piedra en el templo de Jehová. ¹⁶ Antes que sucedieran estas cosas, venían al montón de veinte efas, y sólo había diez; venían al lagar para sacar cincuenta cántaros, y sólo había veinte. ¹⁷ Os herí con un viento sofocante, con tizoncillo y con granizo en toda la obra de vuestras manos, pero no os convertisteis a mí, dice Jehová. ¹⁸ Medita, pues, en vuestro corazón, desde este día en adelante, desde el día veinticuatro del noveno mes, desde el día que se echó el cimiento del templo de Jehová; medita, pues, en vuestro corazón. ¹⁹ ¿No está aún el grano en el granero? Ni la vid, ni la higuera, ni el granado, ni el árbol de olivo ha florecido todavía; pero desde este día, yo os bendeciré.»

Esta es la tercera palabra del Señor. Una vez más se menciona la fecha, fue el día veinticuatro del mes noveno, en el segundo año del rey Darío.

Al filósofo griego Sócrates se le conocía porque hacía preguntas que guiaban a la gente a responder con declaraciones verdaderas; esa era su forma de enseñarles. Aquí el Señor usa el mismo método, hace preguntas. Partiendo de algo conocido, guía hacia lo desconocido, o si no era desconocido por lo menos no era algo que hubiera sido confesado.

El pueblo conocía los hechos, pero no tenían la costumbre de aplicárselos a ellos mismos ni a su situación; en esto, los tiempos no han cambiado. La palabra de Dios se oye muy bien cuando se les aplica a otros, pero no queremos entenderla cuando se trata de aplicarla a nuestra vida. El Señor viene a nosotros con sus palabras divinas; si lo escuchamos, tenemos que confesar lo que es correcto, o sea, verdadero, porque él dice la verdad.

El Señor les hace un reto: “Pregunta ahora a los sacerdotes acerca de la ley”, y los sacerdotes sabían la respuesta y podían, al igual que el pueblo, contestar las preguntas que siguen a continuación.

El principio general, que se establece en las preguntas divinas y en las respuestas del versículo 12, es que es más fácil que lo malo convierta algo que es bueno en algo malo, que lo que es bueno convierta algo malo en algo bueno. En otras palabras, un poquito de levadura leuda toda la masa. Después de la batalla de Jericó (Josué 7) fue el pecado de Acán lo que contaminó y condenó a todo el campamento israelita. Un poco de maldad lleva rápidamente a una impiedad aún más grande.

Por eso, por causa de la actitud general, por la presente maldad, y por la indiferencia de la gente, el Señor dice en nuestro versículo, por medio de Hageo: “Así es este pueblo y esta gente que está delante de mí; asimismo toda la obra de sus manos: todo lo que aquí ofrecen es inmundo”. Podemos oír a Dios diciendo para sí: “Este pueblo se acerca a mí de palabra, pero su corazón está lejos de mí”.

Los versículos 15-19 hablan de los resultados de no reedificar la casa del Señor: la escasez de recursos, la peste, el moho en las plantas, el granizo.

Después sigue la advertencia del versículo 18: “Desde este día en adelante, desde el día veinticuatro del noveno mes, desde el día que se echó el cimiento del templo de Jehová; considerad, pues, en vuestro corazón”. ¡Hagámoslo hoy mismo! No dejemos para mañana lo que podemos hacer hoy. Llega la noche en que nadie podrá trabajar. El viejo adagio dice: El camino al infierno está empedrado de buenas intenciones.

Nuestro Dios quiere que nos hagamos esta pregunta: “¿Qué es lo que nos estamos haciendo a nosotros mismos?” Miren los resultados de tener una religión tibia. Nada va bien. “Ni la vid, ni la higuera, ni el ganado, ni el árbol de olivo han florecido todavía”. ¡Hasta hoy! Pero esto no va a seguir de la misma manera.

Dios está obrando entre nosotros, su Espíritu está despertando el corazón de las personas. Las cosas van a cambiar. Este es el optimismo eterno y piadoso que obra la palabra de Dios cuando la ley y el evangelio se abren camino en el corazón y en la vida de las personas. No estamos condenados al fracaso, ni estamos condenados a no poder cambiar nunca. La vida cristiana es una vida de cambios, las personas crecen espiritualmente, se convierten y vuelven a nacer; la palabra de Dios infunde el nuevo espíritu y la nueva vida en su corazón.

Así como Dios quiere que “desde este día” haya un cambio en nuestra vida, también desea que las bendiciones comiencen como termina esta sección con las hermosas palabras: “Desde este día yo os bendeciré”.

Cuarta Parte
La Cuarta palabra del Señor
(2:20-23)

Una palabra de consuelo al gobernante

²⁰ Hageo recibió por segunda vez esta palabra de Jehová, a los veinticuatro días del mismo mes: ²¹ «Habla a Zorobabel, gobernador de Judá, y dile: Yo haré temblar los cielos y la tierra; ²² trastornaré el trono de los reinos y destruiré la fuerza de los reinos de las naciones; trastornaré los carros y a los que en ellos suben; caballos y jinetes caerán bajo la espada de sus propios hermanos. ²³ En aquel día, dice Jehová de los ejércitos, te tomaré, Zorobabel hijo de Salatiel, siervo mío, dice Jehová, y te pondré como anillo de sellar, porque yo te he escogido, dice Jehová de los ejércitos.»

La cuarta y última palabra del Señor en el libro de Hageo comienza en el versículo veinte. Se dirige a Zorobabel, el gobernador y líder del pueblo; son palabras que a todos los gobernantes les gustaría escuchar, todos sus enemigos serán vencidos. La sección anterior terminó con la afirmación de la voluntad de Dios de otorgar bendiciones incluyendo al gobernante. Es seguro que si el gobernante terrenal es bendecido, también lo será la nación que está bajo su gobierno.

La frase: “En Dios confiamos”, que aparece en cierta clase de moneda en los Estados Unidos, es una inscripción que es digna de ser estampada no sólo en monedas y billetes, sino de ser estampadas en la vida de todos nosotros. Cuando el gobernante y su pueblo confían en Dios, su nación es invencible, porque Dios es invencible y declara públicamente: “Trastornaré el trono de los reinos, y destruiré la fuerza de los reinos de las naciones; volcaré los carros y los que en ellos suben, caballos y jinetes caerán bajo la espada de sus propios hermanos”.

La afirmación que se hace en Romanos 8:31, “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”, contiene una gran verdad para todas las naciones. Y también lo contrario es una certeza: si Dios no está a nuestro favor nada nos puede salvar. Israel es un excelente ejemplo de eso. Después de que Roboam el hijo de Salomón se hizo cargo del gobierno de Israel, ya no hubo gobernantes piadosos. Una posible excepción sería Jehú, que limpió el país del culto a Baal en el tiempo de Acab y de Jezabel, pero aun de él leemos: “Mas Jehú no cuidó de andar en la ley de Jehová Dios de Israel con todo su corazón” (2 Reyes 10:31). Por más o menos 200 años, el pueblo de Israel sufrió bajo esos impíos gobernantes hasta que como un último suspiro fueron relegados al olvido en el año 722 a.C. En 2 Reyes 17:18 leemos acerca del último acto de la nación sin Dios. “Jehová se airó en gran manera contra Israel, y los quitó de delante de su rostro”.

Pero Judá era diferente. Zorobabel vio a su pueblo regresar de la esclavitud, oyó la bendición y la promesa que Dios le dio. Él será el anillo con el sello del Señor.

En Génesis 38, leemos la historia sórdida de Judá y de sus ilícitas relaciones sexuales con su nuera Tamar. En esa aventura, Tamar le hizo a Judá esta petición: déjame “tu sello, tu cordón y el bastón que tienes en tu mano”, algo que lo identificara, como prendas de que él le enviaría un cabrito de su rebaño. Era su tarjeta de referencia.

El sello, de acuerdo con lo prescrito por el Señor en el libro de Éxodo, era parte de los atuendos de los sacerdotes y de sus vestiduras. El nombre del dueño era grabado en esos sellos. Al rey se le conocía por lo que había escrito en su anillo o en su pergamino, y de esta manera se establecía su autoridad. En el Medio Oriente se pasaba por cera tibia un cilindro con grabados en relieve para imprimir la huella de la realeza y del poder, como testimonio de su autoridad.

Así tenía Zorobabel estampado el nombre de Dios en su vida. “Porque yo te he escogido”, le dijo el Señor. Ya estaba identificado para siempre, pues también él representaba el poder de Dios. En

vista de las promesas radicales que su Dios le había hecho, él podía decir con el apóstol Pablo: “Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31).

En Apocalipsis 7, el ángel que viene del este clama en voz alta a los ángeles a quienes se les había otorgado el poder de dañar la tierra y el mar: “No hagáis daño a la tierra, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios”.

Los hijos de Dios tienen la marca del sello del Señor, y ellos a su vez la ponen en el mundo. Llevamos con nosotros el nombre de Jesús; somos el pueblo que representa ese nombre que significa Salvador. Nosotros somos la prueba de su nombre y de todo lo que dice que es.

Puede ser que algunos noten que los acontecimientos que se le describieron y se le prometieron a Zorobabel nunca sucedieron mientras él vivió; no sucedió que los tronos reales fueran derrocados ni que los poderes fueran destruidos. Los reyes persas continuaron sucediéndose uno tras otro de manera relativamente pacífica.

La referencia a Zorobabel en el libro de Hageo no es a una persona específica sino a la posición o al trono del gobierno. Zorobabel aparece en las dos genealogías de Jesús que hay en el Nuevo Testamento (Mateo 1 y Lucas 3); es uno de los gobernantes del linaje del Soberano, aquél ante quien se doblará toda rodilla y al que toda lengua confesará. En Lucas 1:32,33 el ángel le dijo a la afligida María: “Éste [Jesús] será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de su padre David, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre; y su reino no tendrá fin”.

La más grande de las batallas que libró el Señor fue la del Gólgota; fue allí donde él destruyó para siempre el poder de “los reinos de las naciones”. Eso sucedió y lo probaron las palabras de Jesús: “¡Consumado es!” Había terminado la enemistad entre Dios y el hombre, que se remontaba al comienzo, a la serpiente y a Adán y Eva, los dos desdichados transgresores.

Jesús dijo que su reino no es de este mundo. No debemos insistir en encontrar una representación literal de la profecía de Hageo en la vida de los reyes de este mundo. El Señor vino y realmente: luchó con las fuerzas espirituales del mal, las derrocó, y las venció por completo. De esa manera la profecía se cumplió.

Todo creyente, incluyendo a Zorobabel, se da cuenta de que los grandes peligros y amenazas no vienen de los cuarteles de los poderes militares de este mundo. No, nuestras luchas mayores son “contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12). Estas palabras proféticas se cumplen cada vez que los hijos de Dios ganan la batalla como dice Juan: “Hijitos, vosotros procedéis de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Juan 4:4).

Y así, con su declaración cierta y verdadera de haber escogido a Zorobabel, y con las palabras “Jehová de los ejércitos” resonando en nuestros oídos, el Señor termina este libro corto pero importante.

ZACARÍAS

INTRODUCCIÓN

Antecedentes históricos.

Zacarías fue contemporáneo de Hageo; él también había vivido en la esclavitud y había regresado. Los dos profetas habían visto la indiferencia del pueblo hacia la construcción de la casa de Dios; y uniéndose al mensaje a Hageo, que hablaba de parte de Dios, Zacarías les dijo: “¡Construyan mi casa!”

El libro comienza con la primera palabra del Señor para Zacarías, que vino a él solamente dos meses después de la primera palabra de Hageo, en el octavo mes del segundo año de Darío, en el año 520 a.C. (Para informarse acerca del reinado de los varios reyes persas, ver la página 1 y siguientes.)

El libro de Esdras nos dice: “Profetizaron Hageo y Zacarías, hijo de Iddo, ambos profetas, a los judíos que estaban en Judá y en Jerusalén en el nombre del Dios de Israel quien estaba sobre ellos” (5:1).

Zorobabel y Josué trabajaron en la obra de reconstrucción de la casa del Señor en Jerusalén. Y Esdras nos dice más: “Y los ancianos de los judíos edificaban y prosperaban, conforme a la profecía del profeta Hageo y de Zacarías, hijo de Iddo. Edificaron, pues, y terminaron, por orden del Dios de Israel, y por mandato de Ciro, de Darío, y de Artajerjes” (6:14).

En el libro de Zacarías hay muchas descripciones impactantes. Algunas son surrealistas y con colores caleidoscópicos, otras son crudas y extrañas. Zacarías pintó con pincel profético en la imaginación y en la conciencia de su pueblo. Nos acercamos en la actualidad a esas pinturas y vemos que, con el pasar de los años, los colores no se han desteñido y las imágenes no se han borrado. Describió el infierno y el cielo; predicó tanto la ley de Dios como su evangelio.

Zacarías también fue un profeta que dijo palabras que describían de manera directa al Salvador venidero. En el libro oiremos palabras que reconocemos por la historia de la pasión de nuestro Señor. Este hombre de Dios conoció al Salvador por inspiración y por profecía.

Bosquejo

- I. La primera palabra (1:1–6:15)
 - A. El regreso (1:1-6)
 - B. Las visiones (1:6–6:8)
 - C. El Renuevo (6:9-15)

- II. La segunda palabra (7:1–8:23)
 - A. Religión, pero no para Dios (7:1-7)
 - B. Corazones duros (7:8-14)
 - C. El Señor les promete bienestar (8:1-23)

- III. Las profecías del Rey mesiánico (9:1–14:21)
 - A. Los reyes serán destruidos (9:1-8)
 - B. Vendrá el Rey (9:9-17)
 - C. Maldición para los pastores (10:1–11:3)
 - D. El Pastor y sus dos cayados (11:4-17)
 - E. Fuerza (12:1-9)
 - F. Duelo (12:10-14)
 - G. El Pastor herido, las ovejas dispersas (13:1-9)
 - H. Viene el Señor (14:1-21)

Primera Parte
La Primera Palabra
(1:1-6:15)

Un llamado a volverse al Señor

1 En el octavo mes del año segundo de Darío, llegó esta palabra de Jehová al profeta Zacarías hijo de Berequías hijo de Iddo:

2 «Se enojó mucho Jehová contra vuestros padres. **3** Diles, pues:

»Así ha dicho//Jehová de los ejércitos:
Volveos a mí, dice Jehová de los ejércitos,
y yo me volveré a vosotros,
dice Jehová de los ejércitos.

4»No seáis como vuestros padres, a quienes los primeros profetas clamaron diciendo: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Volveos ahora de vuestros malos caminos y de vuestras malas obras”; pero ellos no atendieron ni me escucharon, dice Jehová.

5»Vuestros padres, ¿dónde están?
y los profetas, ¿acaso han de vivir//para siempre?

6 En cambio, mis palabras //y mis ordenanzas,
que yo mandé a mis siervos los profetas,
¿no alcanzaron a vuestros padres?

»Por eso ellos se volvieron y dijeron: “Como Jehová de los ejércitos había decidido tratarnos, conforme a nuestros caminos y conforme a nuestras obras, así nos ha tratado.”»

El nombre del profeta es Zacarías, que significa “Jehová recuerda” o “al que Jehová recuerda”. Los judíos eran un pueblo en el que, como los indígenas norteamericanos, cada nombre tenía

un significado. Hoy nuestro nombre también significa algo, pero como nos lo dan al nacer antes que se desarrolle nuestra personalidad, o antes que nuestras obras sean evidentes, no tiene ahora el significado que tenía antes. Por ejemplo, ¿quién sabe que el nombre Felipe quiere decir “el que ama los caballos”?

En el nombre Zacarías tenemos el testimonio de que alguien creía que nuestro Dios, Jehová, recuerda. ¡Qué buen nombre es éste! Qué gran ayuda para ir por la vida con él, recordándole al que lo lleva que su Dios tiene memoria de él, y que este Dios recuerda todas las promesas dadas por pura gracia. Es seguro que este nombre le fue muy útil al profeta.

Zacarías era el hijo de Berequías, que era hijo de Iddo. Fue un ser humano que tuvo un padre que a su vez tuvo también el suyo. Pasaron por todas las experiencias de la vida humana, tanto positivas como negativas. Y cuando viniera el Salvador del mundo, él también tendría un árbol genealógico. La Biblia le dedica una atención especial al linaje de Jesús, la presenta dos veces (Mateo 1:1 y ss y Lucas 3:23 y ss); el primero es su linaje legal por parte de José, el segundo es su linaje sanguíneo por parte de María.

Al comenzar el estudio de Zacarías, es importante ver el tema de los padres. Las palabras comienzan con: “Se enojó mucho Jehová contra vuestros padres”. Los padres no sólo ayudan a determinar las características físicas de los hijos, sino que también influyen en sus características espirituales.

Los pecados de los padres los sufren los hijos. Lo que ellos son y fueron es importante para nosotros; tal como el Señor en estos primeros versículos nos lo dice, y para animarnos nos recuerda: “No seáis como vuestros padres”. “Se enojó mucho Jehová contra vuestros padres”, y ésta es una faceta de Dios que la mayoría de la gente preferiría no saber. Los cristianos hasta reciben miradas de indignación si se atreven a decir que Dios se enoja, y que se puede airar tanto que hace que el fuego del infierno arda aún más. La gente que no conoce al Todopoderoso, ni quiere conocerlo, fácilmente defiende la idea de que Dios es como un

abuelo que les sonríe con benevolencia a los niños aun cuando a veces son alborotadores y traviosos, ya que por lo general son “chicos buenos”.

Zacarías le habló a su pueblo del Dios enojado. Aquí el hebreo se traduciría literalmente: “El Señor ardía con gran enojo”. El Salmo 7:11 dice: “Dios está airado contra el impío todos los días”. El Señor no es vengativo, ni tampoco, como dice el refrán, uno que quiere cobrarse “diente por diente y ojo por ojo”. Al contrario, Dios es justo y no puede tolerar el mal. En su justicia, Dios no puede soportar que una sola infracción quede sin castigo; si lo hiciera, no sería el Dios que es verdadera y perfectamente santo. Si él pudiera engañarse a él mismo, entonces no sería el Dios justo y todopoderoso que él mismo afirma que es.

Pero nuestro Dios no se complace cuando perecen los malos. “Volveos a mí”, nos dice; lo que es otra manera de decir: “¡Conviértanse! ¡Arrepiéntanse! Vuélvanse de sus malvados caminos y de sus malas obras”. El Señor quiere que la gente cambie su manera de pensar acerca de él, y en el contexto del libro de Zacarías exhorta: “Cambien de idea acerca de lo que es importante en la vida. Miren que mi casa está en ruinas. Ordenen correctamente sus prioridades. Busquen primero mi reino y mi justicia y todas estas cosas les serán añadidas. Así como sus padres son el ejemplo de mi ira que cae sobre los que aborrezco, a causa de su pecado, así también ellos son ejemplo del amor que les muestro a los que se vuelven a mí. ¿Acaso no acudieron a mí frecuentemente en sus aflicciones, y yo los libré? Todo lo que yo quería que hicieran era que se volvieran a mí y que invocaran mi nombre. Ellos me abandonaron, yo no los abandoné a ellos. Cuando ellos se volvieron a mí, yo me volví a ellos”.

Cuando él dice, “Volveos a mí... y yo me volveré a vosotros”, esto no significa que los individuos deben dar el primer paso para regresar a él por ellos mismos, ni que después de que Dios vea el esfuerzo de ellos, él venga a ellos. La Palabra nos hace ver que Dios obra en nosotros el querer y el hacer como a él le place. Son

incontables las maneras como el Señor actúa para que sus hijos se vuelvan a él. Por ejemplo envía plagas, enemigos, aflicciones, para después recordarles que él es el Dios de misericordia y de amor. El libro de Hageo nos lo acaba de relatar: “Os herí con un viento sofocante, con tizoncillo y con granizo en toda la obra de vuestras manos, pero no os convertisteis a mí” (2:17).

A pesar de todo esto, Jehová nos suplica que regresemos a él. Él no se aleja, sino que nos invita que regresemos. Su pueblo *sí* se vuelve a él cuando invoca su nombre y le pide perdón, y él se lo otorga. A la par con David, dicen: “Crea en mí un corazón limpio y renueva un espíritu recto dentro de mí”. Como David, nosotros deseamos cambiar nuestra manera de pensar y de actuar. Queremos volvernos y regresar.

Son horribles las consecuencias si uno no regresa. En el versículo 5 el Señor pregunta: “Vuestros padres, ¿dónde están?”

De alguna manera los hijos deben ser mejores ejemplos que sus padres. ¡Qué difícil es hacer eso! El Señor exhorta a los padres a que críen a los hijos “en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4). “Instruye al niño en el camino correcto y aun en su vejez no lo abandonará” (Proverbios 22:6 NVI). Pero, ¿qué hacen los hijos cuando sus padres no hacen lo correcto? El Señor de alguna manera se acerca a ellos y les advierte: “No sean como sus antepasados”, pues sólo Dios puede hacer que los hijos rompan con el dominio creado por el ejemplo de sus padres.

Y así ocurre, lo vemos en la vida de las amadas personas que viven piadosa y fielmente a pesar de los ejemplos terribles que tienen en casa. Por lo cual nos preguntamos: ¿Por qué lo hacen? ¿Por qué acuden a la iglesia? La respuesta debe estar en el versículo anterior; pues sin duda, el Señor ha grabado en ellos la necesidad de ser mejores que sus padres.

Los profetas no viven para siempre, y la advertencia de volverse al Señor tampoco va a durar indefinidamente. Mil años antes de que naciera el Salvador leemos: “En aquellos días escaseaba la palabra de Jehová y no eran frecuentes las visiones” (1 Samuel 3:1). Dios había retirado su palabra del pueblo renuente.

Las palabras de Zacarías implican que, si se desprecia esta exhortación, llegará el día en el que el Señor ya no nos pedirá que regresemos. Moisés terminó por no regresar al faraón... y el silencio fue ensordecedor.

Qué drama tan fascinante se lee en el versículo 6, cuando la gente se acercaba más y más al borde del desastre, y la Palabra los llamaba con toda insistencia. Los que llevan el sello ¿serán arrebatados cuando estén a punto de ser consumidos por el fuego? Y qué del pabito de la vela y el junco maltratado, ¿se podrán salvar de alguna forma de la ruina?

La ley y el evangelio de Dios perseguirán a los pecadores descarriados. “¡Arrepiéntanse!” “¡Vuélvanse!” Y leemos: “Se volvieron y dijeron: Como Jehová de los ejércitos había decidido tratarnos, conforme a nuestros caminos, y conforme a nuestras obras, así nos ha tratado”.

Nuestro Dios es justo. Hasta los incrédulos tendrán que reconocer la justicia de Dios algún día, como lo confesó el ladrón crucificado al lado de Jesús: “Recibimos lo que nuestros pecados merecían”. Nuestro Dios también es justo al perdonar ya que su Hijo ha pagado el precio. A los que claman a Dios en el nombre y por los méritos del sacrificio de Cristo por sus pecados, Dios les hará exactamente lo que ha decidido hacer: ¡los perdonará y los recibirá en su reino de gracia y de poder! Así como decide condenar al pecador impenitente, también decide salvar al santo arrepentido.

El hombre entre los mirtos

⁷ A los veinticuatro días del mes undécimo, que es el mes de Sebat, en el año segundo de Darío, llegó esta palabra de Jehová al profeta Zacarías hijo de Berequías hijo de Iddo:

⁸ Tuve una visión durante la noche: Vi a un hombre que cabalgaba sobre un caballo alazán y estaba entre los mirtos que había en la hondonada, y detrás de él había caballos alazanes, overos y blancos. ⁹ Entonces pregunté:

—¿Quiénes son estos, señor mío?

Y el ángel que hablaba conmigo me respondió:

—Yo te enseñaré quiénes son estos.

¹⁰ Y el hombre que estaba entre los mirtos dijo:

—Éstos son los que Jehová ha enviado a recorrer la tierra.

¹¹ Entonces ellos hablaron a aquel ángel de Jehová que estaba entre los mirtos, y le dijeron:

—Hemos recorrido la tierra, y hemos visto que toda la tierra está tranquila y en calma.

¹² El ángel de Jehová exclamó:

—Jehová de los ejércitos, ¿hasta cuándo no tendrás piedad de Jerusalén y de las ciudades de Judá, con las cuales has estado enojado por espacio de setenta años?

¹³ Jehová dirigió palabras buenas, palabras de consuelo, al ángel que hablaba conmigo. ¹⁴ Entonces el ángel que hablaba conmigo me dijo: «Proclama: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos:

»”Celé con gran celo a Jerusalén y a Sión.

¹⁵ Pero siento gran ira//contra las naciones despreocupadas,

pues cuando yo estaba un poco enojado, ellas se aprovecharon para agravar el mal.

¹⁶ Por tanto, así ha dicho Jehová:

Me vuelvo a Jerusalén con misericordia;

en ella será edificada mi Casa,

dice Jehová de los ejércitos,

y la plomada será tendida//sobre Jerusalén.”

¹⁷ »Proclama también:

»“Así dice Jehová de los ejércitos:

Aún rebosarán mis ciudades//con la abundancia del bien; aún consolará Jehová a Sión

El versículo 7 ubica las visiones siguientes dentro del contexto del tiempo; esas visiones sucedieron cerca de tres meses después de que la primera palabra del Señor le había llegado a Zacarías, y exactamente cinco meses después de haberse iniciado la reconstrucción del templo (Hageo 1:15).

Existe una dificultad con el color de los caballos. En primer lugar, nos sentimos tentados a hacer conjeturas acerca del significado de los colores, pero de nada nos serviría, porque simplemente no lo sabemos. En segundo lugar, hay alguna duda acerca de cómo se debe traducir el color “alazán” que está relacionado con los nombres Adán y Edom (Esaú). Ni Adán, que fue formado de la tierra, ni Esaú, que era de tez rubicunda, eran de piel rojiza. En el idioma hebreo la palabra se escribe precisamente de la misma manera que la palabra para tierra. Eso nos daría la idea de que el color se acercaría más al color cobrizo que al rojo. Pero el diccionario también nos da como significados, “el color del jugo de la uva” y “sangre”.

Pero no nos enredemos en tratar de resolver el asunto del color y de su significado. ¿Podemos señalar que para la mente y los ojos de Zacarías, los caballos eran de color diferente? ¡Ese era un sueño! ¡Una visión! Los caballos tenían colores que Zacarías podía identificar.

En cuanto a la cuestión de lo que son los caballos, Zacarías se hace la pregunta a sí mismo en el versículo 9, y recibe la respuesta en los versículo 10 y siguientes.

Los caballos son seres enviados por Dios mismo para andar por toda la tierra. En otros lugares los ángeles son descritos como caballos. Cuando Eliseo consoló a su siervo aterrado al ver el enemigo alrededor de ellos, leemos: “No tengas miedo”, le dijo el profeta, “porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos”. Y oró Eliseo, y dijo: “Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo” (2 Reyes

6:16,17). Y cuando Eliseo fue llevado al cielo oímos: “He aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos” (2 Reyes 2:11). Si comparamos este viaje con el viaje al cielo que hicieron los ángeles con el mendigo Lázaro (Lucas 16:22), entonces podemos vincular los caballos con los ángeles, sin olvidar que son invisibles porque en su estado natural son seres espirituales.

Los ángeles habían hecho bien su trabajo; ellos habían “recorrido” la tierra. Estas palabras significan andar por todas partes. Son las mismas palabras que dijo el diablo cuando se le preguntó dónde había estado: “De *recorrer* la tierra y de *andar* por ella” (Job 1:7).

El diablo recorre la tierra por todas partes. Es un consuelo saber que los ángeles de Dios también lo hacen. La misión de los ángeles es una misión especial de búsqueda y de rescate (ver el Salmo 91). Ellos son fuerzas especiales, de primera clase, designadas por Dios para la seguridad y el bienestar de su pueblo.

En la visión de Zacarías los ángeles informan que toda la tierra estaba tranquila y en paz. Pero había una falla, el ángel mismo del Señor la señala: “Jehová de los ejércitos, ¿hasta cuándo no tendrás piedad de Jerusalén y de las ciudades de Judá con las cuales has estado enojado por espacio de setenta años?” No parece justo: los paganos tienen tranquilidad y paz. El pueblo de Dios acababa de salir de setenta años de persecución y de aflicciones. ¿Se compondrán las cosas? ¿Se justificará el curso de los acontecimientos y las cosas volverán a la normalidad?

El mismo Señor Todopoderoso contesta: “Celé con gran celo a Jerusalén y a Sión. Pero siento gran ira contra las naciones despreocupadas, pues yo estaba un poco enojado, ellas se aprovecharon para agravar el mal”.

¿Celoso el Señor de los ejércitos? ¿Y de qué? ¿De hijos que se han descarriado, que han actuado mal y que le han dado la espalda a su Padre? Sí, ¡por eso mismo! Así como su amor es grande, también lo es su celo. Su primer mandamiento surge de ese celo ardiente: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Y entendemos en nuestra imperfección humana lo que el Señor

siente: nadie que tenga una novia o novio, quiere ser el segundo en los afectos de ella o de él. Nadie que ame a otra persona se siente bien cuando ve que su amada o amado le da su amor y afecto a otro.

El Señor, como ser justo y perfecto, es celoso de los afectos de su pueblo. Por eso no se da por vencido fácilmente en cuanto a ellos, y hace todo lo que está dentro de su poder para que recuperen la sensatez y se vuelvan a él. En este caso los setenta años de esclavitud fueron el esfuerzo de Dios no solamente para hacer que su pueblo anhelara regresar a la tierra que él les había dado a los antepasados, sino para que anhelaran volver a él y a su templo.

Las naciones se sienten seguras, pero Dios está muy enojado con ellas. En apariencia parecen disfrutar de paz, de tranquilidad, de prosperidad y de riquezas, pero las apariencias pueden engañar. Asaf, el autor del Salmo 73, luchó con esa discrepancia obvia cuando escribió: “Tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos. Porque no hay congojas para ellos, pues su vigor está entero. No pasan trabajos como los otros mortales, ni son azotados como los demás hombres...” (Salmo 73:3-5). Pero cuando llegó a darse cuenta el salmista observó: “¡Cómo han sido asolados de repente! Perecieron, se consumieron de terrores” (versículo 19). A las malas hierbas por un tiempo se les permite crecer sin problemas junto con el trigo, pero tarde o temprano llega el día cuando serán recogidas para ser arrojadas al fuego.

Pero hay palabras de ánimo y consuelo para el pueblo de Dios. “Jehová dirigió palabras buenas, palabras de consuelo, al ángel que hablaba conmigo”. Parte de esas reconfortantes palabras parece que les fueron dirigidas a los impíos, cuando afirman: “yo estaba un poco enojado, ellas se aprovecharon para agravar el mal”.

La implicación es que Dios les permitió a los impíos que fueran más allá de sus límites, cuando así Dios los usó para corregir a su pueblo. Ellos no solamente respaldaron todo lo malo, sino que lo aumentaron. Y aunque Dios usó medios terrenales para disciplinar a su pueblo, escuchen lo que dice el Señor, Jehová de

los ejércitos: “Pueblo mío, morador de Sión, no temas de Asiria. Con vara te herirá, y contra ti alzaré su bastón, a la manera de Egipto; mas de aquí a muy poco tiempo, se acabará mi furor y mi enojo, para destrucción de ellos. Y Jehová de los ejércitos levantará el látigo contra él” (Isaías 10:24-26). En otras palabras, Dios crea un azote para disciplinar a su pueblo, ¡y después castiga al azote!

Estas palabras son reconfortantes porque hablan también de la ayuda y del socorro de Dios, que puede estar airado con su pueblo. En los tiempos del Nuevo Testamento vivimos con la promesa del Consolador. Este es el Espíritu Santo de Dios que quiere continuar con la misma norma del pasado de hablarle con palabras suaves y consoladoras a su pueblo.

La casa de Dios será reconstruida con la rectitud del cordel de medir; cada ladrillo será puesto en su lugar con precisión. Se construirá la iglesia para que permanezca, según las especificaciones del Señor. “[Jesucristo]... en él todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor” (Efesios 2:21).

Nuestra sección termina en el versículo 17 con una promesa doble: consuelo y elección.

La madre consuela a su niño porque quiere hacerlo, porque le nace de lo profundo de su ser. La palabra hebrea que se traduce como misericordia, de la que ya hemos oído varias veces en estos versículos, significa también “vientre”. Los que oyeron el mensaje de Zacarías pensaban que la misericordia provenía del vientre. Cuando la madre ve el fruto de sus entrañas en problemas, desanimado y sufriendo, su corazón y sus sentimientos maternos la obligan a estar dispuesta a darle consuelo a ese hijo. Así es con nuestro Dios.

Y el Señor “escoge” a Jerusalén. Cualquier niño que juegue en el parque conoce la emoción que encierra esta palabra. Cuando a los niños se les da permiso para que salgan a jugar, los capitanes de los equipos se adelantan para escoger a “los suyos”. El niño mira a su héroe, y los ojos de éste se encuentran con los de aquél. ¡Lo llaman por su nombre! ¡Su corazón late con prisa, y con

orgullo da un paso adelante para formar parte del equipo que admira! Muchos niños también conocen el dolor de estar ahí esperando pacientemente a que los escojan mientras llaman a otros niños pero a ellos no.

Entonces, imagínense al Todopoderoso mirando a cada uno de nosotros y diciendo, “¡Quiero que *tú* estés a mi lado!” “Señor, no es que yo te haya escogido a ti; yo sé que eso jamás podría suceder”. Y después cantamos: “Por gracia Cristo al mundo vino” (Culto Cristiano 225). El Señor escoge a Jerusalén.

Cuatro cuernos y cuatro obreros

18 Después alcé mis ojos y miré; y vi cuatro cuernos. 19 Y pregunté al ángel que hablaba conmigo:

—¿Qué son estos?

Me respondió:

—Éstos son los cuernos que dispersaron a Judá, a Israel y a Jerusalén.

20 Me mostró luego Jehová cuatro carpinteros.

21 Pregunté:

—¿Qué vienen estos a hacer?

Él me respondió:

—Aquellos son los cuernos que dispersaron a Judá, tanto que ninguno alzó su cabeza; pero estos han venido para hacerlos temblar, para derribar los cuernos de las naciones que alzaron el cuerno sobre la tierra de Judá para dispersarla.

El hombre con el cordel de medir

2 Alcé después mis ojos y tuve una visión. Vi a un hombre que tenía en su mano un cordel de medir. 2 Y le dije:

—¿A dónde vas?

Él me respondió:

—**A medir a Jerusalén, para ver cuánta es su anchura y cuánta su longitud.**

³ Mientras se iba aquel ángel que hablaba conmigo, otro ángel le salió al encuentro ⁴ y le dijo: «Corre, háblale a este joven y dile:

»“A causa de la multitud de hombres y de ganado que habitará en medio de ella, Jerusalén no tendrá muros.

⁵ Yo seré para ella, dice Jehová, un muro de fuego a su alrededor, y en medio de ella mostraré//mi gloria.”,

La destrucción viene con cuatro cuernos, la liberación viene por medio de cuatro obreros.

Esta profecía corta nos da un comentario sobre las obras del diablo y de nuestro Dios. El primero se dedica a la destrucción y a la ruina, el segundo está decidido a salvar y a reconstruir. Básicamente, el diablo trata de destruir y de arrancar de raíz, y usa el cuerno, que es el símbolo del poder, para llevarlo a cabo.

Es con el cuerno que el toro causa todo el daño que su poderoso cuerpo puede hacer. Toda su fuerza se concentra en un punto, y embiste furiosamente contra su aterrorizada víctima. Aquí el cuerno es el símbolo del poder del diablo. “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad...” (Efesios 6:12).

El Señor, al contrario, es un obrero de habilidades ejemplares. Toma lo que está arruinado, torcido, y malogrado, y lo repara, lo restaura, y lo redime. Cuando no había esperanza, cuando “nadie podía alzar la cabeza”, él vino y se abrió paso hacia nosotros con su poder omnipotente. Al mismo tiempo, el gran malvado y astuto demonio llama a los suyos, para poner los poderes del mal a disposición del terror y la destrucción. Dios, el obrero, finalmente también va a destruir. El infierno es real, y allá no se rehabilita

nadie; es un lugar de terror que está reservado para todas las naciones que usaron su poder para dispersar al pueblo de Dios.

La tercera visión de Zacarías se presenta en el capítulo 2.

Zacarías reconoció a un hombre. También reconoció un cordel de medir. No pregunta “¿Quién?”, pero sí ve la necesidad de preguntar “¿Dónde?” Tal vez el semblante y los modales del hombre provocaron la pregunta, pues éste parecía ansioso de hacer el trabajo que indicaba el cordel de medir que tenía en la mano.

La respuesta a la pregunta de Zacarías es: “a medir a Jerusalén”. Una razón más para saber estas dimensiones es la construcción del muro de fuego alrededor de ella, porque debe ser una ciudad sin murallas terrenales, rodeada y protegida por el poder de Dios y por su fuerza.

Esto nos recuerda la “Shekiná”, la señal visible de la presencia protectora de Dios, cuando los israelitas huyeron del faraón, de noche en la columna de fuego y de día en la nube en forma de pilar. La gente no necesitó armamento ni protección; esto fue suficiente.

Cuando Dios es el protector de su pueblo Jerusalén, de sus creyentes, no hay temor ni fracaso, no hay ataque sorpresivo ni tormenta que resquebraje o debilite las paredes. “Si Jehová no guarda la ciudad, en vano vela la guardia” (Salmo 127:1).

Esta Jerusalén rodeada por la muralla de fuego es la misma Jerusalén de la que habla el libro de Apocalipsis en los capítulos 21 y 22. “La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hayan sido salvas andarán a la luz de ella y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. Y llevarán a ella la gloria y el honor de las naciones” (21:23-26).

En las ciudades antiguas las murallas eran el seguro de vida de la gente que habitaba dentro de ellas. De noche cerraban las puertas para protegerse del enemigo. Si las murallas caían, moría la gente; pero si se mantenían firmes el pueblo vivía. Muchas historias antiguas hablan acerca de ellas. En la mitología griega

tenemos el caballo de Troya. Se dice que el rey Ciro hizo desviar el curso del río para que sus tropas pudieran marchar por las compuertas del agua para entrar a la ciudad de Babilonia.

Tanto Zacarías como el apóstol Juan, vieron al Señor como la gloria de la ciudad santa. Vieron a la ciudad segura sin un muro construido por hombres que la rodeara. Y la vieron llena hasta desbordarse. Esta es la segunda razón por la que la nueva Jerusalén será una ciudad sin murallas, las murallas no podrían contener su creciente población “a causa de la multitud de hombres y de ganado en medio de ella”. Juan también dijo: “No entrará en ella ninguna cosa impura o que haga abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Apocalipsis 21:27). ¡Todo el pueblo de Dios, que son muchos!

**6»¡Eh, eh!, huid de la tierra del norte,//dice Jehová,
pues por los cuatro vientos de los cielos//os esparcí, dice
Jehová.**

**7 ¡Eh, Sión,
tú que moras con la hija de Babilonia,//escápate!»**

8 Así ha dicho Jehová de los ejércitos:

**«Tras la gloria me enviará él//a las naciones que os
despojaron,
porque el que os toca,//toca a la niña de mi ojo.**

**9 Yo alzo mi mano sobre ellos,
y serán saqueados//por sus propios siervos».
Así sabréis que Jehová de los ejércitos//me envió.**

**10 «Canta y alégrate, hija de Sión,
porque yo vengo a habitar en medio de ti,
ha dicho Jehová.**

**11 Muchas naciones se unirán a Jehová//en aquel día,
y me serán por pueblo,//y habitaré en medio de ti»,
y entonces conocerás//que Jehová de los ejércitos//me ha
enviado a ti.**

**12 Jehová poseerá a Judá, su heredad//en la tierra santa,
y escogerá aún a Jerusalén.**

**13 ¡Que calle todo el mundo//delante de Jehová,
porque él se ha levantado//de su santa morada!**

Algunas traducciones del versículo 6 dicen ¡Vengan! ¡Vengan!, en lugar de ¡Eh, eh!, todavía se usa hoy en día esa palabra en la expresión yidish “¡hoi veh!”, que puede significar ¡Ay! Es una palabra que se usa para expresar una gran urgencia por captar la atención de alguien.

Podemos ver al Señor haciendo una señal con la mano, lo podemos oír diciendo: “¡Eh, eh!” o “Vengan, vengan”, aléjense de la destrucción que se acerca por el norte, de Babilonia (también habla de esta ciudad en Jeremías 1:14; 6:22).

La nación que había castigado al pueblo de Dios, a su vez iba a recibir su castigo. “Yo alzo mi mano sobre ellos, y serán saqueados por sus propios siervos”. Seis siglos antes de que llegara Cristo, Babilonia fue el azote que Dios usó para disciplinar a su pueblo, pero también le llegó el tiempo del castigo a Babilonia; los que habían sido sus esclavos la saquearon.

El pueblo de Dios continuó siendo la niña de sus ojos. Notemos el comentario del versículo 8 hecho por el ángel, a quien le ha sido encomendado el pueblo de Dios, y que sabía del lugar especial y único que éste ocupaba. Ellos eran como la pupila del ojo, la entrada a sus ojos. Eran especiales para él. Él los veía. Nadie los podía lastimar y quedar sin castigo.

El tema de los versículos 10-13 es: “Yo vengo a habitar en medio de ti”. Este es Emmanuel, Dios con nosotros. Y si Dios está con nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros? La preocupación y la ansiedad nos asedian porque nos olvidamos del hecho de que Dios está con nosotros.

De camino a nuestro hogar tenemos que pasar por la casa del brabucón. A través del tiempo, el pueblo de Dios ha temido la posibilidad de esto, al grado de no querer ir a casa. Pero entonces

elevan la mirada y ven a su campeón, y él les dice: “Estoy con ustedes”. El mensaje es el mismo: ya fuera para el pueblo de Zacarías, o para un grupo de discípulos asustados que estaban a punto de comenzar su ministerio en este mundo, o para nosotros en estos tiempos. Nuestra necesidad es la misma. “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Isaías 41:10).

El versículo 11, promete que este Dios que quiere vivir con su pueblo también quiere vivir entre las naciones. Tenemos una razón especial para estar agradecidos por esto, ya que la mayoría de nosotros que leemos este libro somos gentiles. Dios quiere vivir entre nosotros también. Formamos parte de la religión judía que tiene como líder al judío Jesús. No podemos alegar que nuestra genealogía sea la de una de las doce tribus, pero podemos reclamar una parte de la herencia del reino venidero.

El versículo 13 comienza con la palabra que se ha traducido como “Que calle” La palabra hebrea es “¡Has!” Le decimos lo mismo a alguien que está haciendo ruido cuando no debe hacerlo: “¡Shhhh! Shhhh! ¡Nuestro Dios está aquí!”

Hay otra razón para estar callados. “Él se ha levantado de su santa morada”. Esta también es una descripción que el pueblo de Zacarías entendió mejor de lo que nosotros lo entendemos hoy.

Esta es la figura de un león que sale repentinamente de su guarida y se sacude. Mira sin temor a su alrededor; algo lo ha perturbado. Se le eriza el pelaje del lomo. Alguien ha desafiado su hogar; y los leones no retroceden.

El León de Judá se levanta de su escondite. Nadie sospechaba que él estaba allí, nadie se preocupaba por su poder ni por su presencia... cuando no lo podían ver. Pero cuando él se levanta, del miedo se quedan clavados al suelo; incluso los suyos están atemorizados. ¡Él está de nuestro lado! ¡Gran Capitán, ahora descubre tu brazo! ¡Lucha por nosotros una vez más!

¡Ante el Señor, calle toda boca!

Ropa limpia para un siervo de vestiduras sucias

3 Luego me mostró al sumo sacerdote Josué, el cual estaba delante del ángel de Jehová, mientras el Satán estaba a su mano derecha para acusarlo. ² Entonces dijo Jehová al Satán: «¡Jehová te reprenda, Satán! ¡Jehová, que ha escogido a Jerusalén, te reprenda! ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?» ³ Josué, que estaba cubierto de vestiduras viles, permanecía en pie delante del ángel. ⁴ Habló el ángel y ordenó a los que estaban delante de él: «Quitadle esas vestiduras viles.» Y a él dijo: «Mira que he quitado de ti tu pecado y te he hecho vestir de ropas de gala.» ⁵ Después dijo: «Pongan un turbante limpio sobre su cabeza.» Pusieron un turbante limpio sobre su cabeza y lo vistieron de gala. Y el ángel de Jehová seguía en pie.

El personaje principal de este capítulo es Josué, el sumo sacerdote. Sin mencionar que él representa a todos los sacerdotes, ciertamente es un ser humano; y en esta condición, lo aquejan las mismas cosas que aquejan a todos los seres humanos: Satanás lo acusó.

El hecho de ser un sacerdote, o un ministro del Señor, no significa que la persona esté libre de las acusaciones del diablo; en realidad, sus ataques se vuelven más intensos. Si el diablo no duda en acusar al sumo sacerdote, piensen en lo que le hará al laico. Si él puede señalar el pecado de la persona que ha sido llamada a trabajar de tiempo completo en la religión, entonces ¿qué no le hará a quien, en lo que se refiere a su profesión en la vida, tiene unas cuantas horas o minutos de religión al día?

El ministerio necesita que se le preste atención; los ministros o pastores deben recordar que ante los ojos de Dios no son mejores que el rebaño por el que velan. Eso se dice claramente en el libro de Hebreos: “Porque todo sumo sacerdote es escogido de entre los hombres es constituido a favor de los hombres ante Dios, para que

presente ofrendas y sacrificios por los pecados; él puede mostrarse paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad; por causa de la cual debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo” (Hebreos 5:1-3).

En el capítulo 3 del libro de Zacarías, vemos la razón por la que Jesús, nuestro sumo sacerdote, es tan importante para nosotros. Cuando se puso ante Dios tomando nuestro lugar, no lo hizo con las acusaciones del diablo repercutiendo en sus oídos; su propio Padre pudo decir: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 17:5). Y este mismo escritor del libro de Hebreos, que acabamos de citar, escribió por inspiración: “Tenemos... [un sumo sacerdote] que ha sido tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (4:15).

El pastor está de pie frente a su congregación, es como el sacerdote Josué: ora por ellos desde el altar el domingo por la mañana, les da la Santa Cena, y bautiza a los niños. Les presenta la palabra de Dios en la predicación y en la promesa. Si está verdaderamente en la palabra de Dios, él, mejor que nadie, se da cuenta de su condenación. El espejo de la ley de Dios es implacablemente claro cuando el pastor se mira en él. Él sabe del sueño del profeta Zacarías, y sabe que Satanás está a su lado derecho para acusarlo. Y de esa manera y en este momento, Satanás no miente, ¡las acusaciones son verdaderas! Por lo tanto, el pastor lleva una carga doble. Si él debe ser el líder espiritual de su pueblo, y Satanás lo acusa de tantas transgresiones reales, entonces, ¿qué esperanza puede haber para él o para su congregación?

Así es Satanás. Disfruta acusando a la gente ante Dios. El nombre mismo Satanás significa “adversario”, “rencoroso”. La palabra en hebreo para este nombre contiene las mismas letras que el verbo “acusar”. Así que se podría decir que Satanás estaba parado allí a la derecha de la persona para acusarla.

¡Pero entonces viene el versículo 2! Se levanta el abogado defensor. Sus palabras replican sonoras y claras: “Jehová te

reprenda, Satán; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda”. El atemorizado Josué lo oyó y se alegró. No importaba que lo compararan con un tizón arrebatado del fuego, era verdad, y él lo sabía. Pero su Dios, el Señor, el Salvador, ¡lo acababa de defender! Su Señor se había puesto ante el acusador con su propio nombre. Esa era su autoridad sobre el pecado, porque él había pagado el precio. En la corte de Dios estas palabras de su Cristo son supremas. Su eco hizo que el diablo cerrara la boca.

Este es el nombre que le anunció a Moisés: “¡Jehová!, ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (Éxodo 34:6,7).

Este Señor llega y escoge a su pueblo; optando por defenderlos contra toda probabilidad aparentemente sin esperanza, los arrebató del fuego. ¡Qué descripción de nuestra condición y de la obra de Dios! Estaban casi perdidos, y aun así él se enfrentó al infierno mismo para rescatarlos. Y esto incluye igualmente a los pastores.

Los versículos 3 - 5 llevan en ellos las hermosas figuras y palabras que los acusados de este mundo nunca se cansan de oír. Fue quitada la razón misma de la acusación: las vestiduras viles, que en el versículo 4 equivalen a nuestros pecados.

Dios no se deshace de las acusaciones ignorando el mal; era necesario hacer algo con la suciedad de Josué, que no se podía presentar ante Dios vestido con ropa manchada. El diablo, siempre listo para inculpar, se lo hizo notar a Dios. Josué estaba penosamente consciente de que, cubierto de lodo, se encontraba de pie ante el rey. El Todopoderoso y Puro no permite tal cosa en la sala de su tribunal.

Sin embargo, todo se arregla sencillamente: “Quitadle esas vestiduras sucias... te he hecho vestir de ropas de gala”. Cuando eso tuvo lugar, el acusador sólo vio vestiduras impecablemente limpias. ¿Dónde estaban las acusaciones? Caso terminado. Todo había quedado cubierto. La sala del tribunal estaba llena de rectitud y de justicia. El corazón y los labios de Josué, con un gran suspiro de alivio, dijeron: “¡Gracias Señor!” Ahora se podía acercar a Dios

e interceder por los demás pecadores y nadie lo podría recriminar. Había sido limpiado con el mismo jabón que él les recomendaba a sus oyentes que usaran para las vestiduras sucias de sus pecados.

La estrofa del himno nos dice cómo es: “Tu sangre, ¡oh Cristo!, y tu justicia mi gloria y hermosura son; feliz me acerco al Padre eterno, vestido así de salvación.” (Culto Cristiano 218). Él es nuestra ropa limpia, él es la roca firme sobre la que descansa nuestra fe y nuestra confianza.

El diablo siguió señalando, pero ahora al Hijo de Dios. Así que aun el diablo se dio cuenta que su acusación implicaba tan horrible blasfemia, que quedó callado.

Un camino recto

6 Después el ángel de Jehová amonestó a Josué diciéndole: ⁷«Así dice Jehová de los ejércitos:

»Si andas por mis caminos//y si guardas mi ordenanza, entonces tú gobernarás mi Casa//y guardarás mis atrios, y entre estos que aquí están//te daré lugar.

⁸ Escucha pues, ahora, Josué, //sumo sacerdote, tú y tus amigos que se sientan//delante de ti, pues sois como una señal profética:

Yo traigo a mi siervo, el Renuevo.

⁹ Mirad la piedra que puse//delante de Josué: es única y tiene siete ojos.

Yo mismo grabaré su inscripción, dice Jehová de los ejércitos,

y quitaré en un solo día//el pecado de la tierra.

¹⁰ En aquel día, dice Jehová de los ejércitos, cada uno de vosotros//convidará a su compañero, debajo de su vid y debajo de su higuera.»

Lo que tiene lugar, en los versículos 6 y 7, es exactamente lo mismo que le sucedió a la mujer que fue sorprendida en adulterio

en Juan 8:1-11. La llevaron ante Jesús, y después todos los que la acusaban se fueron al oír las palabras: “El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella”. Jesús le dijo a la mujer: “Entonces... tampoco yo te condeno; vete, y no peques ya más” (Juan 8:1-11).

La palabra que Señor le dijo a Josué fue: “Anda por mis caminos y sé fiel a mi ministerio”. Esa era la advertencia de no regresar al lodo con sus vestiduras limpias.

Los pastores de Dios son siervos; como tales, siguen órdenes, y aquí se dan las órdenes. Si ellos no andan en el Camino, ni son fieles a su ministerio, entonces pierden el derecho a su cargo de pastores. Por eso, como siervos que son, su oración debe ser: “Señor, haz que yo siga siendo fiel; haz que siga siendo obediente”.

Qué vergonzoso es cuando el pastor falla y tiene que abandonar su cargo; y eso sucede. Es triste decir que ocurre más y más cuando los que están a cargo de los atrios de Dios son incapaces de oír lo que él les dice acerca de su familia, de sus finanzas, y de su futuro. El ministerio no le da carta blanca a nadie; sólo es posible servir a Dios siempre y cuando se ande en sus caminos.

En el libro de Hebreos a Jesús se le llama el sumo sacerdote; ese es uno de los temas del libro. Como tal, él es el perfecto “mediador” entre Dios y el hombre; él es el que revela perfectamente la voluntad de Dios y es el sacrificio perfecto.

Josué y sus amigos iban a ser precursores de Jesús, el sumo sacerdote. El versículo 8 dice: “Escucha pues, ahora, Josué sumo sacerdote, tú y tus amigos que se sientan delante de ti, pues sois como una señal profética: Yo traigo a mi siervo, el Renuevo”. De esta forma el oficio del sacerdocio iba a ser una de las maneras en que el Señor ilustraría en la mente de su pueblo al que iba a venir para atender a todas sus necesidades.

Hoy en día, en los tiempos del Nuevo Testamento, a nuestros ministros los conocemos con el nombre de pastores, siempre

teniendo en cuenta que hay el Pastor, el Buen Pastor. Los pastores de la iglesia, aunque sean imperfectos, son un símbolo del Buen Pastor, el que viene a reunir a sus ovejas a su diestra.

Se hace referencia a Jesús con las palabras “el Renuevo”. Esto se hará más evidente en el capítulo 6 comenzando en el versículo 12. Dios hace que ciertas cosas que eran abstractas acerca de su Hijo se aclaren con la figura del renuevo.

En el capítulo 15 de Juan, Jesús usa la figura de la vid para describir la relación con su pueblo. Como el Renuevo, Jesús también estaba vinculado a su Padre: era su Hijo, su Primogénito. Cumplió con la voluntad divina y recibió la fuerza de la Deidad, así como un pámpano recibe su fuerza de la raíz, de la vid. Esto lo vemos repetidamente: cuando Jesús se retiraba a orar, cuando los ángeles vinieron a servirlo, cuando le daba gracias a su Padre antes de comer.

En su vida, Jesús era la representación misma de una rama, una persona que necesitaba el cuidado constante que su Padre le suministraba.

El propósito de la rama es llevar a cabo la voluntad de la raíz... dar fruto. Jesús dejó entrever esto cuando se refirió a él mismo como el que “lleva mucho fruto” (Juan 12:24). La gente vería su vida y diría: “Todo lo ha hecho bien” (Marcos 7:37). Habría mucho fruto en su vida. Juan dijo de él: “Hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir” (Juan 21:25).

Jesús, el Renuevo, les mostró a sus discípulos que no tolerará la falta de fruto cuando maldijo la higuera que no dio ninguno (Mateo 21:18 ss). Como el Renuevo, él sabía lo que se podía esperar razonablemente de las ramas.

Finalmente, en la figura del renuevo, como en el caso de un árbol, las raíces no se pueden ver: “A Dios nadie le ha visto jamás” (Juan 1:18). Pero Jesús es la Rama, prueba de que la raíz existe. “Porque en él [Cristo] habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad” (Colosenses 2:9).

Entonces la imagen cambia a la de una piedra: “¡Mira Josué, la piedra que ante ti he puesto! Hay en ella siete ojos, y en ella pondré una inscripción” (v.9, NVI).

En la Biblia con frecuencia se usa el número siete como símbolo de lo completo. En la primera semana hubo siete días; en el libro de Apocalipsis Juan les escribe a las siete iglesias, que es la suma total de la iglesia entera. Son muchos los ejemplos del número siete que se usan de esta manera.

La nota al pie de página de la Nueva Versión Internacional supone que los ojos son caras, lo que también es posible. O quizás el Señor quiera decir sólo eso, ojos.

En la siguiente visión del capítulo 4 oímos de siete lámparas. “Siete son los ojos de Jehová, que recorren toda la tierra” (versículo 10).

La vista está relacionada de una manera importante con esta piedra. El versículo 9 comienza con las palabras “Mirad” o “He aquí” (RVA). No estamos seguros del significado de los siete ojos, pero son ojos y los ojos ven.

En muchos lugares a Jesús se le compara con una piedra, una roca. Él es la roca sobre la cual está edificada la iglesia (ver Mateo 16:18). Se le describe como la piedra principal del ángulo (Efesios 2:20). Jesús incluso dice de sí mismo: “Y el que caiga sobre esta piedra será quebrantado” (Mateo 21:44).

Hay una inscripción en la piedra.¹ En Apocalipsis 2:17, Dios le dice a la iglesia de Pérgamo: “Al vencedor le daré de comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, el cual nadie conoce sino el que lo recibe”.

El nombre Jesús no era un nombre conocido. Ese nombre resumía la dedicación de toda la vida de su portador, aun si los demás no saben todo lo que significa este nombre, así como los discípulos de Jesús esperaban equivocadamente la restauración política de Israel, aun después de la resurrección de su Señor. En alguna forma el nombre señalado por la inscripción era Jesús, y a los niños se les enseña en la clase de confirmación que el nombre

de Dios es todo lo que sabemos acerca de él. Es verdad que no sabemos cuáles eran las palabras exactas de la inscripción que había en la piedra, pero sí sabemos que decía algo como lo que se anunció en el día de la transfiguración de Jesús: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mateo 17:5).

Nos atrevemos a vincular a Jesús con esta piedra y con su inscripción con base en las palabras que dijo Zacarías: “Y quitaré en un solo día el pecado de la tierra” (versículo 9). La inscripción de ese día: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS fue muy clara; siendo el Hijo del Hombre quien la llevó a cabo. Fue un escrito de Pilato, pero era la voluntad de Dios. Y en esos momentos, el que llevaba la señal dijo: “Consumado es”; el paraíso se hizo posible para los ladrones y para nosotros. Nuestro amado Rey quitó nuestros pecados en un solo día.

Y ahora el marco final del cuadro. La escena está llena de bienestar y de contentamiento, o sea, es la descripción del cielo mismo. La paz es constante, ya que sobrepasa todo entendimiento cuando como resultado de este “solo día”, de las espaldas y del alma se quita el peso de los pecados. Entonces tenemos el placer del bien, la capacidad de sentarnos tranquilamente bajo nuestros propios árboles frutales, que son el prototipo del cuadro que Dios nos pinta en el libro de Apocalipsis de Juan: “A uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones” (Apocalipsis 22:2).

¡Qué capítulo ha sido éste! Lleno de ilustraciones. Un tizón ardiente, ropa sucia, ricas vestiduras, un renuevo, una piedra, una descripción bucólica de la paz.

El candelabro de oro y los dos olivos

4 Volvió el ángel que hablaba conmigo, y me despertó como a un hombre a quien se despierta de su sueño.

² Y me preguntó:

—¿Qué ves?

Respondí:

—Veo un candelabro de oro macizo, con un depósito arriba, con sus siete lámparas y siete tubos para las lámparas que están encima de él. ³ Junto al candelabro hay dos olivos, el uno a la derecha del depósito y el otro a su izquierda.

⁴ Proseguí y pregunté a aquel ángel que hablaba conmigo:

—¿Qué es esto, señor mío?

⁵ Y el ángel que hablaba conmigo me respondió:

—¿No sabes qué es esto?

Le dije:

—No, señor mío.

⁶ Entonces siguió diciéndome:

«Ésta es palabra de Jehová para Zorobabel, y dice:

“No con ejército, ni con fuerza,
sino con mi espíritu,
ha dicho Jehová de los ejércitos.

⁷ ¿Quién eres tú, gran monte?

Delante de Zorobabel serás reducido//a llanura;
él sacará la primera piedra //entre aclamaciones de:
¡Qué bella, qué bella es!”

⁸ »Después me fue dirigida esta palabra de Jehová:

⁹ »“Las manos de Zorobabel echarán//el cimiento de esta Casa,

y sus manos la acabarán.

Así conocerás que Jehová de los ejércitos//me envió a vosotros.

¹⁰ Porque los que menospreciaron//el día de las pequeñeces, se alegrarán
al ver la plomada en la mano//de Zorobabel.”

»Estos siete son los ojos de Jehová, que recorren toda la tierra.»

¹¹ Hablé una vez más y le pregunté:

—¿Qué significan estos dos olivos que están a la derecha y a la izquierda del candelabro?

¹² Y aún le pregunté de nuevo:

—¿Qué significan las dos ramas de olivo que por los dos tubos de oro vierten su aceite dorado?

¹³ Él me respondió:

—¿No sabes qué es esto?

Yo dije:

—No, Señor mío.

¹⁴ Y él me respondió:

—Éstos son los dos ungidos que están delante del Señor de toda la tierra.

El capítulo 4 comienza con Zacarías durmiendo.

Nos podemos imaginar que si viéramos un ángel, nos sentiríamos tan emocionados que nunca más podríamos volver a dormir. Pero no es así. El escritor ruso Dostoievski dijo: “El hombre, siendo un granuja, se acostumbra a todo”. Zacarías se quedó dormido oyendo las palabras de los ángeles, así como los discípulos se quedaron dormidos en el monte de la transfiguración cuando tuvo lugar la aparición especial de Moisés, Elías, y Jesús. El problema es igual en nuestros días cuando alguien se queda dormido durante el sermón.

No nos faltan cosas emocionantes como creyentes de nuestro Dios. Tenemos a Moisés y a los profetas. Abraham le dijo al hombre rico que estaba en el infierno, que los profetas eran mucho más emocionantes que si alguien regresara de entre los muertos para hablar con los vivos.

El ángel tocó a Zacarías en el hombro y le preguntó: “¿Qué ves?” La misma pregunta se la hace varias veces mientras caminan juntos a través de las visiones. Con sólo ver no es suficiente. El

que hace las preguntas quiere que el espectador entienda la visión. En este caso, el ángel nos guía con cuidado a través de las visiones para que también veamos por medio de su explicación.

Así como creemos en los ángeles, también los necesitamos. Los ángeles no son sólo algo en lo que creen los niños y de lo que los adultos hablan con sonrisas benevolentes; dependemos de los ángeles para nuestra seguridad, y el diablo lo sabe muy bien; ese hecho se lo citó a Jesús cuando trató de tentarlo. Y aunque Satanás lo dijo con mala intención e incorrectamente, nosotros conocemos la verdadera cita bíblica que se encuentra en el Salmo 91: “Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos. En las manos te llevarán, para que tu pie no tropiece en piedra” (Salmo 91:11,12).

A la pregunta que le hace el ángel a Zacarías, “¿No sabes qué es esto?”, también debemos decir: “No, señor mío”. Por eso el Señor habla por medio del ángel y nos lo dice.

Básicamente, la visión trata de un candelabro y sus lámparas. Había un candelabro de oro macizo (¡tenemos el Dios de oro macizo!); en el candelabro había una especie de cuenco o tazón, y había hay siete luces. Las luces eran las lámparas hechas de arcilla y tenían siete tubos o canales que conducían a la llama. También había dos árboles, dos olivos.

Zacarías pidió una explicación, y la recibió. “Esta es la palabra de Jehová para Zorobabel”.

“Lámpara es para mis pies tu palabra, y luz para mi camino” (Salmo 119:105). Dios mismo vincula la luz con su palabra, porque ilumina o aclara el camino por el que debemos ir. Nos señala los peligros que hay por delante, como cuando el ángel señaló cosas que iban a ocurrir en el porvenir, nos ilumina. Su palabra es palabra de vida; así como la luz les da vida a las plantas.

El ángel señala rápidamente que el piso nivelado que había frente a Zorobabel no estaba allí por accidente ni por obra de él. “No ejército ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”. En el contexto, no sería un poder abrumador de

los judíos el que iba a establecer y construir el templo, sino el poder de Dios. “Si Jehová no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican” (Salmo 127:1).

Sin embargo, había alegría en el hecho de que a alguien se le permitiera participar en la edificación de la casa de Dios. Zorobabel pondrá la piedra principal en su lugar y se dirán las palabras de dedicación del edificio y su propósito: “¡Dios lo bendiga! ¡Dios lo bendiga!” Junto con la mezcla y las piedras que se usan en la construcción, los creyentes repiten estas mismas palabras cada vez que le dedican un edificio a su Señor. Los hombres “se alegrarán al ver la plomada en la mano de Zorobabel”.

Dios había hablado, y los planes para edificar el templo habían comenzado. La dedicación incluso avanzaba sin tropiezos; y se llevó a cabo por medio de cosas pequeñas. El Señor se deleitó (y todavía se deleita) en trabajar con cosas pequeñas para llevar a cabo sus grandes obras. Fue el joven David quien derribó al gigante Goliat. “Aquí hay un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos panecillos; pero ¿qué es esto para tantos?” (Juan 6:9). Había un dejo de menosprecio implícito en las cosas pequeñas cuando el discípulo dijo estas palabras.

“Menospreciaron el día de las pequeñeces...” (4:10), afirma el ángel; y esta tentación siempre está presente en la obra de la iglesia. Los mansos y los humildes heredarán la tierra y les llevarán el mensaje a los eruditos y a los sabios. “Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15). Jesús les dijo estas palabras a sus once discípulos, ¡tan pequeño número! Pero: “Lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es” (1 Corintios 1:27,28).

Con respecto al comentario de la segunda parte del versículo 10, vea la explicación del capítulo 3 versículo 9.

El ángel explicó que las dos ramas de olivo eran los “dos ungidos que están delante del Señor de toda la tierra”. Estos dos árboles parecen simbolizar los cargos sacerdotales y reales, tal como están representados por Josué el sacerdote y por Zorobabel que era de la casa real del rey David.

El rollo que volaba

5 De nuevo alcé mis ojos y tuve una visión: Vi un rollo que volaba. ² Me preguntó:

—¿Qué ves?

Respondí:

—Veo un rollo que vuela, de veinte codos de largo y diez codos de ancho.

³ Entonces me dijo:

—Ésta es la maldición que se extiende sobre la faz de toda la tierra; porque todo aquel que hurta (según está escrito en un lado del rollo) será destruido; y todo aquel que jura falsamente (como está del otro lado del rollo) será destruido.

4 »Yo la he enviado, // dice Jehová de los ejércitos, para que entre en la casa del ladrón // y en la casa del que jura falsamente // en mi nombre; permanecerá en medio de su casa // y la consumirá junto con sus maderas y sus piedras.

La imagen de un rollo volando no es diferente de lo que pasa por la mente cuando una persona que está en una feria ve un avión que arrastra detrás de él un anuncio. Capta la atención de todo el mundo que mira hacia arriba y lo ve.

El rollo que Zacarías vio volando también tenía proporciones extrañas para un rollo. El ancho era de la mitad del largo. Las dimensiones de dos rollos de cobre que se encontraron en Qumran, en la Tierra Santa, eran de 30 centímetros de ancho por

aproximadamente 2.5 metros de largo. Esto parece representar bien las dimensiones de la mayor parte de los rollos (*The Dead Sea Scrolls*, William Sanford LaSor, 1956).

Otra cosa acerca del rollo que vio Zacarías, y que nosotros notamos de inmediato es que ¡el rollo era enorme!, con la intención de que fuera visto. Y no sólo era impresionante a la vista, sino también era una maldición, una predicación de la ley a dos tipos de personas: a los ladrones y a los que habían jurado falsamente.

El Señor Dios toma de manera personal las ofensas de los ladrones y de los perjurios. Como todos los mandamientos lo hacen, de una u otra forma, el séptimo mandamiento que prohíbe robar está vinculado directamente con el primer mandamiento. La gente roba porque no ha aprendido a confiar en el Señor su Dios sobre todas las cosas. Robar es el pecado de tomar las cosas ajenas, literal y figuradamente. El Señor es el que reparte las posesiones y lo hace según su amor y su sabiduría; es de suponer que la gente roba porque no se siente satisfecha con lo que tiene. Este es un asunto serio y el rollo habla de eso. Robar es decirle a Dios que él ha cometido un error al distribuir las posesiones.

Así mismo el perjurio es un crimen grave; tanto, que mereció ser incluido en el rollo que volaba. Jurar falsamente implica a Dios, porque involucra su buen nombre, y es prohibido por el segundo mandamiento: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano”.

Los seres humanos del siglo veintiuno no deben perder de vista el rollo que volaba de Zacarías; todavía existe el Dios en el cielo que es muy celoso de su nombre. Él oye todas las maldiciones y sabe cuando alguien usa su nombre en vano.

El castigo para el ladrón y para el perjurio será como el ácido derramado en una casa, que corroe por igual la madera y la piedra. La palabra traducida como “permanecerá” es en realidad la palabra que significa pernoctar o pasar una temporada. La insatisfacción (el robo) y la deshonestidad (jurar falsamente) son cánceres que terminan con la persona que trafica con ellos. Afectan todas las cosas que tiene.

La mujer en el efa

⁵ Salió aquel ángel que hablaba conmigo, y me dijo:

—Alza ahora tus ojos y mira qué es esto que sale.

⁶ Pregunté:

—¿Qué es?

Él respondió:

—Éste es un efa que sale.

Además dijo:

—Ésta es la maldad de ellos en toda la tierra.

⁷ Entonces levantaron la tapa de plomo, y una mujer

estaba sentada en medio de aquel efa. ⁸ Y él dijo:

—Ésta es la Maldad.

La arrojó dentro del efa y echó la masa de plomo en la boca del efa.

⁹ Alcé luego mis ojos y tuve una visión: Aparecieron dos mujeres que tenían alas como de cigüeña; el viento impulsaba sus alas, y alzaron el efa entre la tierra y los cielos.

¹⁰ Pregunté al ángel que hablaba conmigo:

—¿A dónde llevan el efa?

¹¹ Él me respondió:

—Le van a edificar una casa en tierra de Sinar; y cuando esté preparada, lo pondrán sobre su base.

Continúa el diálogo entre el ángel y Zacarías. “¿Qué es?” preguntó Zacarías. El ángel contestó: “Éste es un efa que sale”.

Éste es el *ephah* que se menciona con frecuencia en el Antiguo Testamento; la palabra misma es de origen egipcio. Tal vez era la medida que usaban los siervos de José cuando llenaban los graneros de Egipto durante los siete años de abundancia, y cuando repartían el grano durante los siete años de escasez que siguieron. En la actualidad no estamos seguros de cuál era la cantidad exacta de su volumen. Probablemente contenía unos treinta y cinco litros,

que es el equivalente de 35 decímetros cúbicos. Los hebreos medían el grano en volumen, en vez de medirlo con relación al peso.

Se estaba llevando la cuenta de la iniquidad del pueblo, es decir, estaba siendo medida.

Una mujer, que es aquí la personificación del mal, está sentada en la canasta bajo una tapa bien maciza de plomo; algo así como la caja de Pandora.

Notamos que ella está sujeta en la canasta. No tiene rienda suelta ni se puede mover con libertad en este mundo. La maldad, aunque abunda en este mundo, está controlada por Dios, está encadenada. “Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas ayudan a bien esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28). Tal vez Lutero tenía esto presente cuando se sintió movido a decir que el diablo es el siervo más grande del Señor, ya que trabaja para llevar a cabo su voluntad divina que va contra la suya propia. El papel del diablo es limitado, pues de otro modo hasta los elegidos serían arrebatados por él. Job fue la evidencia de que la actividad del diablo está restringida. “Satán contestó: ¿No le has rodeado de tu protección a él y a su casa y a todo lo que tiene?” (Job 1:10). En Apocalipsis 20:2 tenemos la descripción de un ángel que prendió al gran dragón y lo ató por mil años.

Para nosotros que nos aterrorizamos cada vez que oímos el infernal rugido del león, es una buena noticia saber que el enemigo está encadenado, o en la descripción que se da en nuestro texto, la impiedad está confinada en una canasta con tapa de plomo.

La mujer, que es aquí la personificación de todo lo malo de este mundo, no está contenta de estar encerrada, ya que cuando se abrió la canasta quería salirse. Lo hubiera conseguido si no hubiera sido echada adentro por la fuerza y encerrada con la pesada tapa.

Entonces las mujeres maravillosas con alas como de cigüeña, hacen el trabajo de quitar la impiedad de la tierra y llevársela a otra parte.

Se la llevan a la tierra de Sinar. Es la palabra hebrea para este lugar que se traduce en la Nueva Versión Internacional como Babilonia. En Génesis 10 y 11, leemos que en ese lugar los hombres cometieron el pecado de querer hacerse famosos a ellos mismos y de desafiar a Dios. Esta ciudad, con su mala reputación, es el lugar apropiado para la impía mujer.

Queremos anotar que Dios va a liberar al mundo del mal. La gran purga llegará el día del juicio cuando los obreros recojan el trigo y separen de él la paja y la hierba. Por otra parte, Dios ya lo está haciendo, y un ejemplo de ello en el Nuevo Testamento son Ananías y Safira. En 1 Corintios 11 en relación con la Santa Cena y el uso equivocado de ella, Pablo escribió: “Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos han muerto” (11:30). En 1 Juan 2:19 oímos: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros”.

Nuestro Dios no permitirá que el mal continúe entre nosotros para siempre; su mano lo empuja dentro de la canasta, y la tapa de plomo cae en su lugar.

En la iglesia, el mal no puede coexistir pacíficamente con el bien. “Quitad... a ese perverso de entre vosotros”, le dijo el apóstol Pablo a la congregación de Corinto (1 Corintios 5:13). “¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?” (2 Corintios 6:14).

Hay un hogar eterno y final para la maldad. Dios lo ha preparado. “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41).

Los cuatro carros

6 De nuevo alcé mis ojos y tuve una visión. Vi cuatro carros que salían de entre dos montes; y aquellos montes eran de bronce. ² El primer carro iba tirado por caballos alazanes, el segundo carro por caballos negros, ³ el tercer carro por caballos blancos y el cuarto carro por caballos overos rucios rodados.

4 Pregunté entonces al ángel que hablaba conmigo:

—Señor mío, ¿qué es esto?

5 El ángel me respondió:

—Éstos son los cuatro vientos de los cielos, que salen después de presentarse delante del Señor de toda la tierra.

6 El carro con los caballos negros sale hacia la tierra del norte, los blancos salen tras ellos y los overos salen hacia la tierra del sur.

7 Los alazanes salieron y se afanaron por ir a recorrer la tierra. Les dijo:

—Id, recorred la tierra.

Y recorrieron la tierra.

8 Luego me llamó para decirme:

—Mira, los que salieron hacia la tierra del norte hicieron reposar mi espíritu en la tierra del norte.

La siguiente visión es de carros y de caballos que los tiran. La imagen de carros y caballos no es nada nuevo, el siervo de Eliseo vio que los carros de fuego rodeaban a Eliseo y al pueblo. Eran para protegerlos (2 Reyes 6:17). Elías había sido llevado al cielo en un torbellino seguido por los carros de fuego. Incluso había hecho que Elías gritara: “¡Padre mío, Padre mío, carro de Israel y su caballería!” (2 Reyes 2:12).

Es difícil, si no imposible, atribuirle un significado al color de los caballos basados estrictamente en lo que leemos aquí en el libro de Zacarías. Sin embargo, el libro de Apocalipsis sí habla de caballos de colores diferentes y menciona el significado que cada color representa. En el capítulo 6 habla de un caballo blanco, el blanco de la conquista. Sabemos que el blanco también es el símbolo de lo bueno y de la pureza. Un caballo rojo² representa el derramamiento de sangre y la lucha, y el caballo negro representa la carestía y el hambre. Y el caballo overo rucio (comparado al que conocemos con manchas o “tordos”, versículo 3) significa la horrible palidez de la muerte.

Los caballos son celestiales y son fuertes. Aparecen entre montes de bronce y vienen de Dios para llevar a cabo su voluntad en la tierra. Y por último, es verdad que la muerte y la destrucción son también la voluntad del Señor. “El que no crea será condenado”. Estos caballos y carros representan los cuatro espíritus del cielo que salen después de estar ante el Señor de toda la tierra. Es un cuadro majestuoso y poderoso. Los caballos y los carros están ansiosos, y hasta impacientes, por llevar a cabo su trabajo (versículo 7).

Si usamos el Apocalipsis de Juan que hemos mencionado antes para descifrar los diferentes colores de los caballos, entonces el norte y el sur serán especialmente castigados. Uno recibe la muerte y el otro el hambre.

Los enemigos físicos del pueblo de Dios siempre vienen ya sea del norte, de la tierra del Tigris y del Éufrates, o del sur, de Egipto y de Filistea. En el cielo existe el Dios que reivindica a su pueblo y que lucha por él.

Es difícil interpretar el versículo 8, con cierto grado de certeza desde nuestro lugar en la historia. No podemos decir con exactitud cómo ni cuándo estuvo el Espíritu de Dios en la tierra. En el libro de Isaías podemos ver (4:4) que al Espíritu de Dios también se le describe como un espíritu de juicio: “El Señor... limpie la sangre de Jerusalén de en medio de ella, con espíritu de juicio y con espíritu de devastación”. Esto encaja bien con el cuadro de condenación que ya se ha descrito en la aparición de los carros y caballos, y por la mujer que está en la canasta al final del capítulo cinco.

Una corona para Josué

⁹ Me fue dirigida palabra de Jehová, que decía: ¹⁰ «Toma de los del cautiverio a Heldai, a Tobías y a Jedaías, los cuales volvieron de Babilonia. Irás tú en aquel día y entrarás en casa de Josías hijo de Sofonías. ¹¹ Tomarás, pues, plata y oro,

harás coronas y las pondrás en la cabeza del sumo sacerdote Josué hijo de Josadac. ¹² Y le dirás: “Así ha hablado Jehová de los ejércitos:

**»”Aquí está el varón//cuyo nombre es el Renuevo;
él brotará de sus raíces//y edificará el templo de Jehová.**

**¹³ Él edificará el templo de Jehová,
tendrá gloria, se sentará//y dominará en su trono,
y el sacerdote se sentará a su lado;
y entre ambos habrá concordia y paz.**

¹⁴ »”Las coronas servirán a Helem, a Tobías, a Jedaías y a Hen hijo de Sofonías, como memoria en el templo de Jehová.”»

¹⁵ Los que están lejos vendrán y ayudarán a edificar el templo de Jehová. Así conoceréis que Jehová de los ejércitos me ha enviado a vosotros. Esto sucederá si escucháis obedientes la voz de Jehová, vuestro Dios.

Los versículos 9-15 hablan de la coronación. Zacarías debía tomar el oro y la plata de las personas que habían regresado de Babel (Babilonia) y hacer una corona para ponerla en la cabeza del sumo sacerdote Josué. Y con la coronación viene un anuncio, una referencia al Renuevo.

Jesús es el único que puede encajar en la descripción que se hace en estos versículos (vea los comentarios acerca del Renuevo en el capítulo 3:8). Él tenía el deber de edificar la iglesia, pero era evidente que no solamente se refería a la construcción de un edificio. Miró la edificación de Jerusalén y dijo: “Este templo será destruido”. San Mateo nos dice: “Cuando Jesús salió del templo y mientras iba de camino, se acercaron sus discípulos para mostrarle los edificios del templo. Él respondió y les dijo: ¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada” (24:1,2).

Eso no quiere decir que el edificio del templo no fuera importante, pues Dios mismo había hecho los planes y había

ordenado su construcción. Pero el templo de Salomón habría permanecido como un monumento de piedra y de madera de cedro sin significado, si no lo hubiera llenado la gloria del Señor y no hubiera habitado Dios allí entre su pueblo. En el templo que Zacarías describe: “Él edificará el templo de Jehová, tendrá gloria, se sentará y dominará en su trono, y el sacerdote se sentará a su lado”.

El templo del Señor no será edificado con piedras muertas sino con piedras vivas. Pensamos en lo que San Pedro les escribió a los cristianos siglos después: “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5). Juan, por el milagro de la revelación, vio realmente el templo, y dijo: “En ella no vi templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es su templo, y el Cordero” (Apocalipsis 21:22). Jesús reunirá a los que serán su gloria, entre los que vivirá por toda la eternidad.

Jesús no sólo los reunirá, usará al pueblo para hacer: “los que están lejos vendrán y ayudarán a edificar el templo de Jehová”. En la actualidad, se hace trabajo misionero en todo el mundo, incluso en los países menos desarrollados; sin embargo, ellos también están enviando misioneros. ¡La profecía de Zacarías se está cumpliendo ante nuestros ojos!

El versículo 13 habla del sacerdote que también gobernará, y con su gobierno hay armonía. No se confunde el papel de la iglesia con el del estado; el catecismo explica esto acerca de Jesús cuando describe su trabajo como el de “profeta, *sacerdote* y *rey*”. Él “será un sacerdote sobre su trono” (vea la New International Version), sigue siendo una metáfora mixta de iglesia y de estado hasta que entendamos lo que el catecismo y la Biblia enseñan acerca de la obra de Jesús.

“Las coronas servirán... como memoria en el templo de Jehová”. Ante esta acción oímos el estribillo: “¡Y reinará por los siglos de los siglos!”; nuestra iglesia nos lo recuerda por ejemplo con la Santa Cena del Señor, que es “en memoria de él”. Los

vitrales, el crucifijo, el altar, los colores de las vestiduras, y los paramentos del altar, tienen el mismo fin.

Olvidamos con facilidad.

Esta sección termina con las palabras: “Esto sucederá si escucháis obedientes a la voz de Jehová vuestro Dios”. En el idioma hebreo se le da énfasis a la condición cuando se dice: “¡Si en verdad realmente escucha!” La obediencia es escuchar la Palabra de nuestro Dios de mente y corazón; y vivimos sólo para obedecer con todo cuidado y diligencia lo que nos dice. Esto es evidente hasta para alguien que la estudia por casualidad. Una y otra vez enfrentamos problemas porque fallamos en el cumplimiento de este deber, que es el más importante para tener la felicidad y el éxito... ¿es que en verdad escuchamos?

Segunda Parte
La Segunda Palabra
(7:1-8:23)

Religión, ¿pero no para Dios?

7 Aconteció que en el año cuarto del rey Darío, a los cuatro días del mes noveno, que es Quisleu, llegó palabra de Jehová a Zacarías. ² En aquel tiempo el pueblo de Bet-el había enviado a Sarezzer, con Regem-melec y sus hombres, a implorar el favor de Jehová, ³ y a preguntar a los sacerdotes que estaban en la casa de Jehová de los ejércitos, y a los profetas: «¿Lloraremos en el mes quinto? ¿Haremos abstinencia, como la hemos venido haciendo desde hace algunos años?»

⁴ Recibí, pues, esta palabra de Jehová de los ejércitos:

⁵ «Di a todo el pueblo del país, // y a los sacerdotes:
“Cuando ayunabais y llorabais // en el quinto y en el séptimo mes
durante estos setenta años,
¿habéis ayunado para mí?

⁶ Y cuando comíais y bebíais,
¿no comíais y bebíais // para vosotros mismos?»»

⁷ ¿Acaso no son éstas las palabras que proclamó Jehová por medio de los primeros profetas, cuando Jerusalén estaba habitada y tranquila, y las ciudades de sus alrededores y el Neguev y la Sefela estaban también habitados?

Ya habían transcurrido dos años desde que la primera palabra del Señor había llegado a Zacarías. El predicador seguía predicando, el pueblo continuaba oyendo. Dios seguía revelando su voluntad y manifestándole su paciencia al pueblo que no estaba interesado en hacer su voluntad, como lo podemos ver en este

capítulo. En los versículos 11 y 12 oímos: “Pero no quisieron escuchar”.

A pesar de la continua indiferencia por parte del pueblo de Dios, el libro sigue por siete capítulos más. Esta es la manera paciente en que Dios trata con nosotros. “Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo” (2 Timoteo 2:13).

El pueblo le había enviado un grupo al profeta para averiguar si había tenido alguna otra revelación de Dios. De esa manera el pueblo de Dios del Antiguo Testamento se enteraba de una revelación; Dios les había dicho: “Vayan al sacerdote”. Él era el mediador, el que presentaba el caso del pueblo ante Dios y le transmitía su palabra al pueblo. Los modelos fueron Moisés y Aarón, quienes le hablaron al pueblo en el nombre de Dios y a Dios en el nombre del pueblo, según el mandato divino.

El Nuevo Testamento y el sacerdocio de Jesús, cambiaron todo esto. Jesús vino como: profeta, sacerdote, y rey. El libro de Hebreos dice con toda claridad que no tenemos que seguir el procedimiento del Antiguo Testamento de tener un sacerdote humano para que se comunique con Dios en nuestro lugar. Jesús “permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable. Por eso puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, cuando se ofreció a sí mismo” (Hebreos 7:24-27).

La pregunta que Sarezzer y Regem-melec le llevaron al Señor es: ¿Debemos continuar con el duelo y con ayuno en el quinto mes como lo hemos hecho en el pasado? Setenta años antes, en el quinto mes del año, los ejércitos de Babilonia habían destruido Jerusalén, incluso el hermoso templo de Salomón (1 Reyes 25:8,9). Las generaciones sucesivas de judíos conmemoraban

anualmente el aniversario de esa tragedia como un día de humillación nacional y de oración. Ahora, setenta años después, se acercaron a Zacarías con la pregunta: “Ahora que ya la reconstrucción del templo está casi terminada, ¿debemos seguir observando el aniversario de la destrucción del templo antiguo?”.

Recibieron más respuesta de lo que habían anticipado. El Señor respondió: “Cuando ayunaban y lloraban... ¿era realmente por mí que ayunaban?” En otras palabras, si el ayuno y el llanto provenían de un corazón humillado, debido a que habían reconocido su pecado, entonces su adoración era aceptable a Dios. Sin embargo, si lloraban por costumbre y no de corazón, su adoración era un insulto para el Señor.

Hablando como profeta de Dios, Joel dijo: “Convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno, llanto y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos” (2:12,13). Este es un mensaje que Zacarías también le dio a entender a su pueblo. “Su religión, ¿es para ustedes mismos o es para Dios?” ¿Es la práctica un asunto externo o interno?

Puede ser que algunos vayan a la iglesia sólo por costumbre. Es como el ejercicio físico, duele mientras uno lo hace, pero se siente muy bien después de haberlo terminado. Es posible que algunos vayan para obtener una buena imagen en la comunidad (algunos políticos hacen énfasis en esto para obtener una mejor imagen ante los votantes). Puede ser que algunos vayan a la iglesia por costumbre cultural; así lo hacían siempre sus padres, sin saber realmente ¿por qué?. Y es posible también que otros más vayan a la iglesia como un seguro, para cumplir con todos los requisitos que hay que cumplir en la vida, por si acaso.

El Señor nos da a todos una regla con la que debemos medir nuestra adoración; llega a nosotros en una pregunta sencilla que podemos y debemos hacernos cuando nos preparamos para el servicio religioso. La pregunta es: “¿Lo que hago aquí, lo hago para gloria de mi Dios, o es que estoy pensando principalmente en mí mismo?”

Si hacemos un inventario de nuestra fe y de nuestra vida, y entonces descubrimos que no hay nada de qué jactarnos, y además los pobres resultados son descorazonadores, entonces le estamos rindiendo al Señor un servicio de adoración apropiado. Rasgamos nuestro corazón con el arrepentimiento y no nuestros vestidos, como el profeta Joel, antes mencionado, nos pidió hacer.

El profeta menciona el ayuno en el versículo 5. Si dijéramos en nuestro corazón que ayunaremos por un día para poder tener más tiempo con nuestro Dios en oración, estaríamos adorando a nuestro Dios y no a nosotros mismos. Aun si ayunáramos por un día para disciplinarnos y poder tener un mejor control sobre nuestra carne, eso sería adorar a nuestro Dios y no hacer el esfuerzo para nosotros mismos. “Porque el ejercicio corporal para poco es provechoso...” (1 Timoteo 4:8). Las fiestas de: Acción de Gracias, Navidad, y Pascua de Resurrección, pueden ser celebraciones especiales de adoración a nuestro Dios, pero también se pueden convertir en solamente ocasiones para celebrar con los amigos. Algunas veces se menciona el nombre de Dios antes de comer en un día festivo y no se vuelve a oír más durante el resto del día. Si éste fuera el caso, el Señor preguntaría con razón, “Cuando coméis y bebéis, ¿no coméis y bebéis para vosotros mismos?”

El versículo 7 es una pequeña recordación de que ésta no es la primera vez que Jehová menciona un culto de adoración que es superficial. Los profetas ya habían advertido contra esto. “Misericordia quiero, y no sacrificio” es el mensaje que se repite. Jesús citó a Isaías y advirtió: “Este pueblo de labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, pues en vano me honran” (Mateo 15:8,9).

Corazones endurecidos

⁸ Recibió también Zacarías esta palabra de Jehová:

⁹ «Así habló Jehová de los ejércitos:

**Juzgad conforme a la verdad;
haced misericordia y piedad//cada cual con su hermano;
¹⁰ no oprimáis a la viuda,
al huérfano, al extranjero ni al pobre,
ni ninguno piense mal en su corazón//contra su
hermano.»**

¹¹ Pero no quisieron escuchar, sino que volvieron la espalda y se taparon los oídos para no oír; ¹² endurecieron su corazón como diamante, para no oír la Ley ni las palabras que Jehová de los ejércitos enviaba por su espíritu, por medio de los primeros profetas.

Por tanto, Jehová de los ejércitos se enojó mucho. ¹³ «Y aconteció que, así como él clamó y no escucharon, también ellos clamaron y yo no escuché, dice Jehová de los ejércitos, ¹⁴ sino que los esparcí como con un torbellino por todas las naciones que ellos no conocían, y la tierra fue desolada tras ellos, sin quedar quien fuera ni viniera; pues convirtieron en desierto la tierra deseable.»

Los versículos 8 - 10, continúan el tema de este capítulo, contienen la descripción de cómo se lleva a cabo la verdadera adoración. Nos sorprende notar que la verdadera religión, como Dios la recomienda, no es la que practicamos para él, sino para nuestro prójimo. “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?... El que ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Juan 4:20,21).

Las indicaciones de los versículos 9 y 10, se pueden sintetizar en tres mandatos: (1) sé justo, (2) sé misericordioso, (3) sé compasivo.

La mirada de Dios estaba sobre las cortes de justicia de la tierra. Se preocupaba por la persona que había sido objeto de abuso. ¡Esta gente era *su* pueblo! Lo sacudía una ira justa cuando otros se aprovechaban de ellos. Él en su sabiduría y misericordia

les dio a los pobres sus pertenencias, sin importar cuán pequeñas o pobres parecieran. El Señor era quien respondía las peticiones de los pobres que llegaban a él dentro de los confines de la cuarta petición de la oración, que él posteriormente les enseñaría a orar a sus discípulos: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”. Martín Lutero explicó que nuestro pan de cada día es “todo lo que necesitamos para nuestro cuerpo y nuestra vida”. Los pobres y los destituidos del antiguo pueblo de Dios *necesitaban* estas cosas más que los demás. El estafarlos era doblemente malvado.

Aquí se aplicaban la misericordia y la compasión. Si alguien realmente sintiera misericordia, no se aprovecharía de las viudas ni de los huérfanos; al contrario, les ayudaría y compartiría con ellos el sustento que Dios le había dado. En dos palabras: sería compasivo.

Los hebreos tenían un cuadro vívido ante ellos, cuando oían la palabra que conocemos como compasión. Para ellos esta palabra se vinculaba con la que tenían para el vientre. La compasión es el sentimiento que una madre tiene por los hijos que son parte de su propio cuerpo. La sangre siempre llama; cuando el ser amado está sufriendo, nosotros también lo sentimos en lo profundo de nuestra alma. En realidad la compasión puede ser algo que hace sufrir. *Sentimos* lo que el prójimo siente.

El Señor describe la religión de los últimos días como una en la que “el amor de muchos se enfriará” (Mateo 24:12). El primer capítulo de la epístola a los Romanos dice que las gentes impías son “desleales, sin afecto natural, implacables” (Romanos 1:31). Y Zacarías le dijo al pueblo de Dios en general, sin importar la época de la historia: “Practicad la misericordia y la compasión cada cual con su hermano”.

La piedad tiene mucho que ver con nuestros sentimientos hacia el prójimo. “Ninguno maquine el mal en su corazón contra su hermano”. El amor hace desaparecer poco a poco las arrugas ocasionadas por las ofensas, ya sean reales o imaginarias. La misericordia interpreta de la mejor manera posible las acciones de

nuestro prójimo; la misericordia perdona y trata de olvidar. El Señor dijo sencillamente: “No piensen mal del hermano en lo profundo de su corazón. ¡No lo hagan!”

Los versículos 11 y 12, le dan la respuesta a la cariñosa petición que hace el Señor para que la gente lo adore de corazón: “Pero no quisieron escuchar”. Dios le enseñó a su pueblo el camino recto y ellos se negaron a seguirlo. “¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, *y no quisiste*” (Mateo 23:37). Cuando el Señor le habló a su pueblo, ellos: le volvieron la espalda, los oídos se les cerraron, y el corazón se les endureció tanto como el diamante. ¡Qué rebelión y falta de cooperación! Y allí estaríamos nosotros si no fuera por la gracia de Dios.

“Por tanto, Jehová de los ejércitos se enojó mucho”. Él no era un iracundo dios, disgustado como un abuelo que se mece perplejo en su silla y amonesta con voz trémula a unos nietos “malcriados”. Él era el *Todopoderoso* sumamente airado y con la terrible capacidad de descargar la destrucción sobre los que le habían dado la espalda y se habían endurecido contra él.

El pecado por sí mismo es algo abstracto, no existe fuera de los seres humanos, convierte a la creación de Dios en una persona odiosa. ¡Dios está enojado... con seres humanos!, y el infierno es prueba de ello. Pero él ama a la humanidad con una intensidad aún mayor; lo que es una contradicción aparente que sólo la cruz de Cristo puede superar. La cruz es la pieza del rompecabezas que une la intensa ira de Dios y su poderoso amor. Debido a su ira, él condenó a su Hijo a morir, y nos salvó de la muerte debido a su amor.

El otro resultado del endurecimiento del corazón del pueblo fue que, cuando ellos invocaron a Dios, él no estuvo disponible. La oración es una invitación a hablarle a nuestro Dios. “Invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás”. Ésta es la invitación que nos hace nuestro Dios, y el segundo mandamiento nos dice cómo debemos usar correctamente su bendito nombre.

Pero permanece el hecho de que para los que lo rechazan, con toda certeza llegará el día en que lo invoquen, pero él no les responderá. Él está listo a esperar por largo tiempo, pero también este tiempo tendrá su fin. Vendrá ese momento horrible en que la oración, sin importar cuán sincera o urgente sea, ya no será escuchada. Existe el horrible y doloroso eco de la nada que Jesús sintió cuando dijo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

Los versículos 13 y 14, describen la desolación ocasionada por el corazón ensoberbecido. Lo que sucede es como un huracán que dispersa las hojas y como el desierto que es estéril.

“Convirtieron en desierto la tierra deseable”. Ese era el manual de la autodestrucción. Era así como una persona endurecida actuaba para cambiar su vida en un desierto en el que solamente se oye el ulular del viento, desprovisto de todo lo que es agradable. Es duro el camino del pecador, lleva a una tierra de calor abrasador donde el cielo es bronce y la tierra es latón.

Dios promete bendecir a Jerusalén con vida larga y juventud

8 Recibí de Jehová de los ejércitos esta palabra:

**² «Así ha dicho Jehová de los ejércitos:
Celé a Sión con gran celo,
y con gran ira la celé.**

³ »Así dice Jehová:

**»Yo he restaurado a Sión
y habitaré en medio de Jerusalén.
Jerusalén se llamará ciudad de la Verdad,
y el monte de Jehová de los ejércitos, monte de Santidad.**

⁴ »Así ha dicho Jehová de los ejércitos:

**»Aún han de morar ancianos y ancianas
en las calles de Jerusalén,
cada cual con un bastón en la mano**

por lo avanzado de su edad.

⁵ Y las calles de la ciudad estarán llenas de muchachos y muchachas//que jugarán en ellas.

⁶ »Así dice Jehová de los ejércitos:

»Si esto parece imposible a los ojos del resto de este pueblo //en aquellos días, ¿también será imposible para mí?, dice Jehová de los ejércitos.

⁷ »Así ha dicho Jehová de los ejércitos:

»Yo salvo a mi pueblo//de la tierra del oriente y de la tierra donde se pone el sol;

⁸ los traeré y habitarán//en medio de Jerusalén. Ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios en verdad y en justicia.

En los veintitrés versículos del capítulo 8 la afirmación “Así dice Jehová de los ejércitos” se repite diez veces. Y en los versículos 1 y 18 Zacarías dice dos veces: “Recibí de Jehová de los ejércitos esta palabra”. Una de las pruebas de la inspiración de la Biblia es precisamente este hecho: la Biblia *afirma* que es la palabra del Dios del pacto con Israel. El testimonio es tan fuerte en este capítulo que casi raya en la exageración. ¡En estos pocos versículos hay doce referencias directas a que esta es la palabra de Dios!, y nuestro Dios da amplia evidencia de esto.

Generalmente oímos la palabra “celos” en un contexto malo. Usualmente el que está celoso es el que tiene la culpa, pero en el versículo 2, el Dios Salvador dice que tuvo gran celo: “Celé a Sión con gran celo, y con gran ira la celé”. Su pueblo le ocasionó un celo justo, él no quería que ella coqueteara con otros dioses. En su primer mandamiento, Dios nos habla muy en serio.

Este antropomorfismo que presenta a Dios, como el enamorado que quedó plantado, es algo que todos entendemos claramente, y la Biblia lo usa con frecuencia en sus páginas. En la

historia vemos muchos ejemplos de hombres y mujeres, que compitieron por el amor del ser amado, y reaccionaron con diferentes expresiones de celos cuando su amor no fue correspondido. El amor desilusionado provoca sentimientos muy profundos. “Y con gran ira la he celado”.

Pero, ¿acaso no es maravilloso saberlo? En verdad no queremos hacer que nuestro Dios se sienta celoso ni se llene de ira por los celos. Pero al mismo tiempo es un consuelo saber que él puede tener celos por nosotros. Nadie tiene ese sentimiento por aquel a quien no ama. Pero una persona a la que amamos mucho y que queremos para nosotros, una persona de la que no podemos soportar ni siquiera el pensamiento de perderla, ésta es la que nos puede producir celos. Y así es con nuestro Dios, él nos ama tanto que no puede soportar la idea de perdernos por causa de un enamorado falso. Su amor es tal que él incluso nos busca cuando le hemos sido infieles. Su sentido de los celos es mucho más intenso y temible que el nuestro; pero su perdón es mucho mayor también, y abarca una multitud de transgresiones. Dios incluso nos perdona cuando no podemos perdonarnos a nosotros mismos. “Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas” (1 Juan 3:19,20).

La verdad de esta última afirmación está en la evidencia que da el versículo 3: “Yo he restaurado a Sión, y habitaré en medio de Jerusalén”. Dios regresó. En uno de nuestros himnos cantamos: “Iglesia de Cristo, reanima tu amor, y espera velando a tu augusto Señor; Jesús el esposo, con fuerte clamor anuncia que viene vestido de honor” (Culto Cristiano 339). Y el resultado del regreso de Dios es que el cimiento de la paz (que es el significado del nombre Jerusalén) fue una vez más unido a estas dos hermosas palabras: verdad y santidad. Jerusalén sabía la verdad, el monte Sión conocía la santidad. Ambas eran una descripción de la amada de Dios: su iglesia. ¡Saber una vez más lo que es el *verdadero* amor! Estar delante del Novio vestida de blanco y tenerlo ante

nuestros ojos expresa la verdad, ¡perdonada por completo y limpia! “Sin mancha para poder estar frente al trono de gracia de Dios”. Estas palabras son un gran pensamiento de adviento. ¡Nuestro Rey viene, y viene rebozando de amor por nosotros!

La ciudad del pueblo de Dios será preciosa, por lo único que puede hacer que una ciudad sea hermosa: ¡sus habitantes! Los ancianos estarán allí con su bastón en la mano. La guerra, la violencia, las enfermedades, no les arrancarán la vida. Podrán decir con el salmista: “Joven fui, y ya he envejecido, y no he visto al justo desamparado, ni a su descendencia que mendigue pan” (37:25). ¡Y allí también estarán los jóvenes! Habrá juegos, risas, y vitalidad. ¡La exuberancia de la juventud! ¡Qué precioso lugar!; aquí será donde Dios vivirá con su pueblo.

¿Es demasiado bueno para ser cierto?

“Si esto parece imposible a los ojos del resto de este pueblo en aquellos días, ¿también será imposible para mí?”, dice Jehová de los ejércitos. Fue una pregunta retórica. La respuesta fue no. ¡No, no era solamente un sueño! Ocurrirá el milagro. Para Dios todo es posible.

En ocasiones es desalentador ser del remanente. Los verdaderos creyentes parecen ser un grupito lamentablemente reducido, al que uno se aferra con temor, que se preguntan ¿qué es lo que les va a pasar a ellos y a su iglesia?. Personas que son buenos prospectos llegan a la iglesia por un tiempo, y después son vencidos por alguna arma del diablo: la desilusión, la iglesia parece ser demasiado mojigata para ellos, o los cristianos, según ellos, son hipócritas, etc., y se van. Los jóvenes se confirman, y desaparecen de nuestra vista. Los fieles algunas veces son envenenados por las armas del demonio y siguen su propio camino. Sin embargo, la promesa sigue en pie. Siempre habrá los que han sido probados y que siguen fieles; y los jóvenes llenos de entusiasmo y de promesa. Esta es la iglesia de Dios. La gente vendrá del este y del oeste, como él lo promete en el versículo 7.

El versículo 8 es sorprendente. Al tener en cuenta lo que Dios había hecho por ellos, se podría esperar que ahora el pueblo fuera

a prometer que será piadoso y fiel a su Dios. Ciertamente él merecía esa promesa de su pueblo. ¡Pero no! ¡Él les había prometido ser fiel y justo! Ellos eran “su pueblo”, eran salvos por la gracia sin ningún mérito ni valor de su parte. Nuestro Dios se acercó a ellos y no ellos a él. Los atrajo hacia él; ellos no encontraron el camino hacia él por sí solos.

***El Señor prometió bendecir a Jerusalén
con la prosperidad social***

⁹»Así ha dicho Jehová de los ejércitos:

**»Cobrad ánimo, vosotros que oís//en estos días
estas palabras de la boca de los profetas,
desde el día que se echó el cimiento//a la casa de Jehová
de los ejércitos,
para edificar el Templo.**

**¹⁰Porque antes de estos días no ha habido//paga de
hombre ni paga de bestia,
ni hubo paz para el que salía//ni para el que entraba,//a
causa del enemigo,
pues yo dejé que todos los hombres//se enfrentaran unos
con otros.**

**¹¹Mas ahora no haré//con el resto de este pueblo
como en aquellos pasados días,
dice Jehová de los ejércitos.**

Los versículos 9 - 17, tienen un tema diferente del que hemos oído hasta ahora. Se acercaba un cambio. Dios, que había sido duro con su pueblo en el pasado, ahora iba a tener misericordia: “Así os salvaré y seréis bendición” (versículo 13).

Como se dijo al principio de este libro, Zacarías fue contemporáneo de Hageo. Ambos habían sido testigos del regreso de la nación de Judá de su esclavitud en la distante Babilonia. También habían sido testigos del desánimo y del espíritu de derrota

que habían echado abajo el proyecto de la reconstrucción del templo. El versículo 9 lo menciona: “vosotros que oís en estos días estas palabras de la boca de los profetas, desde el día que se echó el cimiento a la casa de Jehová de los ejércitos”.

En efecto, el Señor estaba diciendo: “¡Escuchen a sus predicadores!” La voluntad y la palabra de Dios llegaban al pueblo por medio de los profetas, y la gente escuchaba a Dios hablar a través de la boca de ellos. Los profetas habían visto la colocación de los cimientos del templo, y la palabra de Dios estaba con ellos para dirigir la futura construcción del templo.

Su mensaje era: “Que sus manos sean fuertes para que el templo pueda ser construido”. En 1 Samuel 23:16, leemos estas hermosas palabras: “Se levantó Jonatán hijo de Saúl y vino a David..., y fortaleció su mano en Dios”(traducción literal, nota de la BA). Y durante los tiempos desalentadores que enfrentó en la reconstrucción de la muralla que había alrededor de Jerusalén, Nehemías dijo: “Todos [los enemigos] nos amedrentaban, diciendo: Se debilitarán las manos de ellos en la obra, y no será terminada. (Pero yo dije:) «¡Ahora, pues, oh Dios, fortalece tú mis manos!».” (Neh. 6:9).

El de manos fuertes, el de ánimo verdadero, es el que está cogido de la mano del Señor. Cuando los profetas alentaban al pueblo de Dios a tener manos fuertes y a seguir adelante, no estaban sugiriendo que lo hicieran ellos solos. Moisés, que guiaba a los millones de judíos, oró: “Sea la luz de Jehová, nuestro Dios, sobre nosotros. La obra de nuestras manos confirma sobre nosotros, sí, la obra de nuestros manos confirma” (Salmo 90:17). Pero no hacemos nada solos cuando las manos de Dios sostienen las nuestras.

El versículo 10 describe el caos y la anarquía. No había moneda circulante, no había ninguna confianza en la economía, que es la base de la moneda. Nadie podía pagar salarios; por consiguiente, nadie podía ganarlos. ¡Y esta situación había sido causada por el Señor! El profeta Amós estuvo de acuerdo con esto

cuando dijo: “¿Habrá algún mal en la ciudad que Jehová no haya enviado?” (3:6). Y aquí leemos: “Y dejé que todos los hombres se enfrentaran unos con otros”.

¿Por qué?

¿Cómo era posible que Dios fuera tan mezquino y tan vengativo?

Esta pregunta que bordea en la blasfemia, es sólo la pregunta que se hacen los seres humanos cuando se enfrentan a las horribles posibilidades del Dios que castiga a los que desacatan su ley y que permite que la gente sufra las consecuencias de sus actos. Los seres humanos no supervisan las leyes de Dios, él lo hace. La venganza es suya, él pagará a cada uno lo que le corresponde.

Pero también hay misericordia en nuestro Dios todopoderoso: “Mas ahora no lo haré con el resto de este pueblo como en aquellos pasados días”. La prosperidad social está una vez más a la vista.

El Señor promete que bendecirá a Jerusalén con buenas cosechas

¹² Porque habrá simiente de paz:

**la vid dará su fruto, // la tierra, su producto, // y los cielos,
su rocío;**

y haré que el resto de este pueblo // posea todo esto.

¹³ Y así como fuisteis maldición // entre las naciones,

casa de Judá y casa de Israel,

así os salvaré y seréis bendición.

¡No temáis! ¡Cobrad ánimo!

Los versículos 12 y 13, muestran un cuadro muy hermoso de la misericordia de nuestro Dios, que se presenta en términos agrícolas. Los pueblos de la época de Zacarías eran agricultores, y por lo mismo entendían bien la ilustración. El cuadro del éxito y la prosperidad, que un agricultor podría imaginar, era tener buen

clima y buenas cosechas. Los siete años de abundancia en el sueño de faraón eran exactamente esta clase de existencia.

Tal vez en nuestros días perdemos de vista este hecho. Hemos tenido abundancia de alimentos que nos llegan envueltos en plástico, en cajas de cartón de colores llamativos, y que encontramos colocados en los estantes de supermercados que están llenos de gente. Pero nuestros alimentos no proceden del supermercado, sino de la tierra de Dios. Y todavía los tenemos porque el Señor hace que la lluvia y el rocío caigan del cielo, y porque él hace que germine la semilla.

La comida es una bendición; es vida. Tristemente en algunos lugares, donde abunda la comida y mucha gente sufre de exceso de peso, la sociedad ve el alimento casi como si fuera una maldición. Pero el versículo 13 nos hace ver, al contrario, que la maldición llega cuando hay hambre en la tierra (entre los bantúes del sur del África donde el hambre es muy común y el alimento es algo precioso, un saludo común y corriente es: “¿Qué comes en estos días?”).

El mundo pagano maldice al pueblo de Dios, así como el bravucón Goliat maldijo a David el joven pastor. ¡Pero ya basta! Dios salvará dando la salida; y hará que su pueblo sea una bendición y la causa de ella. En otras palabras, será la sal y la luz de la tierra.

¡Que nuestras manos sean fuertes!

*El Señor promete que bendecirá a Jerusalén
con una adoración gozosa*

¹⁴»Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos: Como pensé haceros mal cuando vuestros padres me provocaron a ira, dice Jehová de los ejércitos, y no me arrepentí, ¹⁵ así en cambio he pensado hacer bien a Jerusalén y a la casa de Judá en estos días. No temáis. ¹⁶ Éstas son las cosas que habéis de hacer: Hablad verdad cada cual con su prójimo;

juzgad según la verdad y lo conducente a la paz en vuestras puertas. ¹⁷Ninguno de vosotros piense mal en su corazón contra su prójimo, ni améis el juramento falso, porque todas éstas son cosas que aborrezco, dice Jehová.»

¹⁸Recibí esta palabra de Jehová de los ejércitos: ¹⁹«Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Los ayunos del cuarto, el quinto, el séptimo, y el décimo mes, se convertirán para la casa de Judá en gozo y alegría, y en fiestas solemnes. Amad, pues, la verdad y la paz.

²⁰»Así ha dicho Jehová de los ejércitos:

»Aún vendrán pueblos y habitantes//de muchas ciudades.

²¹Vendrán los habitantes//de una ciudad a otra y dirán:

**“¡Vamos a implorar el favor de Jehová
y a buscar a Jehová de los ejércitos!”**

¡Yo también iré!

**²²Y vendrán muchos pueblos//y naciones poderosas
a buscar a Jehová de los ejércitos//en Jerusalén
y a implorar el favor de Jehová.**

**²³»Así ha dicho Jehová de los ejércitos: En aquellos días
acontecerá que diez hombres de las naciones de toda lengua
tomarán del manto a un judío, y le dirán: “Iremos con
vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros.”»**

Los versículos finales del capítulo 9, desde el versículo 18 hasta el 23, son la última súplica de adoración. Tal como ha ocurrido en el capítulo 9, se refiere al Señor como “Jehová de los ejércitos”. Recordamos que este es el Señor de Sabaot, el “Todopoderoso”. Él es el que está sobre todos. El único y verdadero Dios, se yergue en toda la majestad de su trono de poder y dice: “Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos; Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios” (Isaías 44:6).

El versículo 19 prometió que los ayunos religiosos serán acontecimientos de gozo para el pueblo. Tenía que ser de esa

manera. El ayuno era la adoración al Dios que obraba el bien en sus vidas. Ellos tenían el privilegio de decir que este Dios era suyo; y por medio del ayuno, podían anunciar este mensaje.

La verdadera adoración siempre ha sido un acontecimiento feliz y de gozo en la vida del pueblo de Dios. Hay un lugar para bailar y brincar de alegría ante el arca de Dios, como lo hizo David. Y si brota un grito de alabanza de las bancas de la iglesia el día domingo, no nos debemos sentir incómodos tampoco. Tal vez esa no sea nuestra manera de hacer las cosas, pero tal vez debiera serlo. Pobre el servicio religioso que carece de alegría, porque es el tipo de gozo que no se puede contener. Golpearse el pecho es también una parte de la adoración; así es como el humilde cobrador de impuestos le rindió su adoración a Dios a la entrada de la iglesia. Pero no termina así. El pueblo de Dios, perdonado completa y gratuitamente, regresa a su casa. ¡Debe haber gozo! ...gozo que brote a la superficie derramándose burbujeante en gratitud y alabanza.

El versículo termina con dos palabras importantes, verdad y paz. Los que le rinden una adoración gozosa a Jehová aman estas dos palabras.

La palabra en hebreo para verdad es “Amén”. Cuando se usa al final del servicio de adoración o al terminar una oración, afirma lo que se dijo como verdadero; por lo cual el que rinde culto lo reclama como suyo. Esta afirmación es parte de la adoración al verdadero Dios. Esto es fidedigno para todos los pueblos, como dicen los versículos 20-22; y elimina la noción de que nuestra fe es “verdadera para algunos, pero no para otros”. Es una certeza para todos, ya se acepte o se rechace. Jesús dijo: “Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz” (Juan 18:37).

La palabra hebrea para la paz es la familiar *Shalom*. Los judíos de hoy en día la usan como saludo; necesitamos esta paz que sobrepasa todo entendimiento. Martín Lutero habló de ella cuando citó la cuarta petición: “No solamente concierne a toda la vida en el mundo, que nuestro cuerpo tenga el alimento y el vestido y otras cosas necesarias, sino también que en tranquilidad y paz nos

entendamos con las personas... Aunque hayamos recibido de Dios la plenitud de todos los bienes, no podemos retener ninguno de ellos, ni usarlos seguros y alegres, si Dios no nos da un gobierno estable y pacífico. Donde hay discordias, reyertas y guerras, ya nos ha sido quitado el pan o, por lo menos, es difícil conseguirlo” (Libro de la Concordia, El Catecismo Mayor, página 459).

Y por lo tanto amamos la paz. Todos los que le rinden adoración a Dios la aman, la desean... ¡y ya la tienen! Se habla de la iglesia como “Jerusalén”. Su nombre tiene en sí la palabra paz: “fundación de la paz”; lo que constituye una hermosa descripción de la iglesia, y Zacarías sabía bien la importancia de este término. El versículo finaliza con este mandato: “Amad, pues, la verdad y la paz”. Es más que una invitación, es un mandamiento, el mismo mandamiento que el apóstol Pablo hizo cuando le dijo a la congregación de Tesalónica: “Tened paz entre vosotros” (1 Tesalonicenses 5:13). Esa era una paz vigilada cuidadosamente.

Los versículos 20-22, contienen el diálogo de los futuros fieles, que hablando entre ellos se invitaban y decían: “Vamos a implorar el favor de Jehová, y a buscar a Jehová de los ejércitos. Yo también iré.”

En hebreo, la traducción literal de la determinación que había en el pueblo de buscar al Señor fue: “Acariciemos el rostro del Señor”. Esta era la expresión idiomática que se usaba para apaciguar la ira de alguien. Esos fieles se preocupaban porque el Señor no permaneciera enojado con ellos. Se daban cuenta de que Dios tenía toda la razón para sentirse así. El Salmo Siete dice: “Dios está airado contra el impío todos los días”, y el profeta Oseas advierte acerca del Dios airado que dice: “Yo mismo los haré pedazos, y luego me alejaré; yo mismo me llevaré la presa, y no habrá quien me la arrebaté. Volveré luego a mi morada, hasta que reconozcan su culpa. Buscarán ganarse mi favor, angustiados, me buscarán con ansias” (5:14,15, Nueva Versión Internacional).

Qué hermoso tributo tiene el pueblo de Dios en el versículo 23. Los extranjeros vendrán y los cogerán de la punta de sus

mantos y dirán: “Iremos con vosotros, porque hemos oído decir que Dios está con vosotros”. Este es el mayor de los cumplidos; todos se enteraron de que el Señor estaba con su pueblo. Cuando la noche es oscura y el único fuego es el que hay en el campamento del pueblo de Dios, el pueblo se acerca como lo hacen las polillas hacia la luz. “Hemos oído que Dios está con vosotros”.

¡Éste es el trabajo misionero *por excelencia!* Tenían mucho más que cualquier otro pueblo sobre la tierra. Y lo que tenían, no lo habían hecho con grandes programas ni estrategias, sino viviendo como el pueblo de Dios. Entonces el resto de la gente vio la diferencia y quiso lo mismo.

Es una idea fascinante. Y es verdad, tal como lo probaron el eunuco de Etiopía y el carcelero de Filipos, que dijeron con entusiasmo: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” Querían tener la salvación y la pidieron. La profecía se convirtió en realidad. Cogieron a uno de los judíos por el manto y dijeron: “Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros”.

Lo triste es que no es suficiente con solamente ser judío. Los judíos que le volvieron la espalda a Dios fueron dispersos para perderse en el olvido. Entonces ya nadie les preguntó si podía ir con ellos. El Fuego ya no estaba allí.

Nos podemos identificar como cristianos, pero no importa, a menos que nos aferremos al manto del judío Jesús. No tenemos ningún atractivo por nosotros mismos, ¡sino solamente con él en nuestras vidas el pueblo oirá y vendrá, y la verdad de Zacarías 8, probará una vez más que es cierta!

En la sección siguiente comienzan las profecías de Zacarías. Esas profecías tratan de los acontecimientos venideros. El profeta le hace honor a su nombre: mira al futuro.

Tercera Parte
Las Profecías del
Rey Mesiánico
(9:1-14:21)

El Juicio de los enemigos de Israel

Una profecía

9 Profecía. Palabra de Jehová en la tierra de Hadrac y en Damasco: «A Jehová deben mirar los ojos de los hombres y todas las tribus de Israel. ² También Hamat, que está en su frontera, y Tiro y Sidón, aunque sean muy sabias. ³ Tiro se edificó fortaleza, y amontonó plata como polvo y oro como lodo de las calles, ⁴ pero el Señor la empobrecerá, hundirá en el mar su poderío y será consumida por el fuego.

⁵ »Lo verá Ascalón y temerá; Gaza también, y se dolerá mucho; asimismo Ecrón, porque su esperanza será confundida. Perecerá el rey de Gaza, y Ascalón no será habitada. ⁶ Habitará en Asdod un extranjero, y pondré fin a la soberbia de los filisteos. ⁷ Quitaré la sangre de su boca y sus abominaciones de entre sus dientes. Quedará también un resto para nuestro Dios; serán como capitanes en Judá, y Ecrón será como el jebuseo. ⁸ Entonces montaré guardia alrededor de mi Casa, para que ninguno vaya ni venga. No pasará más sobre ellos el opresor, porque ahora vigilo con mis propios ojos.»

La primera profecía de esta sección tiene que ver con la costa del mar Mediterráneo y sus habitantes. Con frecuencia éstos eran los azotes del pueblo de Dios. Desde la costa sur habían llegado los filisteos y desde la costa norte habían llegado los ricos mercaderes de Tiro y de Sidón.

La profecía para animar al pueblo de Dios es triple. Habla contra los habitantes de Siria (Damasco, Hadrac y Hamat), Fenicia

(Tiro y Sidón), y Filistea (Ascalón, Gaza y Ecrón). Esos eran países limítrofes con el pueblo de Dios al noreste, al norte y al sur. Hadrac, que se menciona solamente esta vez en la Biblia, ha desaparecido de la historia conocida. Era un lugar de Siria. Hamat está al lado del río Orontes. Unos 32 km separaban a las ciudades de Tiro y Sidón. En la época de Salomón había acuerdos y tratados vigentes entre esas ciudades y el pueblo de Dios. De hecho, en el templo de Jerusalén había materiales provenientes de esas ciudades.

Tiro y Sidón eran ciudades prósperas, pero sus riquezas las habían apartado del verdadero Dios. Así como Jesús en el Nuevo Testamento hablaba de lo difícil que era que un rico entrara al cielo, también lo era para un rico en el Antiguo Testamento. La plata se amontonaba y el oro era como la suciedad. Esta era la manera en que Zacarías veía las cosas. El Señor dijo: “Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón” (Mateo 6:21). El corazón de Tiro y de Sidón era de metal, y se derretirá en el fuego del juicio de Dios. En el año 332 a.C. Alejandro el Grande llegó a Tiro y esta ciudad, cuyo nombre en hebreo es *Tzor*, que significa “roca”: cayó rápidamente con la llegada del conquistador. Pero como el pueblo de Dios ya había cantado: “¿Quién es Dios sino sólo Jehová? ¿Y qué roca hay fuera de nuestro Dios?” (Salmo 18:31).

Filistea también iba a sentir el juicio de Dios. La descripción es gráfica. Se contorsionarán de miedo por el vacío, haciendo eco de las ciudades que una vez habían sido poderosas. Habitará en Asdod “un extranjero [gente bastarda [NVI]]” (versículo 6). Las palabras significan hijos ilegítimos, pues no volverá a existir linaje real ni raza pura, sino sólo habrá una mezcla de pobladores que vagarán entre las ruinas.

El versículo 7 promete que la religión falsa y sus prácticas desaparecerían. El horrible pecado de Filistea era la adoración a Baal, que había contaminado al pueblo de Dios. Sansón no sólo coqueteó con las mujeres filisteas, sino que también lo hizo con sus dioses.

Pero se acercaba el día en que iba a triunfar la verdadera fe, cuando se demostrará que los dioses impostores eran solamente eso. El Dios del cielo reunirá a todo su pueblo y ellos por toda la eternidad reinarán con él con tranquilidad y sin preocupaciones. “Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:10,11).

Los jebuseos que se mencionan en el versículo 7 eran los habitantes originales de Jerusalén, descendientes de los cananeos, como Génesis 10 nos dice. En realidad Jebus era otro nombre para Jerusalén. Josué 15:63 nos dice: “Pero los hijos de Judá no pudieron expulsar a los jebuseos que habitaban en Jerusalén. Por eso ha quedado el jebuseo en Jerusalén junto a los hijos de Judá hasta hoy”. En 2 Samuel 5:6 nos enteramos de que David tomó finalmente el control de Jebus (Jerusalén). Desde sus fuertes muros los habitantes provocaron a los israelitas, diciendo: “No entrarán aquí; hasta los ciegos y los cojos pueden rechazarlos a ustedes”, pero su sarcasmo de nada les valió, porque esos enemigos del pueblo de Dios cayeron junto con sus fuertes murallas. A Ecrón le pasó igual, como se nos dice en el mismo versículo 7.

El versículo 8 cierra la profecía con un hermoso cuadro del Señor como vigía, que acampa alrededor de su pueblo con sus ejércitos armados. El compositor del himno escribió: “No temas tú pequeña grey, aun cuando del averno el rey tratara de perderte” (Culto Cristiano 130). Y pensamos en el siervo de Eliseo que gritó con temor al ver que el enemigo los rodeaba a él y a su amo en el pueblito de Dotán. Y Eliseo oró diciendo: “Te ruego Jehová que abras sus ojos para que vea”. “Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo” (2 Reyes 6:17).

Nuestro Señor dijo finalmente: “Porque ahora vigilo con mis propios ojos”. Lo que fue verdad para el pueblo de Zacarías, hoy en día lo es también para nosotros: podemos dormir en paz por la gracia de Dios.

La venida del Rey de Sión

**⁹ ¡Alégrate mucho, hija de Sión!
¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalén!
Mira que tu rey vendrá a ti, //justo y salvador,
pero humilde, cabalgando sobre un asno,
sobre un pollino hijo de asna.**

**¹⁰ Él destruirá los carros de Efraín
y los caballos de Jerusalén;
los arcos de guerra serán quebrados,
y proclamará la paz a las naciones.
Su señorío será de mar a mar,
desde el río hasta los confines //de la tierra.**

**¹¹ Tú también, por la sangre de tu pacto, //serás salva;
he sacado a tus presos
de la cisterna en que no hay agua.**

**¹² Volveos a la fortaleza,
prisioneros de la esperanza;
hoy también os anuncio
que os dará doble recompensa.**

**¹³ Porque he tensado para mí a Judá //como un arco,
e hice a Efraín su flecha.
Lanzaré a tus hijos, Sión,
contra tus hijos, Grecia,
y te haré como espada de valiente.**

Estas palabras nos recuerdan la estación de Adviento. El versículo 9 se usa con frecuencia como texto para el Adviento. En las palabras de Zacarías está oculta la profecía de la venida de Jesús como Rey a Jerusalén el Domingo de Ramos. Los cristianos ven también en su cumplimiento final una referencia al día cuando el Señor venga victorioso otra vez con todos sus ángeles. Entonces las calles de la Jerusalén celestial resonarán con los gritos de los vencedores, que son señal de emoción. En nuestros días gritamos

constantemente sobre todo en los eventos deportivos donde se nos puede escuchar a distancia. Uno no se puede imaginar una competencia atlética sin gritos de júbilo o de consternación. ¿Se esforzaría el atleta si no hubiera gritos que lo animaran? Y la gente grita hasta enronquecer. ¡Desde la sala de sus casas le gritan a una pantalla de vidrio que presenta un acontecimiento que tiene lugar a cientos de kilómetros de distancia!

¡Imagínese la aclamación y el regocijo que tendrán lugar cuando el Señor venga a su pueblo! Todos los cristianos se levantarán y gritarán con un entusiasmo ensordecedor. ¡Nuestro Dios ha venido precisamente como dijo que lo haría!

“Mira que tu rey vendrá a ti”, dice el versículo. Vamos a verlo a él; y como Job vamos a decir: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y que después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios. Lo veré por mí mismo, mis ojos lo verán, y no los de otro” (Job 19:25-27).

Al mirar el cuadro de Jesús cuando viene el Domingo de Ramos, también pensamos en su segunda venida cuando seremos testigos junto con todos los demás. Decimos esto especialmente al ver el alcance de la paz que acompañará su llegada. Será universal. Ya no habrá carros de fuego ni arcos de batalla. Las tijeras de podar y las rejas del arado tomarán el lugar de las espadas y de las lanzas. Esa paz les llegará a los que estén del lado del Rey. La verdadera paz viene de saber que uno ha ganado y que el otro lado será incapaz de pelear otra vez.

La paz viene con la justicia. Cuando por fin se pueda ver sin lugar a dudas que la causa es la justa, cuando los creyentes vean el cumplimiento de todos sus sueños y esperanzas, entonces habrá llegado la verdadera paz de la mente y del corazón.

No parece posible que el “manso y humilde” Jesús, haga que las fuerzas desenfrenadas del mal se rindan de manera incondicional. Tiene que haber fe para creer *ahora* en este Rey. No será necesaria la fe para creer en él como tal cuando venga en las nubes del cielo a reclamar su gobierno indisputable, pero será

demasiado tarde, y para siempre, para los que esperan hasta ese día para conocerlo y reclamarlo como Rey. “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo lo verá, y los que le traspasaron” (Apocalipsis 1:7).

Será la paz universal, desde el este, el oeste, el norte, y el sur, todos serán reunidos en la paz de Dios por medio de la sangre del Hijo. Todos serán ganados por medio del acuerdo provisto por Dios mismo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su único Hijo.” Estos eran los términos establecidos por Dios en el pacto. “Porque al Padre agradó que en él habitara toda la plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:19,20). En verdad, como lo dice el versículo 11: “Por la sangre de tu pacto serás salva”. Ésta es la única base de la paz... en ese entonces y ahora.

Los presos también tendrán esta paz, y será una liberación para los que estaban en las cisternas profundas. Dios aun rescata a su pueblo como lo hizo con Jeremías, Daniel, y José, de los hoyos de los que nunca habrían podido escapar por ellos solos. No importa si nosotros cavamos el hoyo u otros lo hicieron; si es físico o espiritual, podemos salir y regresar a la fortaleza, al Castillo Fuerte, al lugar de la seguridad inviolable.

Los del pueblo de Dios eran prisioneros de la esperanza, casi perdieron su amparo, y estaban por sucumbir ya que la llama del fuego estaba a punto de apagarse. Pero mientras había vida, había esperanza. Muchos años más adelante los discípulos, que iban caminando a Emaús después de la crucifixión, dijeron las tristes palabras: “Nosotros esperábamos que él era el que iba redimir a Israel” (Lucas 24:21). Con esa esperanza pudieron luchar, pero sin ella la vida no valía la pena.

“*Hoy también* os anuncio que os dará doble recompensa”. A la mente le es difícil entender la bondad de Dios: no sólo promete la libertad de la prisión sino también que, así como previamente

habíamos recibido cierta cantidad de mal, recibiremos el doble de bien. Su promesa viene en un tono similar al de las palabras del profeta Isaías: “Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo de servicio duro es ya cumplido, que su pecado es perdonado, que ha recibido de la mano de Jehová *el doble por todos sus pecados*” (Isaías 40:1,2).

La bondad de Dios para con su pueblo es el tema del que ellos por toda la eternidad cantarán inagotablemente y sin cansancio. ¡Qué Rey! ¡Con razón la gente se amontona en las calles para expresar a voz de cuello sus alabanzas y su felicidad! Y la sección termina con un toque marcial. El Señor mismo tensa el arco. Su vista certera se desliza por la flecha apuntada hacia el enemigo; sus músculos se tensan para dispararla de manera perfecta. Podemos ver el esbozo de una sonrisa en el rostro del arquero. Judá es el arco y Efraín la flecha. El Señor probará que en sus manos estos dos son mortíferas armas contra el enemigo.

¡Qué cuadro tan impresionante! El Señor usará a su iglesia como su instrumento para conquistar el mundo de los gentiles y para llevarlos a formar parte de su familia.

El Señor aparecerá

- ¹⁴ **Y Jehová será visto sobre ellos,
y su dardo saldrá como relámpago;
y el Señor Jehová tocará trompeta,
y avanzará entre los torbellinos del austro.**
- ¹⁵ **Jehová de los ejércitos los amparará,
y ellos devorarán,
y hollarán las piedras de la honda,
y beberán, y harán estrépito como agitados por el vino;
y se llenarán como tazones,
o como los cuernos del altar.**
- ¹⁶ **Y los salvará en aquel día Jehová su Dios**

**como al rebaño de su pueblo;
porque refulgirán sobre su tierra
como piedras de diadema.**

**¹⁷ Porque ¡cuánta es su bondad, y cuánta su hermosura!
El trigo hará prosperar a los jóvenes,
y el mosto hará florecer a las doncellas.**

Los versículos 14 y 15, siguen con el cuadro del guerrero. Destellan las flechas, resuenan las trompetas, el escudo se levanta con firmeza, las piedras salen disparadas por las hondas zumbando al pasar. El pueblo de Dios unido forma una fuerza digna de ser temida. “Jehová de los ejércitos los amparará”. Podemos oír todo esto, con un estruendoso fondo de música de órgano:

Nuestro valor es nada aquí,
Con él todo es perdido;
Más por nosotros pugnará
De Dios el escogido.
¿Sabéis quién es? Jesús,
El que venció en la cruz,
Señor de Sabaot,
Y pues él solo es Dios,

Él triunfa en la batalla (Culto Cristiano 129:2).

Y del tono marcial, el cuadro cambia suavemente al pastoril. Los pastos verdes y las aguas tranquilas invaden suavemente nuestros sentidos. Se desvanecen los sonidos de guerra, reinan la paz y la tranquilidad. El pueblo de Dios está con su Señor. Ya desaparecieron los pecados y las luchas. En vez de los objetos de desprecio, de la gentuza y de la escoria del mundo, los del pueblo de Dios son objetos de valor y de belleza inestimables. ¡Así debe ser! Dios valoró tanto a su pueblo que por ellos entregó a su Hijo. El juicio del Señor acerca de la belleza y del valor es perfecto. Cuando se trata de valorar, él no comete ningún error. “¡Cuánta es su bondad y cuánta su hermosura!”

El Señor cuidará a su pueblo

10 Pedid a Jehová lluvia//en la estación tardía.
Jehová hará relámpagos,

y os dará lluvia abundante
y hierba verde en el campo a cada uno.

² Porque los ídolos han dado vanos oráculos

y los adivinos han visto mentira,

predicen sueños vanos

y vano es su consuelo.

Por eso el pueblo vaga como un rebaño

y sufre porque no tiene pastor.

³ «Contra los pastores se ha encendido//mi enojo,
y castigaré a los jefes.»

Pero Jehová de los ejércitos//visitará su rebaño,
la casa de Judá,

y los pondrá como su caballo de honor en la guerra.

⁴ De él saldrá la piedra angular,//de él la clavija,

de él el arco de guerra,

de él también todos los jefes.

⁵ Serán como valientes

que en la batalla pisotean al enemigo

en el lodo de las calles;

pelearán, porque Jehová estará con ellos,

y los que cabalgan en caballos//serán avergonzados.

Cuando en el sur de África no llegan las lluvias, la gente se dirige a bosquecillos especiales, que son casi como santuarios, donde todos invocan a los espíritus para que hagan llegar la lluvia. Muchos pueblos paganos tenían esta idea y tal vez todavía la tienen. Tenemos buenos ejemplos en los indígenas de Norte América con sus danzas de la lluvia.

¿Cuántas oraciones ha ofrecido la gente por causa del clima? Algo que el hombre tiene que admitir, por más inteligente que sea,

es que él no puede hacer nada para que caiga una sola gota de lluvia; el Señor todavía controla el clima, y a pesar de todo el sofisticado equipo meteorológico, los meteorólogos se siguen equivocando en sus predicciones.

En esta época de estantes repletos de alimentos en los supermercados, y de noticias acerca del tiempo que llegan cómodamente a nuestro hogar por medio de los televisores a color, es bueno que a la gente se le recuerde, junto con el pueblo de Zacarías, lo que dice el versículo 1: “Pedid a Jehová lluvia en la estación tardía. Jehová hará relámpagos y os dará lluvia abundante, y hierba verde en el campo a cada uno”.

Y según el conocimiento del clima y sus orígenes, no es ningún accidente que el Señor nos lleve al tema siguiente: los ídolos y los pastores falsos, que se apropiaron del mérito divino. Lo que decían esos hombres era su propia sabiduría, lo que el Señor calificó como mentiras y engaño. No era suficiente que los dioses fueran incapaces de predecir lo que iba a suceder; ¡hasta mentían!

Dios y su Palabra son la verdad; todo lo que separe de él es mentira. Cuando la gente escucha esas mentiras se desvía, como dice el texto: “Por eso el pueblo vaga como un rebaño”. También vagarán en lo espiritual, uniéndose a la pregunta de Pilatos: “¿Qué es verdad?” Sus dioses los llevarán de un error a otro. En el versículo dos el profeta Zacarías habla de mentiras y de vanidad por una razón: éstas son palabras que describen los esfuerzos de los ídolos y de los adivinos.

Con la descripción de las ovejas y del rebaño, ante nosotros, el versículo tres dirige nuestra atención a los pastores. La ira del Señor ardió contra ellos. La palabra que se traduce aquí como pastor también se puede traducir como “líder”. En el contexto de las ovejas, es evidente que el líder es un pastor; en el contexto del pueblo es cualquiera que tenga la capacidad de liderazgo.

El Señor nos dice que él será quien cuide a su pueblo. En el Nuevo Testamento lo conocemos como el Buen Pastor (Juan 10). Jesús quiere que todo pastor de su pueblo se conforme a su forma de pastoreo. Los versículos 2 y 3, nos muestran que el crimen de

los pastores fue no sólo que no guiaron al pueblo, sino que lo entregaron en las manos de sus enemigos. El Buen Pastor nunca haría eso, pero el asalariado “ve venir al lobo, y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa” (Juan 10:12).

Cuando el Señor guía a su pueblo, aunque a ellos se les describe como las ovejas, se vuelven “como su caballo de honor en la guerra... la clavija... el arco de guerra... valientes que en la batalla pisotean al enemigo en el lodo de las calles”. Y la razón se encuentra al final del versículo 5: “*Porque Jehová estará con ellos; y los que cabalgan en caballos serán avergonzados*”.

El himno de George Duffield: “Estad por Cristo firmes”, lo expresa de una manera muy bella:

Estad por Cristo firmes soldados de la cruz,
Alzad hoy la bandera en nombre de Jesús.
Es nuestra la victoria con él por capitán,
Por él serán vencidas las huestes de Satán.

(Culto Cristiano 403)

**6 «Yo fortaleceré la casa de Judá
y guardaré la casa de José.
Los haré volver,
porque de ellos tendré piedad;
serán como si no los hubiera desechado,
porque yo soy Jehová, su Dios,
y los oiré.**

**7 Será Efraín como valiente
y se alegrará su corazón//como con el vino;
sus hijos lo verán y también se alegrarán,
su corazón se gozará en Jehová.**

**8 »Yo los llamaré con un silbido//y los reuniré,
porque los he redimido;
serán multiplicados
tanto como lo fueron antes.**

9 Pero yo los esparciré entre los pueblos,

**y aun en lejanos países//se acordarán de mí;
vivirán con sus hijos y volverán.**

**¹⁰ Porque yo los traeré de la tierra de Egipto
y los recogeré de Asiria;
los traeré a la tierra de Galaad//y del Líbano,
y no les bastará.**

**¹¹ La tribulación pasará por el mar:
él herirá en el mar las ondas
y se secarán todas las profundidades//del río.
La soberbia de Asiria será derribada
y se perderá el cetro de Egipto.**

**¹² Yo los fortaleceré en Jehová,
y caminarán en mi nombre,
dice Jehová.»**

**11 ¡Líbano, abre tus puertas,
y que el fuego consuma tus cedros!**

**² Aúlla, ciprés,
porque el cedro cayó,
porque los árboles magníficos//son derribados.
Aullad, encinas de Basán,
porque el bosque espeso es derribado.**

**³ Voz de aullido de pastores,
porque su magnificencia es asolada;
estruendo de rugidos de cachorros//de leones,
porque la gloria del Jordán es destruida.**

Quando Jesús habló del asalariado, en el capítulo 10 de Juan, mostró que el mayor pecado de ese hombre es la falta de compasión. Para el asalariado las ovejas son solamente animales; ante la primera amenaza de peligro hacia su persona, las abandona para que se valgan por ellas mismas. Pero el Señor es el Buen Pastor. En el versículo 6, leemos acerca de su compasión por su pueblo. Siente compasión por su pueblo, y el Gólgota es la prueba máxima de esa compasión.

Este sentimiento de compasión no se puede fabricar, es un sentimiento similar al que una madre siente cuando mira a su hijo. En otro lugar de la Biblia la Palabra plantea esta pregunta: “¿Puede una madre olvidarse del hijo al que amamanta?” El Señor tampoco puede olvidar a los suyos; los ama y se compadece de ellos.

Los versículos 6-12, hablaron de la dura disciplina de Dios para con su pueblo. Él los “desechó” y los “esparció”; lo hizo porque no podía soportar el pecado ni la rebelión de ellos. Por otro lado, el Señor se compadece en su misericordia, y estos versículos también nos lo demuestran: “Yo los llamaré con un silbido, y los reuniré... y volverán... yo los fortaleceré”. Ese es el dulce evangelio, es la razón por la que nosotros también nos podemos unir a Efraín en el versículo 7: “Se alegrará su corazón como con el vino; sus hijos los verán y también se alegrarán; su corazón se gozará en Jehová”.

El versículo final del capítulo 10, habla del nombre del Señor. El nombre del Señor lo representa: él es su Nombre. Cuando Moisés le preguntó al Señor quién era, él respondió “YO SOY”. Cuando Dios anunció su nombre en Éxodo 34, habló de su esencia misma, dando su nombre propio: “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira; y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación” (versículos 6 y 7). El Nombre de Dios es el evangelio, pero también es la ley.

Este conocimiento del nombre de Dios determina la manera en que andamos en la vida. “Yo los fortaleceré en Jehová, y caminarán en mi nombre”.

La profecía que comenzó en el versículo 1 del capítulo 9, termina ahora en los tres primeros versículos del capítulo 11. Es un cuadro de la naturaleza que menciona los cedros, cipreses, encinas, bosque espeso, y leones. “Los cielos cuentan la gloria de

Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” dice el salmista (Salmo 19:1).

En estos versículos se invoca a la creación a lamentar la venida del juicio de Dios. “Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Romanos 8:22).

Gracia y Ataduras - Dos Pastores

⁴ Así ha dicho Jehová, mi Dios: «Apacienta las ovejas destinadas a la matanza, ⁵ a las cuales matan sus compradores sin sentirse culpables; y el que las vende dice: “Bendito sea Jehová, porque me he enriquecido.” Ni aún sus pastores tienen piedad de ellas. ⁶ Por tanto, no tendré ya más piedad de los habitantes de la tierra, dice Jehová. Entregaré a los hombres, a cada uno en manos de su compañero y en manos de su rey. Ellos asolarán la tierra y yo no los libraré de sus manos.»

⁷ Apacenté, pues, las ovejas destinadas a la matanza, esto es, a los pobres del rebaño. Tomé para mí dos cayados: a uno le puse por nombre Gracia, y al otro, Ataduras. Apacenté las ovejas, ⁸ y en un mes despedí a tres pastores, pues mi alma se impacientó contra ellos, y su alma también se hastió de mí.

⁹ Entonces dije: «¡No os apacentaré más! ¡La que prefiera morir, que muera; si alguna se pierde, que se pierda! ¡Las que queden, que se coman unas a otras!»

Este capítulo es una profecía de El Pastor, Jesús. Hay una descripción simbólica y una personificación en los dos cayados, la Gracia y la Unión (Ataduras), que describen dos aspectos de las bendiciones que el pueblo antiguo de Dios iba a recibir bajo el gobierno del Buen Pastor.

Esto no significa que porciones de la profecía mencionada aquí no se cumplieron en los días de Zacarías (el deshacerse de los tres

pastores en un mes, por ejemplo, o el rechazo del pueblo al ministerio de Zacarías). Sin embargo, las palabras encontraron en última instancia su perfecto cumplimiento en el Salvador. Eso nos impacta, al leer en la historia de la pasión, la repetida afirmación: “Estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura” (Juan 19:36).

Los versículos 4-6, hablan de la desdicha del Pastor con su pueblo. El pueblo deseaba tener otros pastores en lugar de él, deseaba la clase que ministraba solamente por el dinero, el tipo de pastor que decía (y tal vez *todavía* dice): “Alabado sea el Señor, soy rico”. Cuando el verdadero Pastor y Profeta es rechazado, al final tendrá que decir: “Como ustedes quieran. Si no están de mi lado, entonces están contra mí, y ciertamente ustedes tendrán que sufrir las consecuencias”. En el texto Jehová dijo: “Yo no los libraré de sus manos”. El deseo de los que rechazan al Pastor se convierte en su castigo.

Según las propias palabras de Jesús, hay sólo dos tipos de pastores: los buenos y los malos. Lo que nos estremece, en el capítulo 11, es que ¡las ovejas llaman al Buen Pastor malo! “Y su alma también se hastió de mí”. Jesús es el Buen Pastor pero a ellos no les importaba; el terco rebaño gritaba: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!” (Juan 19:6). Él dio su vida por ellos, pero eso no los impresionó.

Este rechazo entristeció a Jesús que se lamentó, diciendo: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (Mateo 23:37). Las palabras que usan los evangelistas para describir el lamento de Jesús no muestran sólo el temblor de los labios y tal vez una lágrima solitaria que le resbala por la mejilla; no, describen un llanto de dolor, profundo y desesperado.

Llegará el tiempo en el que el Buen Pastor hará su declaración final: “No os apacentaré.” Eso encuentra su cumplimiento final en las horribles palabras del juicio: “Apartaos de mí, malditos, al

fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41). Por fin llegará también el tiempo cuando el Señor romperá los dos cayados, Gracia y Unión (Atadura).

Cantamos: “Oh, qué amigo nos es Cristo”. Confesamos que, aunque Dios quiere ser nuestro amigo y que le llevemos todo a él en oración, no lo hacemos. Nuestro Dios quiere ser nuestro Amigo, como quería ser el amigo del pueblo de Zacarías. Tanto para jóvenes como para ancianos, la amistad significa mucho, ¡y el Señor Dios quería pastorear a su pueblo con el cayado llamado Gracia! Quería ser su Amigo.

Ataduras, también. La unión es muy importante en la vida: “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es que habiten los hermanos juntos en armonía!” (Salmo 133:1). Cuánto mejor es esta unidad cuando existe entre Dios y su pueblo. Esta comunión existe no porque Dios haya disminuido sus exigencias de justicia, más bien llega sólo porque Dios el Padre ha abierto un camino por medio de su Hijo Jesús por el que todo pueblo se puede unir verdaderamente a él.

No podemos estar seguros de quiénes son los tres pastores a los que despidió en un mes (versículo 8). Eran una amenaza para el rebaño. El pastor, que aquí es el profeta y que en la profecía mayor es Jesús mismo, había actuado como los buenos pastores: Terminaron la amenaza; pero esa acción tampoco fue apreciada. El rebaño los detestaba, aun cuando trataban de protegerlos. ¡Las ovejas se volvieron contra su propio pastor!

Con razón el pastor reconoció, “Mi alma se impacientó contra ellos”. Siglos antes el faraón había persistido en endurecer su corazón, y finalmente el Dios de la paciencia infinita dijo, “Endurézcanse, entonces”. Y el corazón de piedra se hundió en el Mar Rojo. “La que se haya de morir, que se muera; y la que haya de desaparecer, que desaparezca”. Ese es el resultado horrible pero inevitable de detestar al pastor.

¹⁰ Tomé luego mi cayado Gracia y lo quebré, para romper el pacto que había concertado con todos los pueblos. ¹¹ El pacto quedó deshecho ese día, y así conocieron los pobres del rebaño que me observaban que aquélla era palabra de Jehová. ¹² Yo les dije: «Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo.» Entonces pesaron mi salario: treinta piezas de plata.

¹³ Jehová me dijo: «Échalo al tesoro. ¡Hermoso precio con que me han apreciado!» Tomé entonces las treinta piezas de plata y las eché en el tesoro de la casa de Jehová., ¹⁴ Quebré luego el otro cayado, Ataduras, para romper la hermandad entre Judá e Israel

Finalmente, el cayado llamado Gracia fue quebrado, simbolizando así que Dios retirará su ofrecimiento misericordioso. “¿Hasta cuándo, oh Señor?” claman doblemente en los cielos los santos. ¿Hasta cuándo salvarás a tu pueblo? ¿Cuándo enjuiciarás a los que te han desairado?

Finalmente se anula el pacto con los descontentos. En realidad ellos mismos fueron los que lo cancelaron. Y en ese día cuando al fin se termine la paciencia de Dios contra los incrédulos de este mundo, sabrán que ellos mismos tienen la culpa: “Conocieron los traficantes (NVI) ³ del rebaño que me observaban, que aquella era palabra de Jehová”. Como Noé y su familia oyeron el estruendo de la tormenta, y los gritos de los que se ahogaban fuera del arca, así también supieron que el horrible juicio era la palabra del Señor: no permitiría que su misericordioso ofrecimiento fuera pisoteado.

Lo increíble es lo poco que el mundo valora a los pastores. ¿Cuánto vale un pastor fiel? (Recuerde que el modelo de todos los pastores es Jesús). El mundo no valora mucho el trabajo de estos hombres que se preocupan por el bienestar espiritual de las almas que están bajo su cuidado. Jesús, el Buen Pastor, sólo valió treinta monedas de plata. Si Judas hubiera guardado el dinero no se habría enriquecido; el campo del alfarero, situado en los alrededores de Jerusalén, no era un terreno de primera calidad, permaneció como

un monumento a lo que el mundo pensaba de los pastores en general y de *el* Pastor en especial.

El pueblo de Zacarías pagaba más por el cuidado del cuerpo, que lo que pensaba que debía pagar por el cuidado del alma. Naamán, el leproso, llegó a donde el profeta para que le curara el cuerpo con 340 kilos de plata y 68 kilos de oro (2 Reyes 5:5). Pero la salvación y la curación del alma... pues sólo ¡treinta monedas de plata!

Era un insulto para la sangre del Cordero. Su obra de salvación fue gratuita, pero de ninguna manera se pagó a bajo precio. No se consiguió con treinta sucias monedas, sino con su santa y preciosísima sangre, con su sufrimiento inocente, y con su muerte.

Las palabras que el Señor dijo por medio del profeta están preñadas de sarcasmo: “¡Hermoso precio en que me han valorado!”

Y el versículo 14 nos dice que el cayado llamado Ataduras (Unión) también fue quebrado.

La verdadera unión, ya sea entre Judá e Israel o entre dos partidos cualesquiera, depende de su creencia en Dios. Donde no existe ningún acuerdo acerca de la manera en que creemos en el Dios trino, no puede haber verdadera unión. ¿Cómo puede existir cuando lo más importante en la vida está en duda? Eso es verdad: en la iglesia, en el estado, y hasta en el matrimonio. Es verdad entre todas las personas en cualquier situación. Este hecho permanece: “¿Qué armonía tiene Cristo con el diablo? ¿Qué tiene en común un creyente con un incrédulo?” (2 Corintios 6:15, Nueva Versión Internacional).

¹⁵ Jehová me dijo: «Toma ahora los aperos de un pastor insensato; ¹⁶ porque yo levanto en la tierra a un pastor que no visitará las perdidas, ni buscará la pequeña, ni curará la perniquebrada, ni llevará la cansada a cuestras, sino que comerá la carne de la gorda y romperá sus pezuñas.

**¹⁷»¡Ay del pastor inútil
que abandona el ganado!
¡Que la espada hiera su brazo//y su ojo derecho!
¡Que se le seque del todo el brazo
y su ojo derecho quede enteramente//oscurecido!«**

“¿No quieren al Buen Pastor? Entonces, tengan un mal pastor”.
Ese es el veredicto de Dios.

En contraste con el mal pastor, el buen pastor hará lo que la lista a continuación resume en cuanto a su obra: (1) Busca a los que están perdidos, (2) busca a los jóvenes, tanto de edad como de fe, (3) trabaja para sanar a los que han sido heridos en su fe (en el espíritu de Gálatas 6:1: “Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros los que son espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre”), y (4) trabaja continuamente para proveer para las necesidades de los sanos para que puedan permanecer así. Por su parte, el mal pastor hace todo lo contrario.

El versículo final del capítulo contiene el ¡ay! final. Aquí se habla de un juicio tanto para el rebaño como para el pastor; al rebaño porque odiaba al buen pastor, y al pastor porque no cumplió con los deberes sagrados propios de su profesión. Según la descripción de este versículo el mal pastor terminará su existencia en estado de invalidez. Le serán quitados sus ojos, sus manos, y las habilidades, que usó para explotar y robar. Como en el caso de la parábola de los mayordomos del Nuevo Testamento, a los infieles se les arrebatará hasta lo que tenían.

Los enemigos de Jerusalén serán destruidos

Una profecía

12 Profecía. Palabra de Jehová acerca de Israel.
Jehová, que extiende los cielos, funda la tierra y forma el espíritu del hombre dentro de él, ha dicho: ²«Yo pongo a Jerusalén como una copa que hará temblar a todos

los pueblos de alrededor; también contra Judá, cuando se ponga sitio a Jerusalén. ³ En aquel día yo pondré a Jerusalén como una piedra pesada para todos los pueblos; todos los que intenten cargarla serán despedazados. Y todas las naciones de la tierra se juntarán contra ella. ⁴ En aquel día, dice Jehová, heriré con pánico a todo caballo, y con locura al jinete; pero pondré mis ojos sobre la casa de Judá y a todo caballo de los pueblos heriré con ceguera. ⁵ Entonces dirán los capitanes de Judá en su corazón: “La fuerza de los habitantes de Jerusalén está en Jehová de los ejércitos, su Dios.” ⁶ En aquel día pondré a los capitanes de Judá como brasero de fuego entre la leña y como antorcha ardiendo entre gavillas; consumirán a diestra y siniestra a todos los pueblos alrededor, mientras los habitantes de Jerusalén otra vez vivirán en su propia ciudad.

⁷ »Jehová libraré las tiendas de Judá primero, para que la gloria de la casa de David y del habitante de Jerusalén no se engrandezca sobre Judá. ⁸ En aquel día Jehová defenderá al habitante de Jerusalén; el que entre ellos sea débil, en aquel tiempo será como David, y la casa de David será como Dios, como el ángel de Jehová que va delante de ellos. ⁹ En aquel día yo procuraré destruir a todas las naciones que vengan contra Jerusalén.

En este capítulo comienza otra sección profética que continúa hasta el final del libro. En ella Zacarías nos describe lo que el Señor va a hacer por su pueblo Israel. Los pueblos que lo rodeaban serán mencionados también porque tienen algo que ver con las promesas. Por desgracia, las buenas noticias para Judá serán malas para las otras naciones.

En los versículos 1-5, el Señor vuelve al comienzo, a la creación. Al presentarse como el libertador y protector de su pueblo qué mejor ejemplo que señalar el comienzo de la creación. Si él pudo extender el cielo sobre la tierra y pudo poner los

cimientos de este mundo sobre la faz de las profundidades; si él pudo formar el espíritu del hombre, ¿no podría también encargarse de los problemas y de los peligros presentes?

Los problemas del pueblo de Dios parecían grandes hasta que fueron puestos en la perspectiva correspondiente. El Dios de la creación se encargará fácilmente de ellos.

No era que la gente fuera a escapar sin problemas. Los versículos 2 - 4, hablan de las tribulaciones y los tiempos difíciles, del sitio y de la batalla. Pero Jesús le pidió a su Padre por todos sus discípulos: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal” (Juan 17:15). Y el pueblo de Dios sigue en pie como el Creador le prometió al pueblo de Zacarías. Son una roca inmovible para todos los pueblos.

Firme en la roca eterna y fiel
Triunfa la iglesia de Cristo.
Caigan en ruinas torres mil,
Tonos solemnes aún llaman;
Llaman a todos con fervor,
Al fiel, al triste, al pecador,
Su ansia a trocar en sosiego. (Culto Cristiano 131)

El Señor protege de dos maneras. Lo primero que prometió hacer fue que su pueblo sea inexpugnable. Ellos serán como una roca que nadie podrá mover. Si los enemigos lo intentan, sólo se herirán las manos y se quebrarán la espalda. Dios también había prometido hacer que el enemigo fuera incapaz de pelear. Él herirá al caballo y al jinete con pánico y locura. Así actuaba Dios en realidad. Tenemos muchos ejemplos de esto en las Escrituras, y uno de ellos es el conflicto de Madián contra Gedeón. Cuando los madianitas invadieron la tierra de Israel, Dios hizo que las espadas del enemigo se volvieran contra ellos mismos (Jueces 7).

El versículo 5, afirma la seguridad de los pueblo de Dios; ellos eran fuertes cuando Dios estaba con ellos y porque Dios estaba con ellos. La historia de Israel es una historia de extremos, de fluctuación incesante entre los dos polos de fuerza y de debilidad. También es la historia de nuestra propia vida; nuestra debilidad se

vuelve insoportable cuando nos apartamos del origen de nuestra fuerza, pero hasta la debilidad se transforma en poder cuando permanecemos con nuestro Dios. El apóstol dijo: “Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Corintios 12:10).

Los versículos 6 - 9, continúan con el tema de la liberación. El Señor se hizo más elocuente, hizo promesas arrasadoras de ayuda y de salvación. Parece que cuando habla se deja llevar por su poder y por su promesa.

El versículo 6, describe un poder irresistible. La leña no puede resistir las llamas del fuego, un montón de gavillas no resiste la antorcha; en ambos casos el fuego gana fácilmente. Es la naturaleza del combustible sucumbir ante el fuego. Así es la comparación que hace Dios acerca del resultado final de la lucha entre el bien y el mal, entre su pueblo y los que están en su contra.

Para agrandar su milagro, Dios promete que salvará lo que era débil (versículos 7-9). El Señor se encargó de recalcar que él salvó primero las tiendas de Judá antes que la ciudad amurallada de Jerusalén. En el versículo 8 habló del más débil... del que no se pudo sostener por él mismo. Aquí la palabra débil significa tambalearse o tropezar. Cuando David le demostró amabilidad, Mefi-boset, el hijo de Jonatán dijo: “¿Quién es tu siervo para que mires a un perro muerto como yo?” (2 Samuel 9:8). Ahora el cuadro de fuerza y de capacidad va de los que son como Mefi-boset a David; de David a Dios mismo. ¡Qué demostración de poder!

El cuadro final es la descripción del Ángel del Señor avanzando al frente del pueblo. En otra parte de la Biblia a este ser celestial se le identifica con Jesús, el Dios encarnado. Es Dios mismo en forma humana visible, que va delante de su pueblo luchando por ellos como lo dijo el escritor del himno:

Estad por Cristo firmes, soldados de la cruz;
Alzad hoy la bandera en nombre de Jesús.
Es nuestra la victoria, con él por capitán;
Por él serán vencidas las huestes de Satán.

(Culto Cristiano 403)

¡Retribución divina! A Dios le corresponde la venganza; el pagará. “Y en aquel día yo procuraré destruir a todas las naciones que vengan contra Jerusalén”.

Duelo por el que traspasaron

¹⁰»Pero sobre la casa de David y los habitantes de Jerusalén derramaré un espíritu de gracia y de oración. Mirarán hacia mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por el hijo unigénito, y se afligirán por él como quien se aflige por el primogénito. ¹¹ En aquel día habrá gran llanto en Jerusalén, como el llanto de Hadad-rimón en el valle de Meguido. ¹² Esta tierra se lamentará, familia por familia; la familia de la casa de David por su lado, y sus mujeres aparte; la familia de la casa de Natán por su lado, y sus mujeres aparte; ¹³ la familia de la casa de Leví por su lado, y sus mujeres aparte; la familia de Simeí por su lado, y sus mujeres aparte; ¹⁴ y así todas las otras familias, cada una por su lado, y sus mujeres aparte.»

Hay alguna incertidumbre en cuanto a si el espíritu del versículo 10 se refiere al Espíritu Santo, o si es un espíritu dado al pueblo, es decir un espíritu motivador o una actitud. Podrían ser ambos. Así se lee en el Salmo 51:10-12: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de delante de ti, y no retires de mí tu santo Espíritu”.

Al espíritu del versículo 10 se le asocia con la gracia y con la oración. Esos dos atributos ciertamente hablan del Espíritu Santo de Dios. La palabra en hebreo que aquí se traduce como “gracia” significa también “encanto” o “favor”.

Romanos capítulo 8 hace la conexión de que cuando hablamos del Espíritu Santo hablamos también del espíritu que tenemos como resultado de su obra: “ocuparse del Espíritu es vida y paz” (versículo 6). El favor de Dios está en nosotros cuando tenemos el privilegio de llamarlo Padre: “Habéis recibido espíritu de

adopción como hijos, por el cual clamamos: ¡Abbá, Padre” (Romanos 6:15). Y los versículos 26 y 27 del mismo capítulo hablan del favor y de la gracia de que disfrutamos como resultado de la intercesión del Espíritu por nosotros: “El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos”.

También es la obra del Espíritu Santo que el pueblo de Dios se duela por su impiedad. En las palabras de contrición de David por su pecado con Betsabé en el Salmo 51 mencionó varias veces el Espíritu de Dios: no me quites tu Espíritu Santo. Y a Ananías, que no se afligió por su mentira, Pedro le preguntó: “... ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?” (Hechos 5).

El arrepentimiento que obra el Espíritu de Dios trae un llanto de pesar, de pérdida, y de penuria. Las Confesiones Luteranas describen el arrepentimiento sincero como: “El terror que hace que remuerda la conciencia por el conocimiento del pecado”. Alguien ha muerto. Alguien debe morir. Somos culpables. Y el pueblo de Zacarías fue traído junto con todo el pueblo al pie de la cruz donde también ellos vieron al que han traspasado.

En 2 Crónicas 35:20 y siguientes dice que fue en el campo de Meguido donde los arqueros del faraón Neco de Egipto le dispararon al buen rey Josías y lo mataron. El versículo 24 dice: “Lo sepultaron en los sepulcros de sus padres. Y todo Judá y Jerusalén hicieron duelo por Josías”. El desconsuelo que describe Zacarías es como el que se siente por la pérdida del primer y único hijo, el de un buen rey.

Lo horrible es que no sentimos más dolor por lo que hemos hecho. ¡Nosotros junto con el pueblo de Zacarías matamos al Hijo de Dios! Sin embargo, cuando se predica su mensaje en las iglesias la gente se aburre, bosteza, y mira disimuladamente su reloj en espera de que se termine la predicación.

Esta horrible indiferencia también la sintió el autor del himno que confesó:

Mas si su gracia rechazáis,
Su amor mirando con desdén,
Entristecido marchará,
Y en vano luego clamaréis.
¡Es tarde ya! Dirá la voz:

“Fuese Jesús de Nazaret.” (Culto Cristiano 42:5)

A esto nosotros también nos unimos: Señor, disuelve en llanto mi corazón y mis ojos. Pero nosotros mismos no podemos producir esta contrición. Deseamos este Espíritu de gracia y de súplica que nos conduce al arrepentimiento sincero de nuestros pecados. Perdónanos, Espíritu perdonador, por nuestra falta de lágrimas.

Los versículos 12 y 13 enumeran los clanes y familias, esposas e hijos... ¡todos! Este no era un duelo político con todo su respetable séquito de dolientes. El sufrimiento profundo lo sentiría cada uno por igual... padres, madres, niños y niñas. Todos tienen razón para llorar mientras luchan por subir la cuesta del Gólgota para contemplar al que traspasaron.

Limpieza del pecado

13 «En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia. ² Y en aquel día, dice Jehová de los ejércitos, quitaré de la tierra los nombres de las imágenes, y nunca más serán recordados; también exterminaré de la tierra a los profetas y al espíritu de inmundicia.

³ »Y acontecerá que si alguno continúa profetizando, le dirán el padre y la madre que lo engendraron: “Tú no vivirás, porque has hablado mentira en el nombre de Jehová.” Y el padre y la madre que lo engendraron lo traspasarán cuando profetice. ⁴ Sucederá en aquel tiempo,

que todos los profetas se avergonzarán de su visión cuando profeticen; nunca más vestirán el manto velloso para mentir. ⁵ Cada cual dirá: “No soy profeta; labrador soy de la tierra, pues he estado en el campo desde mi juventud.” ⁶ Y si alguien le pregunta: “¿Qué heridas son éstas en tus manos?”, él responderá: “Las recibí en casa de mis amigos.”»

En 1771 William Cowper escribió la estrofa:

Hay una fuente sin igual
De sangre de Emmanuel,
En donde lava cada cual
Las manchas que hay en él. (Culto Cristiano 50)

El autor de este himno se inspiró en el versículo primero de este capítulo, que continúa y describe la manera en que el Señor exterminará de la tierra la religión falsa... en aquel tiempo. Hablamos con anhelo de él cuando decimos: ¡Ése será el día!, cuando nuestra iglesia ya no esté plagada de maldad ni de falsedad; cuando el diablo ya no se robe a nuestros miembros de la iglesia y los convierta en extraños que confiesan una ideología religiosa contraria a la Escritura.

Cuando el Señor habla de ese día, es claro que no tenemos un año, ni mes, ni día, definidos. Pero sí vemos, como lo vemos en toda profecía, diferentes pasos de su cumplimiento. Así como el fin del mundo en Mateo 24 y 25 se muestra en diferentes etapas, habiendo sucedido algunos de los acontecimientos mencionados, así pasa en la profecía de Zacarías. Es verdad que hubo ocasiones en la historia de la casa de Israel en que se hizo una limpieza espiritual cuando fueron arrojados del país los malos profetas.

La historia del pueblo de Dios, en realidad, es una larga repetición de cómo ellos se deshicieron del mal por medio de los jueces y los profetas, sólo para descubrir después que el pecado se había arraigado en ellos otra vez en la forma de religiones falsas.

La Reforma de la iglesia en el siglo 16 es un ejemplo de aquel día en que, hasta cierto grado, el demonio, los malos profetas y el pecado serán desarraigados por completo de la tierra.

El himno 305:4 del Culto Cristiano nos dice de Jesús: “En ti la fiel Palabra trae gracia y salvación.” Como herederos de la Reforma nosotros vivimos en una época en la que se predicán ampliamente las buenas nuevas del perdón completo y gratuito en Cristo.

El día de la limpieza final será el día del juicio. Apocalipsis 20:10 lo predice: “El diablo que los engañaba fue lanzado al lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.” ¡Notemos que esta profecía que es para el futuro, se ha escrito como si ya se hubiera cumplido! ¡Porque Dios lo dice, es tan cierta como si ya hubiera sucedido! Zacarías, el profeta de Dios, había hablado; y sucederá como él lo predijo.

La verdad de Dios permanecerá por siempre. El versículo 3 nos hace ver que hasta los vínculos familiares más cercanos entre los seres humanos, los que existen entre los padres, padre y madre, serán ignorados si se interponen en el camino de la verdad. Los padres ni siquiera defenderán a sus propios hijos si ellos obstaculizan el camino de la verdad. Los falsos profetas serán obligados a buscar otro oficio, como la agricultura, algo completamente diferente al trabajo impío que antes hacían. Y el versículo 6 está vinculado con el versículo 3. Hasta los amigos se levantarán unos contra otros y se herirán si manipulan la verdad de Dios.

¡Qué día tan grande será cuando el Señor finalmente le ponga fin a toda religión falsa! Los santos del cielo claman, ¿por cuánto tiempo? Y nosotros nos unimos a ellos.

El pastor herido, las ovejas dispersadas

**⁷ «¡Levántate, espada, contra el pastor
y contra el hombre que me acompaña!,
dice Jehová de los ejércitos.**

Hiere al pastor y serán dispersadas//las ovejas;

**yo tornaré mi mano//contra los pequeñitos.
8 Y acontecerá en toda la tierra,
dice Jehová,
que dos tercios serán exterminados//y se perderán,
mas el otro tercio quedará en ella.
9 A este tercio lo meteré en el fuego,
lo fundiré como se funde la plata,
lo probaré como se prueba el oro.
Él invocará mi nombre,
y yo lo oiré.
Yo diré: “Pueblo mío”,
y él dirá: “Jehová es mi Dios.”»**

El Señor de los ejércitos dijo estas palabras, él es Dios el Padre. Esta sección está encerrada entre comillas

El pastor que se menciona no es otro que Jesucristo mismo, el Buen Pastor. Jesús citó estas palabras en la noche antes de su muerte (Marcos 14:27), cuando se sentó con sus discípulos a comer por última vez, él sabía que la espada del profeta Zacarías pronto lo iba a herir. También sabía que las ovejas iban a quedar esparcidas a merced del frío viento nocturno de Getsemaní que soplaba a través de Jerusalén, llegando incluso hasta el camino a Emaús: “Nosotros esperábamos que él fuera el que había de redimir a Israel” (Lucas 24:21).

Los versículos 8 y 9 hablan de la refinación de los metales preciosos, del oro y la plata. Desde la muchedumbre del Domingo de Ramos, al puñado de personas del Jueves Santo, a los apesadumbrados grupitos del Domingo de Pascua de Resurrección, era el tiempo de refinar “en toda la tierra” como lo describe el versículo 8. Y la iglesia había cambiado. Los discípulos que antes de la muerte de Jesús temían la persecución, hasta le darán la bienvenida después de la muerte de Jesús. Cuando fueron golpeados, se regocijaron por haber sido considerados dignos de sufrir afrenta por causa del Nombre que conocían y veneraban

(Hechos 5:41); y como Zacarías lo había predicho, invocaron este Nombre. Este era un oro que había sido refinado.

La purificación que lleva a cabo el Señor no es un proceso destructivo, sino constructivo. El resultado es que decimos: “Jehová es nuestro Dios”, y él a su vez nos mira para eliminar nuestra escoria y para refinar nuestro oro y decir: “Es mi pueblo”.

La purificación se lleva a cabo por medio del fuego. Los fuegos de la vida sencillamente nos enseñan a decir más y más, “el Señor Jehová es mi Dios. Solamente él se puede interesar tanto en lo bueno y en lo malo que hay en mí...el Señor es mi Dios. Él hace esto para que yo me vuelva más y más como él en pensamiento y en ser... el Señor es mi Dios. ¿Cómo puedo ser impuro si el Señor es mi Dios? ¿Cómo puedo pensar en tratar de escapar del fuego de la purificación si el Señor es mi Dios! Y cuando la fe se debilite y parpadee dentro de mi corazón, ¡el Señor es mi Dios! Cuando llegue la muerte y entre al solitario valle de las sombras... ¡el Señor es mi Dios!”

El resultado del fuego es que el pueblo de Dios es puro... seguro... valioso... por toda la eternidad. Somos diferentes porque Jesús fe herido; tenemos la cruz, y eso hace la diferencia. ¿Qué sería de nuestra iglesia sin esta cruz, este símbolo de que en verdad el Padre pasó la vida de su propio Hijo por la espada para abrir un camino para salvar la nuestra? Por medio del terrible sacrificio del Pastor, el Padre ahora dice: éste es mi pueblo.

El Señor viene y reina

14 Viene el día de Jehová,
y en medio de ti serán repartidos//tus despojos.

² Porque yo reuniré a todas las naciones
para combatir contra Jerusalén.

La ciudad será tomada,
las casas serán saqueadas,
y violadas las mujeres.

**La mitad de la ciudad irá al cautiverio,
pero el resto del pueblo//no será sacado de la ciudad.**

**³ Después saldrá Jehová//y peleará contra aquellas
naciones,
como peleó en el día de la batalla.**

**⁴ En aquel día se afirmarán sus pies//sobre el Monte de
los Olivos,
que está en frente de Jerusalén,//al oriente.**

**El Monte de los Olivos se partirá por la mitad, de este a
oeste, formando un valle muy grande; la mitad del monte se
apartará hacia el norte, y la otra mitad hacia el sur. ⁵Y
huiréis al valle de los montes, porque el valle de los montes
llegará hasta Azal.**

**Huiréis de la manera que huisteis//a causa del terremoto
en los días de Uzías, rey de Judá.**

**Y vendrá Jehová, mi Dios,
y con él todos los santos.**

El último capítulo de Zacarías es una profecía que da la misma descripción de la profecía anterior (vea los comentarios acerca del versículo 1 en el capítulo 13).

Es evidente que el Señor habla en lenguaje figurado en este último capítulo cuando habla de montes que se parten, de días sin luz, de tiempo sin frío,⁴ cuando el curso normal de la naturaleza se invierte con la luz diurna llegando al atardecer. La profecía de estos versículos se sazona con condimentos familiares para darnos un sabor de lo que se acerca: ¡EL GRAN DÍA!

Durante la larga historia de Israel, con frecuencia el Señor usó a las naciones vecinas para castigar a su pueblo; y después de que lo habían hecho, él a su vez las castigaba a ellas. Éste era un patrón que Dios había establecido y es un patrón que se extiende al futuro. Después de las atrocidades del sitio y de la destrucción que trae

consigo la guerra (el saqueo y las violaciones), sigue un gran cambio cuando el Señor se vuelve a su pueblo y lo defiende.

Las descripciones que se dan aquí no encajan con ningún acontecimiento histórico en particular; la frase “la mitad de la ciudad” lo demuestra, porque no sabemos de ningún exilio histórico en que se llevaran a la mitad de la población y dejaran a la otra mitad. Pero el hecho claro de estos versículos es que, sin importar el mal que cayera sobre el pueblo de Dios, él iba a luchar por ellos. Cuando él se acercaba el trueno lo anunciaba, lo que hacía que se sacudieran los montes; así vino él para rescatarlos, como sucedió en el monte Sinaí (Éxodo 19:16 y ss). El Señor dijo por medio del profeta Isaías: “Porque los montes se apartarán, y los collados serán sacudidos, pero no se apartará de ti mi misericordia” (Isaías 54:10). Juan, el gran precursor de Jesús, dijo: “Todo valle será rellenado. Y todo monte y collado será rebajado” (Lucas 3:4). Zacarías en estos versículos habló de las montañas que se parten y de valles que se forman donde hay seguridad y protección.

Jesús ya viene, y Zacarías tiene razón al decir: “Y vendrá Jehová, mi Dios, y con él todos los santos”. “Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él” (1 Tesalonicenses 4:14).

¡En ese día!

**⁶ Acontecerá que en ese día no habrá luz,
ni frío, ni hielo.**

**⁷ Será un día único//sólo conocido por Jehová,
en el que no habrá ni día ni noche,
pero sucederá que al caer la tarde//habrá luz.**

**⁸ En aquel día saldrán de Jerusalén//aguas vivas,
la mitad de ellas hacia el mar oriental
y la otra mitad hacia el mar occidental,
en verano y en invierno.**

⁹ Y Jehová será rey sobre toda la tierra.

En aquel día, Jehová será único,

y único será su nombre.

¹⁰ Toda esta tierra se volverá como llanura

desde Geba hasta Rimón, //al sur de Jerusalén;

será enaltecida y habitada en su lugar,

**desde la puerta de Benjamín //hasta el lugar de la puerta
primera**

y hasta la puerta del Ángulo,

y desde la torre de Hananeel //hasta los lagares del rey.

¹¹ Morarán en ella //y no habrá nunca más maldición,

sino que morarán confiadamente //en Jerusalén.

Lo impactante de estos versículos es el paralelo que tienen en la revelación del Nuevo Testamento acerca de la venida de Jesús y de su nueva Jerusalén. Zacarías dijo que es un día conocido por el Señor. Jesús mismo dirá: “Pero de aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni aun los ángeles del cielo, sino sólo mi Padre” (Mateo 24:36).

Zacarías dijo: “Será un día único... en el que no habrá día ni noche... pero sucederá que al caer la tarde, habrá luz”. El apóstol Juan dirá: “La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella: porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hayan sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche” (Apocalipsis 21:23-25). Zacarías dijo: “En aquel día... saldrán de Jerusalén aguas vivas...” El libro de Apocalipsis dirá también: “Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero.” (Apocalipsis 22:1). Zacarías dijo: “Y Jehová [el Señor] será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será único, y único será su nombre”. El apóstol Pablo añadió: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le otorgó el nombre que es sobre

todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es SEÑOR, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:9-11).

Zacarías habló de todo, excepto de la destrucción de Jerusalén que se convertirá como el área al sur del mar Muerto, el desierto de Arabá. Pedro dirá: “Pero el día del Señor vendrá como un ladrón en la noche; en el cual los cielos desaparecerán con gran estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 Pedro 3:10).

¡Qué hermoso testimonio son estas comparaciones de las profecías! Qué bien describen este grandioso día que ciertamente viene y que los profetas vieron de una manera tan clara por tanto tiempo. Y las palabras adicionales del apóstol Pedro a su pueblo son muy apropiadas para que las oigamos: “Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡como no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán!” (2 Pedro 3:11,12).

¡En ese día!

El Señor viene y reina

¹² Ésta será la plaga con que herirá Jehová a todos los pueblos que pelearon contra Jerusalén: su carne se corromperá cuando aún estén con vida, se les consumirán en las cuencas sus ojos y la lengua se les deshará en la boca.

¹³ En aquel día habrá entre ellos//un gran pánico enviado por Jehová;

**cada uno agarrará la mano//de su compañero,
y levantarán la mano unos contra otros.**

¹⁴ Judá también peleará en Jerusalén.

Entonces serán reunidas las riquezas//de todas las

naciones de alrededor:

oro, plata y ropas de vestir, // en gran abundancia.

¹⁵ Así también será la plaga de los caballos, de los mulos, de los camellos, de los asnos y de todas las bestias que estén en aquellos campamentos.

¹⁶ Todos los que sobrevivan de las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, a Jehová de los ejércitos, y para celebrar la fiesta // de los Tabernáculos.

¹⁷ Y acontecerá que si alguna familia de la tierra no sube a Jerusalén para adorar al Rey, a Jehová de los ejércitos, no habrá lluvia para ellos. ¹⁸ Y si la familia de Egipto no sube ni viene, no habrá lluvia para ellos, sino que vendrá la plaga con que Jehová herirá a las naciones que no suban a celebrar la fiesta de los Tabernáculos. ¹⁹ Ésta será la pena del pecado de Egipto y del pecado de todas las naciones que no suban para celebrar la fiesta de los Tabernáculos.

²⁰ En aquel día estará grabado sobre las campanillas de los caballos: «Consagrado a Jehová»; y las ollas de la casa de Jehová serán como los tazones del altar. ²¹ Toda olla en Jerusalén y Judá será consagrada a Jehová de los ejércitos; todos los que ofrezcan sacrificios vendrán y las tomarán para cocinar en ellas. En aquel día no habrá más mercader en la casa de Jehová de los ejércitos.

La plaga que caerá sobre los enemigos del pueblo de Dios los desfigurará y los destruirá por completo. Esta lepra de castigo pronto devorará la piel. La gente impura, por causa de sus actos, no tendrá otra opción más que gritar cuando la carne se les pudra, “¡Impuro, impuro!” Va a ser un hecho horripilante en la vida de los enemigos de Jesús. La esperanza de Job era: “Después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios” (19:26). Pero

cuando caiga el juicio de Dios, los ojos y la lengua serán destruidos. Una vez que éstos hayan desaparecido no habrá más oportunidad de ver ni de hablar. ¡Qué castigo tan total y tan horrible! El versículo 15 incluye a los animales en las plagas. Toda la creación será afectada e infectada.

El pánico del versículo 13 también se repite en el libro de Apocalipsis: “Su tormento era como tormento de escorpión cuando hiere al hombre. Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos” (9:5,6). ¡En ese día!

El pueblo de Dios, durante el éxodo de la esclavitud, saqueó al país de Egipto. ¡Al vencedor le pertenece el botín! Era verdad. Se recogerán las riquezas de las naciones vecinas. La promesa es que el pueblo de Dios se sentará en tronos para gobernar; todo será suyo. Esta es una promesa de aquel que tiene el buen deseo y el poder de hacerla realidad.

¡No llueve! Qué maldición es ver que todo se seca y muere, y sentirse imposibilitado por no poder hacer nada al respecto. Esa es la maldición final que iba a golpear y que golpeará a todos los que no adoren al verdadero Dios. No hay vida aparte de él.

La Fiesta de los Tabernáculos también era conocida como la Fiesta de las Cabañas. Era un festival de la cosecha que había sido establecido por el Señor en Levítico 23:33 y siguientes. Al final de las reglas para esta fiesta leemos: “Durante siete días vivirán bajo enramadas... para que sus descendientes sepan que yo hice vivir así a los israelitas *cuando los saqué de la tierra de Egipto*”.(NVI) Los mismos egipcios que habían provisto los antecedentes para esta fiesta, iban a ser malditos si no participaban.

¡Llévenle las primicias al Señor! Esto es lo que exigía la fiesta. De otro modo siguen las maldiciones. Y esto es lo que el Señor dice claramente por medio del profeta Malaquías: “Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me estáis robando.

Traed todos los diezmos al alfolí para que haya alimento en mi casa” (Malaquías 3:9,10).

Los versículos 20 y 21 son los últimos del libro de Zacarías. A primera vista pueden parecer decepcionantes, hasta desilusionantes al considerar la importancia que tendrían por ser los últimos pensamientos. Pero consideren la esperanza maravillosa que ofrecen. La inscripción que había en el turbante del sumo sacerdote, CONSAGRADO A JEHOVÁ, se inscribirá en todo, hasta ¡en las campanillas de los caballos y en las ollas! En otras palabras, para los creyentes que viven en la época del Nuevo Testamento no existe ninguna diferencia entre sagrado y secular. El pueblo del Señor le dedica todos sus recursos al servicio del Señor.

Todo el mundo se dará cuenta en el gran día del Señor de que todo existe solamente para él. Estarán allí sólo para alabarlo eternamente y para ser completamente felices al hacerlo. El primer mandamiento, que pide que reconozcamos a Dios como la única razón de nuestra existencia y nuestra alabanza, finalmente será guardado de manera perfecta. Amaremos al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente. Todo pensamiento, acción y palabra tendrán el sello: CONSAGRADO A JEHOVÁ. Nadie será ajeno a esta idea ni estará contra ella. Finalmente, en el cielo no habrá ningún cananeo ni enemigo en la casa; no habrá nadie fuera de la familia de Dios, como lo promete el versículo 21.

Sí, ¡ésta es la más grande de las promesas y de las aspiraciones! Así será ¡en ése día!

MALAUÍAS

Enviaré mi Mensajero

(1:1-4:5)

Jacob fue amado, Esaú fue aborrecido

1 Profecía. Palabra de Jehová contra Israel, por medio de Malaquías:

² «Yo os he amado, dice Jehová.

Pero vosotros dijisteis://“¿En qué nos amaste?”

¿No era Esaú hermano de Jacob?//dice Jehová;
sin embargo, amé a Jacob

³ y a Esaú aborrecí;

Convertí sus montes en desolación

y abandoné su heredad//a los chacales del desierto.

⁴ Edom dice: “Nos hemos empobrecido,
pero volveremos a edificar lo arruinado.”

Pero así ha dicho Jehová de los ejércitos:

Ellos edificarán y yo destruiré;

los llamarán territorio de impiedad

y pueblo contra el cual Jehová//está indignado para siempre.

⁵ Vuestros ojos lo verán, y diréis:

“Sea Jehová engrandecido//más allá de los límites de Israel.”

No sabemos nada acerca del profeta Malaquías aparte de lo que se nos dice de él en este libro. Sin duda fue contemporáneo del profeta Nehemías, cuatro siglos antes del nacimiento de Cristo. Las condiciones que se describen en los dos libros parecen paralelas entre sí. Por las referencias a la casa de Dios que se hacen en 1:6 y 3:10, también parece que el templo fue reconstruido durante el tiempo en el que el profeta escribió su libro. La de

Zacarías iba a ser la última profecía registrada por 400 años hasta la venida del Señor mismo.

El primer versículo llama a lo que sigue una profecía, que es la traducción de la primera palabra que aparece en el libro de Malaquías en el texto hebreo. En realidad esta palabra significa llevar algo, y en otro lugar se traduce como “carga”.

La idea de una carga es correcta y apropiada. Cuando Dios se acerca a su mensajero, que es el significado del nombre Malaquías, deposita una carga sobre él, es decir, las palabras que le debe transmitir al pueblo. Jeremías sintió el peso de esa “carga”: “Por eso dije: «¡No me acordaré más de él ni hablaré más en su nombre!»». No obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos. Traté de resistirlo, pero no pude” (Jeremías 20:9). El apóstol Pablo también sintió lo que era la carga de ser el mensajero del Señor cuando dijo: “Pues si anuncio el evangelio no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciara el evangelio!” (1 Corintios 9:16).

Hay muchos supuestos mensajeros (ángeles) que revolotean en la escena obrando por sí mismos con alguna “carga”, algún mensaje que se sienten obligados a anunciar. Pero sólo los mensajeros del Señor traen un mensaje verdadero. Y los falsos profetas se dan cuenta de esto: “Pero no deberán mencionar más la frase ‘mensaje del Señor’, porque el mensaje de cada uno será su propia palabra, ya que ustedes han distorsionado las palabras del Dios viviente, del Señor Todopoderoso, nuestro Dios” (Jeremías 23:36, Nueva Versión Internacional). En ese capítulo de Jeremías, el Señor habla acerca de “los profetas mentirosos”.

Lo que sigue en el libro de Malaquías es la verdadera profecía o carga que Dios le dio a Malaquías, su mensajero.

Los versículos 2-6 hablan de la gracia de Dios: “Yo os he amado”. El tema que se destaca en esta parte es el amor de Dios, y así el Señor anticipa lo que se dirá en Juan 3:16.



Ustedes sacrifican animales lisiados y enfermos

Debemos tener presente el amor de Dios por su pueblo, porque es fácil que nos desviemos del tema al ver el tratamiento severo que le da a Esaú, y es fácil olvidar que él actuó y trató con amor a su pueblo incluso cuando dijo de Edom: “Ellos edificarán pero yo destruiré; y les llamarán territorio de impiedad, y pueblo al que Jehová ha reprobado para siempre”.

En el Salmo 52, David le habló a Dios acerca de Doeg el edomita, que era uno de los descendientes de Esaú. Doeg había acudido a Saúl e informado que David había ido a casa de Ahimelec, y por esta razón David dijo: “Por tanto, Dios te destruirá para siempre; te arruinará y te echará de tu casa, te desarraigará de la tierra de los vivientes” (52:5). Mencionamos esto para mostrar que Dios protege a su pueblo porque lo ama. Desde el punto de vista del enemigo, vemos solamente la retribución y la ira; desde el punto de vista del pueblo de Dios, vemos solamente el amor.

A su protección, el Señor lo llama amor. Pero el pueblo del tiempo de Malaquías dudaba de eso y también duda la gente de hoy en día. “¿En qué nos amaste?” es lo que preguntamos todos. La pregunta se puede formular de otro modo: “¿Es que alguna vez has hecho algo por nosotros?” El amor de Dios parece escurridizo y oculto, especialmente cuando los tiempos son difíciles. Y brota de nuestros labios esta pregunta: “¿Cómo es posible que un Dios de amor haga todas estas cosas?” Generalmente hay indignación en la voz de la persona que pregunta, como si de alguna manera Dios estuviera traicionando a su creación.

En realidad, si Dios es verdaderamente santo y justo, *él debe* odiar el mal y odiar a los seres que lo cometen. ¿Qué puede hacer, sino castigar la impiedad y hacerla desaparecer para siempre de su presencia? Ésa es la maldición; ese es el infierno. Pero esto es necesario si realmente Dios es como esperamos que sea: el epítome y el campeón de lo recto y lo bueno.

La verdad sigue en pie: “[Dios] quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo

2:4). También es cierto que algunos rechazan el deseo divino de salvarlos; son pueblos como Edom en este capítulo 1 de Malaquías. El pecado está registrado en Números, capítulo 20. Allí Moisés suplicó que dejaran pasar por el territorio edomita a los hijos de Israel en su regreso a casa después de la esclavitud en Egipto. Incluso ofrecieron pagar, y comenzaron su petición con estas palabras: “Así dice Israel tu hermano”. Pero Edom se negó, diciendo: “No pasarás por mi país; de otra manera saldré contra ti armado”. Y lo decían en serio: “Y salió Edom contra él con mucho pueblo, y mano fuerte”. Y en el Salmo 137, versículo 7, también afirma: “Oh Jehová, recuerda contra los hijos de Edom el día de Jerusalén. Cuando decían: arrasadla hasta los cimientos”.

Sólo hay dos alternativas en las que se vive: a favor de Dios o contra Dios. Los que están de su lado tienen su amor y su protección infalibles; y los que están contra él tienen su odio y la destrucción también infalibles. En las palabras siguientes se sintetiza esta situación: “Amé a Jacob, y a Esaú aborrecí”. La palabra “aborrecí” es muy fuerte. A la gente que se quejaba: “¿En qué nos amaste?”, Malaquías les decía: “Vaya, ustedes son los que reciben *un amor especial*, el amor que Dios le negó a Esaú”.

Verdaderamente es algo espantoso caer en las manos del Dios viviente (Hebreos 10:31). La vida se vuelve pésima, como el carro sin ruedas del faraón. En el libro de Hechos, Gamaliel tenía razón y Edom lo experimentó: “Pero si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios” (Hechos 5:39). Y Dios siempre gana.

Del lado de Dios o contra él, amado u odiado, estas son las únicas alternativas.

Sacrificios imperfectos

**6»El hijo honra al padre//y el siervo a su señor.
Si, pues, yo soy padre//¿dónde está mi honra?;
y si soy señor, ¿dónde está mi temor?,**

**dice Jehová de los ejércitos//a vosotros, sacerdotes,
que menospreciáis mi nombre y decís:**

“¿En qué hemos menospreciado//tu nombre?”

⁷ En que ofrecéis sobre mi altar//pan inmundado.

Y todavía decís://“¿En qué te hemos deshonrado?”

En que pensáis que la mesa de Jehová//es despreciable.

**⁸ Cuando ofrecéis el animal ciego//para el sacrificio,
¿acaso no es malo?**

**Asimismo, cuando ofrecéis el cojo//o el enfermo, ¿acaso
no es malo?**

Preséntalo, pues, a tu príncipe;

¿acaso le serás grato//o te acogerá benévolo?,

dice Jehová de los ejércitos.»

⁹ Ahora, pues, orad por el favor de Dios,

para que tenga piedad de nosotros.

**Pero, «¿cómo podéis agradarle,
si hacéis estas cosas?,**

dice Jehová de los ejércitos.

**¹⁰ ¿Quién hay entre vosotros que de balde//cierre las
puertas o alumbre mi altar?**

Yo no me complazco en vosotros,

dice Jehová de los ejércitos,

ni de vuestra mano aceptaré ofrenda.

¹¹ Porque desde donde el sol nace//hasta donde se pone,

es grande mi nombre entre las naciones,

**y en todo lugar se ofrece a mi nombre//incienso y ofrenda
limpia.**

Grande es mi nombre entre las naciones,

dice Jehová de los ejércitos;

¹² pero vosotros lo profanáis cuando decís:

“Inmunda es la mesa de Jehová”,

y cuando decís que su alimento//es despreciable.

¹³ Además, habéis dicho:

“¿Qué fastidio es esto!”, y me despreciáis,

dice Jehová de los ejércitos.

**Trajisteis lo robado, o cojo, o enfermo,
y me lo presentasteis como ofrenda.
¿Aceptaré yo eso de vuestras manos?//dice Jehová.
14 Maldito el que engaña//el que teniendo machos en su
rebaño
promete y sacrifica a Jehová lo dañado.
Porque yo soy Gran Rey,
dice Jehová de los ejércitos,
y mi nombre es temible//entre las naciones.**

El Señor miró las ofrendas de su pueblo y quiso que ellos supieran que eran importantes para él.

Esta sección de la Biblia tuvo que ser escrita por causa de la naturaleza humana. Cuando los judíos iban a sus rebaños para escoger el sacrificio para su Dios, Dios permanecía en silencio; y aparentemente tan desentendido, que la persona que buscaba una buena oveja muy bien se podía decir: “El Señor lo hizo todo, y de todos modos es dueño de todo. Entonces ¿qué importa lo que le doy o *si* le no le doy nada?”

El esfuerzo para dar algo bueno era cada vez menor, y las ofrendas eran cada vez más defectuosas (por lo visto eran literalmente de la peor calidad, ¡pues le ofrecían hasta lo robado!) Parecía correcto dar algo. No era que la gente no estuviera dando nada; le estaban llevando ofrendas al Señor, es cierto, pero sus ofrendas eran inaceptables.

En Éxodo 23:19 Dios había instruido a su pueblo así: “Las primicias de los primeros frutos de tu tierra traerás a la casa de Jehová tu Dios”. Y el pueblo también sabía la historia de Caín y de Abel y de sus sacrificios a Dios. El sacrificio de Abel fue aceptado, no porque al Señor le gustaran más los corderos que las verduras (Abel era pastor y Caín era agricultor), sino porque “Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas” (Génesis 4).

Lo que pasó al principio ahora estaba sucediendo entre el pueblo de Malaquías, al final del Antiguo Testamento. Y Dios

preguntó: “Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra?, y si soy señor, ¿dónde está mi temor?” Incluso dijo: “Preséntalo [lo ofrendado], pues, a tu príncipe; ¿acaso le serás grato, o te acogerá benévolo?”

En estos versículos tenemos el ejemplo que caracteriza al libro de Malaquías: el diálogo. Hasta podríamos decir que hay un dejo de insolencia en él. En el versículo 6 Dios dice: “sacerdotes que menospreciáis mi nombre, y decís: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre?” Nadie del pueblo de Dios desearía tener una plática a gritos con su Dios, pero tal vez por sus acciones terminaron haciéndolo.

Esta impertinente falta de respeto se evidencia de tres maneras: La primera es que los hijos no estaban honrando a su padre. El cuarto mandamiento ordena respeto y amor a los padres. El Señor que nos enseñó a orar “Padre nuestro”, le preguntó al pueblo de Malaquías, “Si soy padre, ¿dónde está el honor que merezco?” (Nueva Versión Internacional). La segunda falta se refería al respeto que existía entre siervo y amo. El apóstol Pablo se llamaba a sí mismo siervo de Dios... ¡hasta su esclavo! Hebreos 9:14 dice: “...a fin de que *servamos* al Dios viviente” (NVI). Sin embargo, aquí en Malaquías el Señor se sintió obligado a preguntar, “Si soy señor, ¿dónde está el respeto que se me debe?” (NVI). Y la tercera falta es tal vez la más sorprendente. Los sacerdotes mismos pusieron pan inmundo en el altar de Dios (versículo 7). Si estos hombres no le mostraban respeto al Dios que decían servir, ¿cómo podían inculcarle a la gente la reverencia cuando lo adoraban?

En nuestros días y en nuestra época, en la que hay tantos charlatanes en los púlpitos, entendemos la especial preocupación del Señor. Mateo 15:14 nos dice: “Si el ciego guía al ciego, ambos caerán en el hoyo”, Si el sacerdote no ve lo que es una buena ofrenda para Dios, entonces el pueblo tampoco lo verá. Por su falta de respeto, Jehová les dijo a los sacerdotes: “Yo no me complazco en vosotros... ni de vuestra mano aceptaré ofrenda”.

El regalo que la mano da es determinado como digno según el corazón del que lo da. Los pasteles de barro son aceptables al

Señor si se ofrecen con un corazón lleno de amor como el de un niño que los ve hermosos. ¡Piense en la mujer que se menciona en el Nuevo Testamento, que dio como ofrenda las únicas moneditas que tenía! Por otro lado, el mejor regalo dado con la idea de que es cojo (“pues al Señor no le importará”) hará que el Dador de todo diga: “No tengo complacencia en vosotros,... ni aceptaré ofrenda de vuestra mano”.

Hay una forma fácil de decir si la ofrenda será aceptable al Señor. ¿Hace que el corazón del que la presenta salte de gusto al darla? ¿Le gustaría a quien la da recibir un regalo así? ¿Se siente contento con la ofrenda, hasta el punto de hacer que el viejo Adán grite que es demasiado grande y demasiado buena? Así es en el reino del amor y del ofrendar. ¡El amor da regalos desmedidos! ¡E insiste en hacerlo!

El Señor habló contra el servicio de adoración débil, enfermo, hecho de una forma mecánica. La ofrenda debe estar de acuerdo con el nombre del que la recibe. Los versículos 11 - 14 dicen: “Porque... es grande mi nombre entre las naciones... Porque yo soy Gran Rey y mi nombre es temible entre las naciones”. Las ofrendas irrespetuosas toman el nombre del Señor en vano, y por lo tanto quebrantan el segundo mandamiento.

Advertencia para los sacerdotes

2 »Ahora, pues, sacerdotes//para vosotros es este mandamiento.

² Si no escucháis

y si no decidís de corazón//dar gloria a mi nombre,
ha dicho Jehová de los ejércitos,
enviaré maldición sobre vosotros
y maldeciré vuestras bendiciones;
y ya las he maldecido,
porque no os habéis decidido de corazón.

³ »Yo os dañaré la sementera,

**os echaré al rostro el estiércol,
el estiércol de vuestros animales//sacrificados,
y seréis arrojados juntamente con él.**

**⁴ Así sabréis que yo os envié//este mandamiento,
para que permanezca mi pacto con Leví,
ha dicho Jehová de los ejércitos.**

**⁵ »Mi pacto con él fue de vida y de paz.
Se las di para que me temiera,
y él tuvo temor de mí y ante mi nombre//guardaba
reverencia.**

**⁶ La ley de verdad estuvo en su boca,
iniquidad no fue hallada en sus labios;
en paz y en justicia anduvo conmigo,
y a muchos hizo apartar de la maldad.**

**⁷ Porque los labios del sacerdote//han de guardar la
sabiduría,
y de su boca el pueblo buscará la Ley;
porque es mensajero de Jehová//de los ejércitos.**

**⁸ »Mas vosotros os habéis apartado//del camino;
habéis hecho tropezar//a muchos en la Ley;
habéis corrompido el pacto de Leví,
dice Jehová de los ejércitos.**

**⁹ Por eso yo os he hecho despreciables,
viles ante todo el pueblo,
porque no habéis guardado mis caminos
y hacéis acepción de personas
al aplicar la Ley.»**

En el Antiguo Testamento los sacerdotes eran los mediadores entre el pueblo pecador y el Dios santo.

Los sacerdotes no recibían ningún tratamiento privilegiado de parte del Ser divino que ellos reconocían como el Señor y a quien ellos proclamaban como Señor de sus oyentes.

Eso está claro en esta sección. En realidad, el pecado de los sacerdotes era especialmente doloroso para el Todopoderoso porque hacía que el pueblo se descarriara. “A quien mucho se le da, mucho se le exigirá” es un proverbio que se cita con frecuencia en la Biblia. A los sacerdotes se les dio mucho; ellos estaban bajo un pacto especial con su Señor, el pacto que se había establecido con Leví. Habían sido escogidos y preparados para ser líderes (porque a quien Dios llama a servirle como líder, lo prepara para guiar a los demás). Y el versículo 7 afirma lo que Dios espera: “Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley”. Pero los sacerdotes no estuvieron a la altura del gran honor de su llamamiento, y su Dios los maldijo por eso.

Los pastores que tomaban su trabajo a la ligera (“no decidís de corazón dar gloria a mi nombre”) no sólo se acarrearón problemas sobre sí mismos, sino que también le hicieron daño al pueblo. Estos hombres al servicio divino según el pacto debían ser una bendición para la nación; Dios le había dicho a Moisés: “Habla a Aarón y a sus hijos y diles: Así bendeciréis a los hijos de Israel, diciéndoles: Jehová te bendiga y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz.” Y terminó de esta manera: “Y pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré” (Números 6:22-27). Pero eso no estaba sucediendo, ni iba a suceder, porque los guías espirituales del pueblo deshonraban el nombre de Dios. La bendición divina se había convertido en una maldición.

El poder de la bendición de Dios no se desactiva por causa de hombres impíos. Por ejemplo, es posible que las personas reciban la bendición de un sacramento que ha sido administrado por un incrédulo; la eficacia de la bendición no depende de la fe de la persona que la administra. El cheque válido de las bendiciones de Dios nunca lo devuelven por “no tener fondos suficientes”, sin que importe la mano por la que pasa, siempre que sea un cheque válido

en su origen; que venga de Dios, de su palabra y de su revelación.

Pero el pueblo *es* maldecido por los líderes que pretenden favorecerlos pero que tienen el corazón vacío; por los sacerdotes que no están por Dios sino contra él (y hay que recordar que estas son las únicas opciones). Entonces, no es la bendición de Dios la que está siendo maldecida sino la bendición de la persona que la da. El Señor dice: “Maldeciré vuestras bendiciones”. Por lo tanto, éstas en verdad “rebotan” y tienen el sello que dice “Fondos insuficientes”.

El pueblo recibió maldición porque creyó que tenía una bendición cuando no la tenía; esa era una falsedad, era una maldición. Si el sacerdote renunció por decisión propia al trabajo espiritual que hacía para su Maestro al despreciar el primer mandamiento (no dándole a Dios la veneración y el honor debido a su nombre: “temer, amar a Dios, y confiar en él sobre todas las cosas”), también renunció a su derecho de bendecir en el nombre de Jesús.

Es un consuelo saber que el Señor de la iglesia se encarga de sus obreros. ¿Quién sino él sabe lo que hay en el corazón de los hombres? ¿Quién, además de él, puede hacer la acusación: “Si no escucháis, ni decidís de corazón dar gloria a mi nombre”?, y hace la advertencia: “Por esto, voy a reprender a sus descendientes” (v.3, Nueva Versión Internacional). Tarde o temprano el Señor de la iglesia hace que el falso sacerdote se revele como que realmente es: “Por eso yo os he hecho despreciables y viles ante todo el pueblo” (v. 9).

Aquel que lo sabe todo viene a sus sacerdotes declarando su intención: “Así sabréis que yo os envié este mandamiento, para permanezca mi pacto con Leví” (v. 4). El sacerdocio, el ministerio, perdura porque el Señor se encarga de que sus obreros sigan siendo fieles. Y sus esperanzas del versículo 7 se cumplen en los que él llama, envía, y respalda. El conocimiento de la Palabra se conserva y se pasa a los demás; las verdaderas instrucciones como las que dio a Leví continúan.

La infiel Judá

¹⁰ ¿Acaso no tenemos todos//un mismo Padre?

¿No nos ha creado un mismo Dios?

**¿Por qué, pues, somos desleales//los unos con los otros,
profanando el pacto de nuestros padres?**

¹¹ Prevaricó Judá;

**en Israel y en Jerusalén//se ha cometido abominación,
porque Judá ha profanado//el santuario de Jehová, el que
él amó,**

al casarse con la hija//de un dios extraño.

¹² Jehová arrancará de las tiendas de Jacob

al hombre que haga esto,

al que vela, al que responde

y al que ofrece ofrenda//a Jehová de los ejércitos.

¹³ Pero aún hacéis más:

Cubris el altar de Jehová de lágrimas,

de llanto y de clamor;

así que no miraré más la ofrenda,

ni la aceptaré con gusto//de vuestras manos.

¹⁴ Mas diréis: «¿Por qué?»

Porque Jehová es testigo

entre ti y la mujer de tu juventud,

con la cual has sido desleal,

aunque ella era tu compañera//y la mujer de tu pacto.

¹⁵ ¿No hizo él un solo ser,

en el cual hay abundancia de espíritu?

¿Y por qué uno?

Porque buscaba una descendencia//para Dios.

Guardaos, pues, en vuestro espíritu

**y no seáis desleales para con la mujer//de vuestra
juventud.**

¹⁶ Porque dice Jehová, Dios de Israel,

**que él aborrece el repudio y al que mancha de maldad su
vestido,**

**dijo Jehová de los ejércitos.
Guardaos, pues, en vuestro espíritu
y no seáis desleales.**

El versículo 10 establece la pregunta clave para los siguientes versículos: ¿No nos ha creado un mismo Dios? ¿Por qué, pues, somos desleales los unos con los otros?

En las Escrituras una y otra vez se describe a Dios como el fiel en su relación con el hombre, como el que se aferra a su promesa. Piense en las veces que leímos: “Yo soy el Dios de tus padres, de Abraham, de Isaac, y de Jacob”. La historia del cumplimiento de sus acuerdos con nuestros padres es impecable. Cuántas veces no oímos: “Esto sucedió para que se cumplieran las Escrituras...” Él es fidedigno en todo lo que ha dicho. En la segunda carta a Timoteo (2:13) Pablo dijo: “Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo”. Dios es fiel y justo, y quiere que estas sean también las características de su pueblo.

La infidelidad mostró su horrible rostro en dos ocasiones. La primera de ellas fue la de coquetear con un dios extraño, de lo que se acusó a Judá: “Prevaricó Judá... ha profanado el santuario de Jehová que la amó, al casarse con la hija de un dios extraño” (11). Este es el pecado que va contra el primer mandamiento y es un adulterio espiritual; y eso contaminó al pueblo de Dios, afectó a la iglesia y todavía la sigue afectando. La “hija de un dios extraño” hoy en día podría ser “el todopoderoso dinero” o el prestigio ante el mundo; todo lo cual dio como resultado que las oraciones ya no fueran oídas, y las ofrendas no fueran aceptadas por Dios, como lo afirma aquí el profeta Malaquías.

Antes de que la adoración sea apropiada, el corazón debe tener fe. Dios quiere un amor verdadero, no un amor contaminado. Las acciones y las palabras no significan nada para él si no están guiadas por la atención completa que el verdadero amor brinda.

Dios ve también a través de las lágrimas fingidas, las que “cubren el altar”. “¿Por qué?” es la pregunta. “Parece que Dios ya

no escucha mis oraciones.” ¿Podría ser que Dios ya no oye las oraciones de hoy en día por la misma razón que no escuchó las oraciones de su pueblo en los días de Malaquías? ¡El amor se ha contaminado!

Jesús mira a su pueblo como a su amada esposa. Lo hizo en los días de Malaquías y lo sigue haciendo. “Como un novio que se regocija por su novia, así tu Dios se regocijará por ti” (Isaías 62:5). No es difícil ver que esta tierna y hermosa relación matrimonial, que él había establecido en un mundo perfecto antes de la llegada del pecado, es algo que él en especial valora y protege. El matrimonio y la fidelidad conyugal son un reflejo de la relación que Dios quiere que exista entre él y su pueblo. Él siempre ha sido fiel y quiere que sus hijos a la vez sean fieles a sus cónyuges en sus propios matrimonios.

Un matrimonio destrozado es una confianza destruida. Como tal, es un monumento descarado ante el mundo, para que éste vea que los seres humanos son incapaces y con pocos deseos de ser fieles. El divorcio es un gemido y un lamento palpables que dan testimonio del fracaso de dos personas que no cumplieron con su palabra.

Nuestro mundo se ha vuelto insensible al divorcio. Se dice que el divorcio y los males que lo acompañan no son tan malos. De hecho, muchos lo consideran como la manera honorable (o por lo menos necesaria) de salir de una situación en la que dos personas trataron valientemente de hacer funcionar su matrimonio pero no lo lograron. Hasta pueden hacer que suene bien si se dice de la manera apropiada. Pero Dios no cambia (ver el capítulo 2:16), él dice que “aborrece el repudio”, o como lo dice la Nueva Versión Internacional: “Yo aborrezco el divorcio”. Él no ha cambiado en su manera de sentir; si la moralidad de las personas cambia, la de Dios no cambia. Si los hombres, que ahora leen las palabras de Malaquías han perdido el horror y la vergüenza ante el hecho de que en muchos países del mundo actual un porcentaje muy alto de los matrimonios termina en divorcio, tengamos la seguridad de

que nuestro Dios todavía lo aborrece y lo condena. Es algo terrible cuando la gente hace algo que Dios odia.

El versículo 15 nos hace ver el hecho de que en el matrimonio el hombre y su esposa se convierten en un solo cuerpo. “Y se harán una sola carne”, dijo nuestro Dios al principio en Génesis. La unión es también una unión de espíritu: “Guardaos, pues, *en vuestro espíritu*, y no seáis desleales para con la mujer de tu juventud”. Al espíritu le afecta íntimamente cualquier brecha de fe en el cuerpo. En realidad, la infidelidad que puede tener lugar de una manera física viene como resultado de un espíritu infiel. Por tanto, el hombre y su esposa son uno, en cuerpo y en alma.

Y ahora viene la pregunta: “¿Y por qué uno?” A la que el Señor contesta hablando de sí mismo en la tercera persona con la afirmación: “Porque buscaba una descendencia para Dios”.

Han habido diferentes interpretaciones de esta cita bíblica, pero hay una que es la más clara. El Señor dijo en ocasión del primer matrimonio: “Fructificad y multiplicaos” (Génesis 1:28). No hay duda de que él bendijo el primer matrimonio con hijos y que quiere seguir haciéndolo. Y le dice claramente a la pareja casada que tiene vástagos: “Criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4). El hogar es el invernadero de las futuras plantas cristianas “porque buscaba una descendencia para Dios”.

Ciertamente nosotros podemos ver y sentir los estragos que causa el divorcio en el hogar, y nos damos cuenta de que cuando eso sucede, la instrucción cristiana es con frecuencia una de las primeras en sufrir. Ya no hay un padre que se siente a la mesa con el catecismo y que instruya a su familia, como lo previó acertadamente Martín Lutero cuando lo escribió. Además, ¿qué oportunidad tienen los hijos de ser “descendencia para Dios” después de haber sido testigos del egoísmo, del desamor, de la incapacidad de perdonar, de la falta de fe y del rechazo al sacrificio, que son los resultados inherentes del divorcio? Para que los padres puedan criar una descendencia piadosa, debe haber más que “Haz lo que digo, no lo que hago”. El Señor aborrece el

divorcio. Nosotros también debemos odiarlo. ¡Miren lo que ocasiona! ¡Oigamos lo que dice!

La infidelidad es un asunto de violencia. Junto con la afirmación del Señor: “Aborrezco el divorcio”, leemos: “y al que mancha de maldad su vestido”, o como lo dice la *New International Version*: “Y al que cubre de violencia sus vestiduras”.⁵ Piense en la violencia que se le ocasiona a un hogar, a los sentimientos, al amor, a los hijos, a la paz familiar, y todo por un momento de infidelidad. Ser infiel a una promesa es ser una persona violenta que arranca, arruina, y destruye.

La palabra hebrea para divorcio es la que significa “decirle a alguien que se vaya”. Al Señor le repugna el divorcio, y él también se divorciará de algunos. Los aborrecerá, finalizando la separación cuando el Todopoderoso diga: “Apártense de mí, malditos hacedores de maldad. Yo les fui fiel a ustedes, pero ustedes insistieron en serme infieles. Quería perdonarlos y recibirlos nuevamente. Una y otra vez quise hacerlo, pero ustedes no quisieron. Ahora, ¡apártense... para siempre!”

Este pensamiento nos produce escalofríos. Todos hemos sido culpables de infidelidad espiritual. Cada vez que quebrantamos el primer mandamiento y que permitimos que algo se interponga seductoramente entre nosotros y nuestro Dios, probamos que somos infieles. Y sin embargo, volvemos a la palabra del Señor en la segunda carta a Timoteo (2:13): “Si somos infieles, él sigue siendo fiel, ya que no puede negarse a sí mismo” (Nueva Versión Internacional).

Las promesas rotas se pueden sanar con el perdón. El Señor Jesús nos mira y dice: “Tampoco yo te condeno; vete, y no peques más” (Juan 8:11). Jesús le dijo estas palabras a la mujer sorprendida en adulterio; y a la mujer samaritana que había tenido cinco maridos y que estaba viviendo con un hombre que no era su esposo, con la que habló cerca del pozo del agua ese día, le dijo: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, es necesario que le adoren en espíritu y en verdad” (Juan 4:24). Dios es fiel en lo que dice y

en lo que hace; y él quiere que nosotros seamos de la misma manera.

“Guardaos, pues, en vuestro espíritu, y no seáis desleales.”

El día del juicio

17 Habéis hecho cansar a Jehová//con vuestras palabras.

Y preguntáis://«¿En qué lo hemos cansado?»

En que decís: «Cualquiera que hace mal//agrada a Jehová;

en los tales se complace»;

o si no://«¿Dónde está el Dios de justicia?»

**3 «Yo envío mi mensajero
para que prepare el camino //delante de mí.**

Y vendrá súbitamente a su Templo

el Señor a quien vosotros buscáis;

y el ángel del pacto,

a quien deseáis vosotros, ya viene»,

ha dicho Jehová de los ejércitos.

2 ¿Pero quién podrá soportar//el tiempo de su venida?

o ¿quién podrá estar en pie //cuando él se manifieste?

Porque él es como fuego purificador

y como jabón de lavadores.

3 Él se sentará para afinar y limpiar la plata:

limpiará a los hijos de Leví,

los afinará como a oro y como a plata,

y traerán a Jehová ofrenda en justicia.

4 Entonces será grata a Jehová//la ofrenda de Judá y de

Jerusalén,

como en los días pasados,//como en los años antiguos.

5 «Vendré a vosotros para juicio,

y testificaré sin vacilar//contra los hechiceros y adúlteros,

contra los que juran falsamente;

**contra los que defraudan en su salario//al jornalero,
a la viuda y al huérfano,
contra los que hacen injusticia//al extranjero,
sin tener temor de mí»,
dice Jehová de los ejércitos.**

El versículo final del capítulo 2 nos presenta algo imposible: que Dios se canse. Pero hay una cosa que hace que El Señor de los ejércitos se canse: él se cansa cuando su pueblo se queja, gime y lo acusa injustamente. ¡Cuando dicen que cualquiera que haga mal agrada a Jehová!

Nada podría estar más lejos de la verdad, pero esta es la conclusión blasfema que hace la gente que juzga lo que sucede a su alrededor, y decide que, como a los malvados les va bien en la vida mientras el pueblo de Dios sufre, seguramente el Todopoderoso debe amar más el mal que el bien. El escritor del Salmo 73 llegó a la misma conclusión: “Tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos. Porque no se stribulan por su muerte, pues su vigor está entero. No pasan trabajos como los otros mortales, ni son azotados como los demás hombres... Estos impíos, sin ser turbados del mundo, aumentaron sus riquezas” (versículos 3-5,12). El malo se da la gran vida; el amado de Dios se sienta sobre un montón de cenizas en la basura, rascándose las llagas que lo cubren de pies a cabeza.

¡Dios no es justo! Y el Dios omnipotente suspira con cansancio cuando oye esa frase. Ya viene el juicio, y viene pronto, como el rayo fulminante que cae sobre sus víctimas por sorpresa. El juicio justo de Dios es como la luz y tan poderoso como el relámpago. “Igual que el relámpago sale del oriente y su muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del hombre” (Mateo 24:27). ¿Y quién lo podrá soportar?

La venida de Jesús tomó a la gente por sorpresa cuando vino en la primera Navidad. María, José, Herodes, los pastores, los amigos y los enemigos, todos se sorprendieron cuando él vino. Dios había prometido la venida de su Hijo desde los albores del

mundo; era la esperanza de gente que lo tuvo presente durante todos esos años, pero que en realidad ellos no esperaban que ocurriera. Los cogió por sorpresa. Y la segunda venida del “Deseado” también nos sorprenderá a nosotros, aunque esperamos y decimos que ansiamos su venida.

“¿Hasta cuándo?” claman los santos del cielo al Señor del Juicio. Los mensajeros han venido a través del tiempo; su voz ha resonado hasta lo más recóndito de este mundo. Juan el Bautista invocó la venida de este día cuando dijo: “Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?” (Lucas 3:7). Jesús, el gran mensajero de Dios, habló de terremotos, de hambre, del amor que se enfriará y de gran sufrimiento “porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás” (Mateo 24:21). No hay duda, ¡se acerca el gran día de Dios! Jesús, el mensajero del pacto, a quien deseamos, lo ha dicho.

La pregunta es: ¿Quién puede soportar este gran día? ¿Quién podrá estar de pie? Ciertamente hasta el corazón de los elegidos de Dios se derretirá como el oro templado al fuego. Las rodillas fuertes y confiadas se doblarán cuando el Dios justo se acerque. La frase “¿quién podrá soportar?” literalmente significa: “¿Quién puede comprender el proceso que se debe completar antes de que los hijos de Dios puros y santos se presenten ante el trono santo para comenzar las celebraciones eternas?”

Malaquías nos presenta diferentes descripciones de la limpieza que se usa para prepararse para ese día. Una es el refinamiento por medio del fuego, lo que nos trae al pensamiento la estrofa del siguiente himno (Culto Cristiano 238:5):

La llama no puede dañarte jamás
Si en medio del fuego te ordeno pasar;
El oro de tu alma más puro será,
Pues sólo la escoria se habrá de quemar,
Pues sólo la escoria se habrá de quemar.

También se usa la figura de un lavador, que limpia restregando y golpeando para hacer que la ropa quede suave, limpia y plegable.

Eso sería la antigua tabla acanalada o la batea que se usaba para lavar la ropa, lo que se aprende en la escuela de la experiencia por medio de los golpes que da la vida, con los que Dios hace que sus hijos se dobleguen rápida y fácilmente a su voluntad. También tenemos la figura de limpiar barriendo con una escoba. “Su aventador está en su mano para limpiar su era. Recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará” (Mateo 3:12). Juan el Bautista dijo estas palabras después de haber dicho: “Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego”. Y finalmente el profeta Malaquías usó la idea de un filtro. En realidad el filtro era una piel como la gamuza que se usaba para filtrar las impurezas de los líquidos, una práctica que está aún en uso en los países en desarrollo para quitarle las impurezas al diesel.

El Señor desea un producto puro. “Debemos ser santos porque nuestro Dios es santo” es un tema bíblico frecuente. Ni siquiera podemos ser noventa y nueve por ciento limpios, porque en ese caso, ¿quién se puede presentar ante Dios? ¿Quién le puede llevar sus ofrendas sabiendo que él es completamente, cien por ciento, puro?

La respuesta es: el pueblo de Dios puede hacerlo. Lo hicieron en el pasado, lo hacen en el presente, lo harán en el futuro y en ese gran día cuando él venga. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado: “Entonces [la ofrenda de Judá y de Jerusalén] será grata a Jehová, como en los días pasados, como en los años antiguos”. El corazón que desea ser restregado cuantas veces sea necesario hasta quedar limpio por la sangre de Jesús, y revestido con la armadura de Dios, ¡ese corazón es el que se mantiene firme! “Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo cumplido todo, estar firmes” (Efesios 6:13). “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio y renueva un espíritu recto dentro de mí”, David no dijo estas palabras con melancolía sino con certeza, de una manera positiva.

El versículo 5 termina esta sección recordándole al pueblo que él es el Dios que juzga a los que pretenden cubrir la verdad con la mentira: a los hechiceros en el campo de la religión, a los adúlteros

en las relaciones humanas, a los perjuros en los tribunales de justicia. También es el Dios del desvalido, que defiende la causa de los indefensos: los obreros, las viudas, los huérfanos, los extranjeros. Llama a los impíos ante la justicia porque no le temen; y esta misma falta de temor es la que los hace ser osados para perpetrar sus mentiras y sus maldades. Los malvados oirán este veredicto condenatorio por desacato al tribunal, menosprecio del primer mandamiento.

Le roban a Dios

- ⁶ «Porque yo, Jehová, no cambio;
por esto, hijos de Jacob, // no habéis sido consumidos.
⁷ Desde los días de vuestros padres
os apartáis de mis leyes y no las guardáis.
¡Volveos a mí y yo me volveré // a vosotros!,
ha dicho Jehová de los ejércitos.
Pero vosotros decís: // “¿En qué hemos de volvernos?”
⁸ ¿Robará el hombre a Dios?
Pues vosotros me habéis robado.
Y aún preguntáis: // “¿En qué te hemos robado?”
En vuestros diezmos y ofrendas.
⁹ Malditos sois con maldición,
porque vosotros, la nación toda, // me habéis robado.
¹⁰ Traed todos los diezmos al alfolí
y haya alimento en mi Casa:
Probadme ahora en esto,
dice Jehová de los ejércitos,
a ver si no os abro // las ventanas de los cielos
y derramo sobre vosotros bendición // hasta que
sobreabunde.
¹¹ Reprenderé también por vosotros // al devorador,
y no os destruirá el fruto de la tierra,
ni vuestra vid en el campo será estéril,
dice Jehová de los ejércitos.**

**¹² Todas las naciones//os dirán bienaventurados,
porque seréis tierra deseable,
dice Jehová de los ejércitos.**

El Señor no cambia. Esto está al comienzo de la amonestación que se va a dar. Esto es primordial para la discusión acerca de dar, ya sea que venga del pueblo de Malaquías en el Antiguo Testamento o de los creyentes del Nuevo Testamento. Dios no cambia, y él asocia este pensamiento con otro que es igualmente importante para que entendamos su mandato de dar: “Por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos”. La bondad y la protección de Dios no dependen de la medida según la cual le damos a él. Su misericordia hacia nosotros es nueva cada mañana. Es por eso que el pueblo de Dios no ha sido destruido, porque si el Señor diera en proporción a lo que le dan a él ciertamente ya habrían perecido.

Sin embargo, él le dice a su pueblo: “vosotros me habéis robado”. La acusación dejó estupefacto al pueblo. “¿En qué te hemos robado?”, le preguntaron con incredulidad. Y la respuesta estaba (y sigue estando) en su manera de ofender. Dar y amar son en realidad sinónimos.

La queja de Dios no era respecto del dinero, ¡como si él necesitara el dinero del pueblo!, sino lo que la manera de dar demostraba... ¡FALTA DE AMOR!

Y siguió una maldición. “Si alguno no ama al Señor Jesucristo, quede bajo maldición” advirtió el apóstol Pablo (1 Corintios 16:22, Nueva Versión Internacional). El pueblo de Dios no será destruido pero vivirá bajo una maldición. La vida no era lo que debía haber sido, tampoco lo que el Señor hubiera querido, si el dar de ellos hubiera estado a la altura de su amor por él. Lo que Dios quería y planeaba eran riquezas y en abundancia. Cuando Dios dijo: “Probadme... a ver”, él sabía la respuesta y la acción que tomaría. Las plagas desaparecerían, las cosechas florecerían, sería una delicia la vida.

¡Y el Señor Dios no cambia! Aunque esto ocurrió en el Antiguo Testamento, proviene de un Dios que siempre es el mismo. Él les da a los de su pueblo la vida y todo lo que necesitan para vivirla; todavía los trata con amor, y quiere que a su vez los suyos lo amen. La ley del diezmo se ha abolido (Colosenses 2:16,17) pero no la ley del amor, y el amor pide un dar disciplinado. Esta es una manera efectiva de tratar con “nuestro viejo Adán”. El Dios que no cambia sigue aconsejando a su pueblo como nos dice en 1 Corintios 9:24,25: “Todos ciertamente corren, pero uno solo se lleva el premio”, y, “en todo ejercita el dominio propio”. Por tanto, “corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante” (Hebreos 12:1). “Desechando toda inmundicia y abundancia de malicia” (Santiago 1:21). Estos versículos nos describen una vida disciplinada y medida para mantenerlos apartados del pecado que “nos asedia” (Hebreos 12:1).

El pueblo de Malaquías vivía con la ley del diezmo, pero no el pueblo de Dios del Nuevo Testamento. Ciertamente hoy en día Dios no manda que cada creyente dé determinada cantidad, pero sí pide que cada uno determine cuánto va a dar y ¡lo haga! “Cada primer día de la semana, cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue, no se recojan entonces ofrendas” (1 Corintios 16:2).

13 »Vuestras palabras contra mí//han sido violentas, dice Jehová.

Y todavía preguntáis://“¿Qué hemos hablado contra ti?”

14 Habéis dicho://“Por demás es servir a Dios.

**¿Qué aprovecha que guardemos su Ley
y que andemos afligidos en presencia//de Jehová de los
ejércitos?**

**15 Hemos visto que los soberbios son felices,
que los que hacen impiedad//no sólo prosperan,
sino que tientan a Dios,//y no les pasa nada.”»**

16 Entonces los que temían a Jehová//hablaron entre sí.

**Jehová escuchó y oyó,
y fue escrito ante él un memorial//de los que temen a
Jehová//y honran su nombre.**

**¹⁷«Serán para mí especial tesoro,
dice Jehová de los ejércitos,
en el día en que yo actúe.**

**Los perdonaré
como un hombre perdona//al hijo que lo sirve.**

**¹⁸Entonces os volveréis
y discerniréis la diferencia//entre el justo y el malo,
entre el que sirve a Dios//y el que no le sirve.»**

Ahora llegamos al último ejemplo del diálogo entre Dios y los hombres, por el que es famoso el libro de Malaquías. El pueblo le ha hablado con insolencia a su Dios, y tienen el desparpajo de preguntar: “¿Cómo lo hemos hecho? ¿Qué hemos hablado contra ti?”

La queja que el pueblo de Dios de cualquier época se siente tentado a emitir es que Dios no trata a la gente de manera equitativa. Por ejemplo, en la historia sagrada ¿cómo es posible que un Dios justo haya permitido que su siervo Nabot fuera apedreado a muerte y fuera despojado de sus posesiones a manos de la impía Jezabel? Y sin embargo sucedió. Y, ¿cómo es que un Dios justo pudo permitir que los hombres impíos triunfaran sobre su Hijo Jesús y lo condenaran a morir en una cruz? También sucedió. Y en cada uno de esos casos, en ese momento, la justicia no era evidente. Pero la manera de actuar de Dios sigue siendo diferente a la nuestra, y sus pensamientos no son los nuestros. Puede ser que no veamos la justicia... *¡puede ser que no exista justicia!* El pecado nunca es justo, siempre va en contra de la justicia de Dios. El milagro es que a través de lo injusto hay un camino, y ¡los caminos de Dios siempre son justos!

La promesa del Señor para todos sus hijos es: “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan

16:33). Como ya lo mencionamos antes, el salmista Asaf se quejó junto con el pueblo de Malaquías: “No se atribulan por su muerte (los impíos), pues su vigor está entero. No pasan trabajos como los otros mortales, ni son azotados como los demás hombres”. Pero más adelante dijo: “Cuando pensé para entender esto, fue un duro trabajo para mí, hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos”. Y terminó su salmo con estas palabras: “Ciertamente los que se alejan de ti perecerán; tú destruirás a todo aquel que de ti se aparta. Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza, para contar todas tus obras” (Salmo 73:4,16,27).

Al comparar las palabras anteriores de Asaf con Malaquías 3:14,15 vemos que en realidad la queja era en realidad la misma, y que la misma queja sigue surgiendo hoy en día con afirmaciones como esta: “¿Cómo es posible que un Dios justo permita que esto suceda?” El profeta Ezequiel nos hace un último comentario sobre cómo desafía el hombre a la justicia de Dios: “Luego dirán los hijos de tu pueblo: No es recto el camino del Señor; el camino de ellos es el que no es recto. Cuando el justo se aparte de su justicia y cometa iniquidad, morirá por ello. Y cuando el impío se aparte de su impiedad y actúe conforme al derecho y la justicia, vivirá por ello. Pero vosotros habéis dicho: No es recto el camino del Señor. Yo os juzgaré, casa de Israel, a cada uno conforme a sus caminos” (Ezequiel 33:17-20).

La respuesta a toda esta discusión injusta, acerca de la injusticia misma, es muy sencilla: “¡El Señor *es justo!*” El día del último juicio será la demostración final de la justicia de Dios. Nadie podrá refutar el resultado de ese día. En el versículo 17 Dios promete que va a actuar con justicia hacia su especial tesoro “en el día...” Muchas cosas que ahora están más allá de la comprensión del ser humano en cuanto a la justicia de Dios, se aclararán ese día. Será entonces cuando se verá la diferencia que se menciona en el versículo 18, la distinción que hará el Juez con su veredicto final “vengan a mí” y “apártense de mí”.

Habrà compasi3n en la voz del Juez cuando diga: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros”, y ciertamente se cumplirà el versículo 17, “Serán para mí especial tesoro... los perdonaré, como un hombre perdona al hijo que lo sirve”. Todos los hijos vuelven a la seguridad del hogar.

La palabra que se usa aquí para “perd3n” es la misma que se usa en el hebreo para describir los sentimientos de la hija del fara3n cuando mir3 en la cesta y vio al ni1o Mois3s llorando. ¡Qu3 consolador es tener un Dios que perdona! “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades...” (Hebreos 4:15). La compasi3n viene porque Dios es nuestro Padre como nos lo dice el versículo 17 y se compadece de nosotros porque somos suyos. Isaías 49:15 nos habla sobre la clase de amor terrenal mäs fuerte que conocemos: “¿Se olvidará la mujer que lo di3 a luz, para dejar de compadecerse de su vientre? Aunque ella lo olvide, yo nunca me olvidaré de ti”. Pero hay algo que es mäs fuerte que el amor de una madre: el amor que el Padre celestial siente por nosotros sus hijos y que él mismo nos describe.

Al acercarnos al último capítulo del Antiguo Testamento y a la revelaci3n final a su pueblo por casi cuatrocientos años, el profeta habló acerca de un padre y de sus hijos. Malaquías habló acerca de los últimos días cuando el Padre vendrá y enderezará todo lo torcido y recibirá a todos sus hijos a quienes amaba y que le sirvieron.

El día del Señor

4 «Ciertamente viene el día, ardiente como un horno, y serán estopa todos los soberbios y todos los que hacen maldad.

**Aquel día que vendrá, los abrasará,
dice Jehová de los ejércitos,
y no les dejará ni raíz ni rama.**

**² Mas para vosotros, // los que teméis mi nombre,
nacerá el sol de justicia
y en sus alas traerá salvación.
Saldréis y saltaréis // como becerros de la manada.**

**³ Pisotearéis a los malos,
los cuales serán ceniza // bajo las plantas de vuestros pies
en el día en que yo actúe,
dice Jehová de los ejércitos.**

**⁴ »Acordaos de la ley de Moisés, // mi siervo,
al cual encargué, en Horeb,
ordenanzas y leyes para todo Israel.**

**⁵ »Yo os envió al profeta Elías
antes que venga el día de Jehová,
grande y terrible.**

**⁶ Él hará volver el corazón de los padres // hacia los hijos,
y el corazón de los hijos // hacia los padres,
no sea que yo venga y castigue la tierra // con maldición.»**

El último capítulo del Antiguo Testamento habla acerca de “aquel día que vendrá”, que será un día de grandes extremos. Los impíos son como la paja, llevados y consumidos por llamas que los envuelven. Cuando el fuego haya pasado, no quedará nada sino cenizas; será como si ellos nunca hubieran existido, “No les dejaré ni raíz ni rama”. Por otro lado, el Sol de justicia se levantará en el horizonte. Los creyentes han estado mirando, esperando; hacía mucho tiempo que había un resplandor en el cielo, ellos saben que el Sol se acerca. Los que están en la oscuridad han visto una gran luz. Y ahora, ya se asoma por el horizonte y aparece en el cielo en todo su esplendor, trayendo también sanación. Dejamos que caliente nuestras coyunturas y miembros fríos y el corazón con su calor y resplandor. Sana y restaura. Trae vida, ¡vida eterna!

Además de este Sol hermoso y que da calor (que es una referencia al Hijo de Dios), tenemos la descripción de los becerros que acaban de salir del establo después de haber estado encerrados

en el corral todo el invierno. Se sienten libres, quieren correr y saltar solamente por el gusto de hacerlo. Así sucede también con el pueblo de Cristo que entiende y aprecia lo que él hizo para darle la libertad.

Ningún becerro enfermo se siente como para saltar. ¡La enfermedad del pecado es algo del pasado! ¡Nuestro espíritu se siente libre! Quiere brincar y retozar en el sol de Dios para siempre... ¡y lo hará! Los santos se volcarán a los pastos donde morarán para siempre. El Buen Pastor ha cumplido su palabra. Todo está bien hecho y es bueno.

Aquí también se implica el buen nombre de Dios. Y esto también es pastoral; viene del capítulo de la Biblia que habla del Buen Pastor (Juan 10). Allí Jesús dice: “Conozco mis ovejas y las mías me conocen... también tengo otras ovejas que no son de este redil; a esas también debo atraer; y oirán mi voz, y habrá un rebaño, y un pastor” (versículos 14-16). Conocemos el nombre de Dios. Y Filipenses 2:10,11 dice: “Para que en el *nombre* de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es SEÑOR, para gloria de Dios Padre”.

El versículo 4 menciona la ley, o sea, la “Torá”, que proviene del verbo que significa enseñar o instruir. No significa aquí solamente las leyes de lo que se debe y no se debe hacer; sino también y de manera especial, las palabras de promesa e instrucción, la revelación completa de Dios para su pueblo; somos salvos por medio de esta revelación de la voluntad de Dios, de esta instrucción. Era algo bueno. “haz esto y vivirás” (Lucas 10:28); este era el manual para la vida, el manual para vivir. Somos salvos por la Palabra y por medio de la Palabra. Aquí, al final del Antiguo Testamento, al pueblo de Dios se le pide que lo recuerde. Recuerden los estatutos y la decisión del árbitro, que es el camino a seguir por toda la vida.

Qué gran tesoro tenemos en nuestras manos. Podemos buscar en la voluntad de Dios así como un abogado hojea rápidamente a través de un historial, o como un estudiante busca en una libreta

de apuntes. Dios le dio a su pueblo su plan para la vida. El diablo se siente feliz cuando ellos lo descuidan, y se enfurece cuando el pueblo de Dios lo usa fielmente. Qué cerca estamos al último día y al juicio final.

Al pueblo del Antiguo Testamento se le prometió el profeta Elías. Jesús comentó sobre eso en Mateo 17:11-13: “A la verdad, Elías viene primero, y restaurará todas las cosas. Pero os digo que Elías ya vino, y no lo conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también, el Hijo del Hombre padecerá a manos de ellos. Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista”. Y lo que escribió Lucas en el capítulo 1:17, nos lleva más cerca a estas últimas palabras de Malaquías: “Yo os envío al profeta Elías (Juan) antes de que venga el día de Jehová grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y castigue la tierra con maldición” estas son las palabras que Malaquías escribió en el versículo 6.

La Palabra habla en otros lugares de cómo, a medida que se acerque el fin del mundo, los hijos se volverán contra los padres, y los padres se volverán contra sus hijos. Nuestro mundo está lleno de ejemplos de que eso está ocurriendo. La falta más grande que comenten los padres en el abuso de los hijos es el descuido de sus almas, y no preocuparse sobre dónde pasarán la eternidad. Invierten dinero para las necesidades del cuerpo y para la educación de los hijos, pero se olvidan de hablarles de los mandamientos y las leyes de Dios, de hablarles de todo esto en el camino, de escribirlo en el hogar y en su corazón.

Pero también está el hecho de que más y más se acerca el día en que los padres y los hijos se hablarán uno al otro y se volverán uno al otro. Habrá familias buenas. ¡Dios se encargará de que así sea! En nuestros días cuando a veces nos desesperamos porque pensamos que ya no quedan buenas familias, nos damos cuenta de que *sí* las hay. Hay familias que *sí* oran juntas y que *sí* permanecen unidas a través de la vida. Y éste es el mayor cambio en el corazón

de las personas: los padres les hablan a sus hijos acerca del Salvador, y éstos a la vez se comunican con sus padres. Y la palabra de Dios es la única que puede tocar el corazón de las personas.

Aquí al final mismo del Antiguo Testamento hay una referencia a la educación cristiana. No es solamente la educación formal en un salón de clase, sino la educación que viene de los corazones que en verdad se interesan con amor cristiano el uno por el otro. Educación, ¡corazón a corazón! ¡De padres a hijos!

Y si no es así, entonces será una maldición. El Antiguo Testamento termina con la palabra maldición. Los profesores de homilética no les enseñan a sus alumnos a terminar sus sermones con la palabra “maldición”. Tampoco parece ser una buena manera de terminar el Antiguo Testamento, y de dejar al pueblo colgando durante los siguientes cuatrocientos años hasta que llegue el Niño de Belén.

Es una manera sombría de terminar, pero las palabras de Malaquías son para llamar nuestra atención. Fueron dichas en el espíritu de los profetas de quienes Malaquías es el último. Se acerca el juicio... pero con ese “día grande y terrible de Jehová” también hay esperanza y la salvación venideras. Lo esperamos. Vislumbramos el futuro como lo hicieron Malaquías y su pueblo, resguardándonos los ojos con la mano mientras dirigimos la mirada al horizonte como Malaquías y su pueblo lo hicieron. ¡Y estamos mucho más cerca de ese día!

Aun así, ¡ven pronto Señor Jesús!

¹ “Yo mismo grabé su inscripción”, versículo 9. La Nueva Versión Internacional traduce: “En ella pondré una inscripción”.

² Vea la *New International Version*. La Reina-Valera dice: ¡Qué bella, qué bella es!

³ Traducido como “caballos alazanes” en la Reina-Valera y en la *New International Version*.

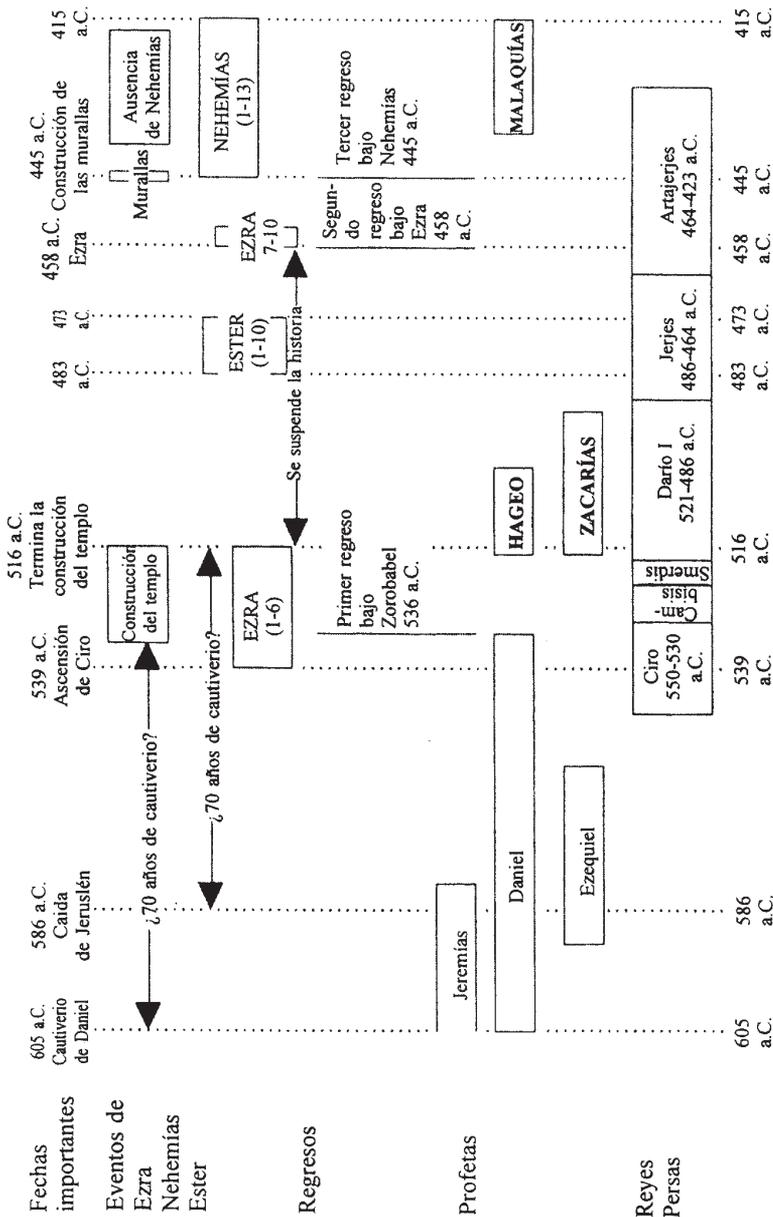
⁴ Otras traducciones dicen “los pobres del rebaño” (Reina-Valera 1995, Reina-Valera, revisión de 1960) o los “afligidos del rebaño” (La Biblia de las Américas, Reina-Valera, revisión de 1977 y la *New International Version*).

⁵ La Nueva Versión Internacional traduce el versículo 6 así: “En aquel día no habrá luz, ni hará frío”.

⁶ La Reina Valera Actualizada dice “al que cubre su manto de violencia.” La relación del divorcio con las palabras “manto” y “vestiduras” se refleja con una traducción más literal:

“Por tanto prestad atención a vuestro Espíritu, y que nadie obre a traición... Porque él aborrece el divorcio, dice Jehová de Israel, y a aquél que cubre su manto con violencia”, dice Jehová de los Ejércitos. “Por tanto, prestad atención a vuestro espíritu, a fin de que no obréis a traición”. El verbo traducido “obréis a traición” es *bagad* (heb.), mientras que la palabra para “manto es *beqed*. Para reconocer a una mujer como esposa, el hombre debía extender sobre ella su manto (Rut 3:9; Ez. 16:8). La destrucción de esa relación, y la violación del pacto matrimonial en forma traicionera, se describen aquí como “violencia” cometida contra dicho manto [Biblia de Estudio, p. 1362].

TABLA CRONOLÓGICA



ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQÚIAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Después de la cautividad en Babilonia, el pueblo de Dios estaba más interesado en sus propios asuntos que en los asuntos de Dios. Por esa razón Dios envió a los profetas Hageo y Zacarías para instar a su pueblo a reconstruir el templo. El profeta Malaquías los amenazó con el juicio de Dios por su negligencia hacia el Señor y hacia su Palabra, y terminó con la maravillosa promesa del Mesías que vendría.